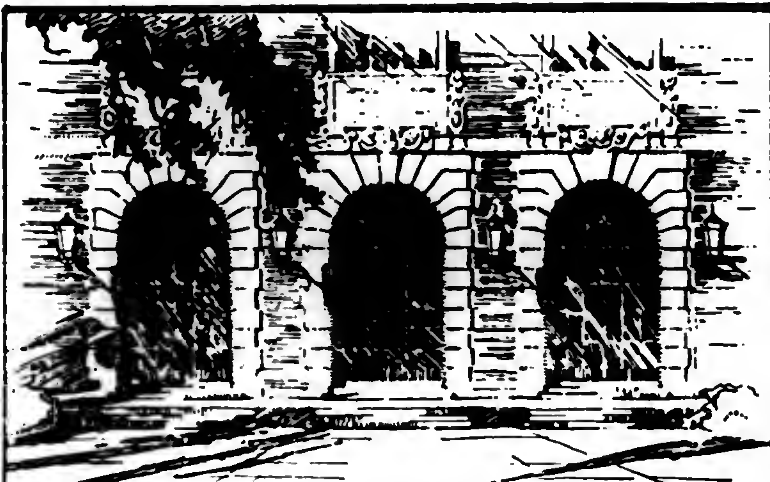




POESIAS DE CARPIO



SEGUNDA EDICION

POESIAS

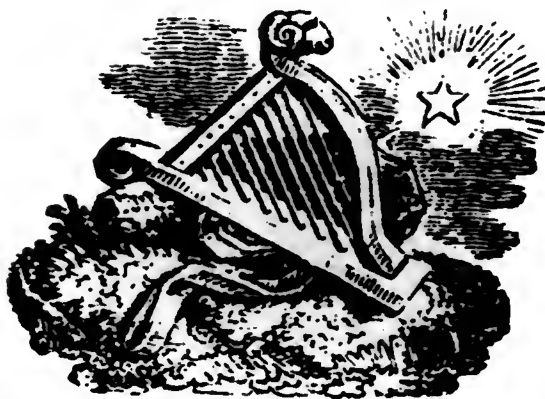
DEL SR. DOCTOR

DON MANUEL CARPIO

CON SU BIOGRAFIA

ESCRITA POR EL SEÑOR DR. D. JOSÉ BERNARDO COUTO

SEGUNDA EDICION



MÉXICO

IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE

CALLE DE CADENA NUMERO 13

1860

BIOGRAFÍA

DE

DON MANUEL CARPIO

Don Manuel Carpio nació en la villa de Cosamalóapan, de la antigua Provincia de Veracruz, el dia primero de Marzo de 1791. Fué octavo hijo de Don Antonio José Carpio, nativo de Monte-Mayor en el reino de Córdoba, y de Doña Josefa Hernandez, señora de buena cuna en la ciudad de Veracruz. La familia creia descender de Rodrigo Ronquillo, el famoso Alcalde de Zamora en tiempo de las comunidades de Castilla. Si esta noticia fuese fiel, habria en ella un nuevo ejemplo de la mudanza que con el transcurso del tiempo y de las generaciones suele tener la índole humana, pues en el poeta de México no quedaba rasgo alguno del bravío carácter de su progenitor.

Su padre, que se empleaba en el comercio de algodon, habia formado un capital, fruto del trabajo y la diligencia. El mismo comercio le obligó á trasladarse á Puebla con la familia, y allí murió el año de 96. Los bienes de fortuna

desaparecieron luego, y nuestro Don Manuel al salir de la niñez se encontró sin mas abrigo que el amor maternal, y sin esperanza de otra cosa en el mundo, que lo que pudiera él alcanzar por sus merecimientos. Mas aquello en realidad fué un bien, porque desde temprano sintió la necesidad de valerse á sí propio, de no permitirse nada irregular, de adquirir reputacion, y ganar un puesto en la sociedad. Debia á Dios un excelente natural, y á sus padres educacion frugal y religiosa. Aprovechando estos dones, supo captarse la estimacion de sus maestros y condiscípulos en el Seminario Conciliar de Puebla, donde estudió latinidad, filosofía y teología. Entre sus maestros lo distinguió mucho Don José Jimenez, profesor de esta última ciencia, eclesiástico aplicado, y que tenia una abundante biblioteca. Carpio mostró desde mozo grande aficion á la lectura, que es uno de los signos del talento. En la librería de su maestro, y guiado por las indicaciones y consejos de éste, leyó bastante de libros de religion, historia antigua, y clásicos griegos y latinos, que allí conoció, y de los cuales quedó prendado para siempre.

Concluido el curso de teología, fué necesario pensar seriamente en su estado futuro. El estudio que acababa de hacer, debia llevarle á la carrera eclesiástica, y sin duda fué ese su propósito al emprenderlo. Mas para entonces tenia ya ideas tan elevadas de la santidad del sacerdocio, y se reputaba á sí propio tan poco digno de ejercerlo, que resolvió tomar por otro camino, y empezó á cursar la cátedra de derecho en el mismo Seminario. Pero no cogió amor á la ciencia; lo cual en mi concepto fué una desgracia, porque segun la idea que pude formar de las cualidades de su entendimiento y de su corazon, para pocas cosas tenia

tanta disposicion natural, como para la magistratura, y si hubiera entrado al foro, habria sido no un gran abogado, pero sí un excelente juez. Por último se decidió á seguir la medicina. Cuando tomó esta resolucion, no habia entre nosotros ramo de enseñanza mas descuidado, ora fuese por la poca estima que de tan útil ciencia se hacia, ora porque su ejercicio se tuviera en menos. Solo en las Universidades de México y Guadalajara habia cátedras de aquella facultad: en ellas se aprendia poco, y de eso poco quizá una parte eran errores que valiera mas ignorar que saber. Respecto de cirugía, en la capital se cursaba por término de cuatro años en el Hospital Real, bajo la direccion de dos cirujanos que daban lecciones de anatomía, sin exigirse estudios previos: en Puebla se hacia el mismo curso, aunque de una manera mas imperfecta (si cabe), en el hospital de San Pedro. Ya se ve que tan encogida enseñanza no podia contentar á un jóven del talento de Carpio. Por fortuna, al tiempo que él, abrazaron la misma carrera otros alumnos del Seminario, jóvenes despejados, y que de verdad querian aprender.[1] Unidos todos, mientras seguian el desaliñado curso del hospital, formaron una academia privada para estudiar por sí medicina, y ofrecieron al público el primer fruto de su estudio en un acto de fisiología, que dedicaron al Señor Obispo de la Diócesis, Don Antonio Joaquin Perez. Carpio fué uno de los sustentantes. Sus compañeros lo hicieron presidente de la academia para el año siguiente, al fin del cual hubo nuevos actos, que presidió, sobre anatomía y patología externa é interna. Aque-

(1) Vive de ellos el Señor Don Ignacio Duran, actual Director de la Escuela de Medicina en México, á quien debo las noticias que doy sobre esta parte de la vida de Carpio.

llos ejercicios llamaron mucho la atencion en una ciudad donde eran del todo nuevos. El Proto-Medicato, por los informes de su Delegado, expidió á los sustentantes títulos de cirujanos latinos. Sin embargo, el Señor Obispo quiso que Carpio hiciese regularmente la carrera académica de medicina, y lo envió á México, asignándole una pension, para que siguiera aquí los cursos de la Universidad. Siguiólos en efecto con exactitud, y por término de ellos recibió el grado de Bachiller; pero no tomó el de profesor en medicina, hasta que suprimido el Proto-Medicato en 1831, y reemplazado con una junta de facultativos que se denominó *Facultad Médica del Distrito*, tuvo ante ella los exámenes requeridos. Esto pasaba en 1832.

He entrado en estos pormenores, porque me parece que contienen una leccion útil para la juventud estudiosa. Aun en los tiempos y circunstancias menos favorables, todo lo vencen la aplicacion y el sincero deseo de saber. Este es el mejor de los maestros. Carpio, mas que en las clases, se formó por el estudio privado. Desde el principio cuidó de conocer los últimos descubrimientos de la ciencia, y no rezagarse en el camino que ésta iba haciendo; pero sin menospreciar por eso lo que habia sólido y útil en las obras de los siglos pasados. Prueba de ello es el estudio que hizo de Hipócrates, cuyos aforismos y pronósticos tradujo en español, y dió á luz pocos años despues de recibido de cirujano.[2] Justo era que un facultivo de tanto seso pagase este tributo, en la entrada de su carrera, al

(2) Aforismos y Pronósticos de Hipócrates, seguidos del artículo Pectoríloquo del Diccionario de Ciencias Médicas.... Traducidos al castellano, los primeros del latin, y el último del frances, por Manuel Carpio.... México, 1823, oficina de D. Mariano Ontiveros. 1 tomo en 12vo.

gran padre del arte, al sagaz y profundo observador, cuyos inmortales escritos serán siempre digna ocupacion de los que merezcan leerlos y meditarlos. El tratado de las Aguas, los Aires y los Lugares lo tenia en singular aprecio, y aun á los extraños nos recomendaba su lectura, como de una de las buenas producciones que nos ha dejado la antigüedad. De los médicos modernos me pareció que estimaba mucho á Sydenham entre los ingleses, y á Bichat y Magendie entre los franceses.

El cuidado de seguir la ciencia en sus adelantos lo mantuvo hasta sus últimos dias; aunque sin dejarse jamas deslumbrar con novedades. Porque en juzgar de las doctrinas, y sobre todo en admitirlas á la práctica, usó siempre grande alteza y severidad de juicio. Es cosa notable que un hombre dotado de tan lozana imaginacion, como muestran sus poesías, supiese así cortar las alas á esta peligrosa facultad (*la loca de la casa* la llamó alguno) cuando se trataba de cosas de la ciencia, ó de lo que mira á la vida práctica. Entónces la buena lógica y la atenta observacion eran su único peso y su única medida para creer, y para decidir; y no bastaba ningun género de arreos, ningun artificio de raciocinio ó de exposicion, para alucinarlo. En el principio de su carrera debió alcanzar los últimos restos del brownianismo, de que no se contagió; mas adelante le cogió de lleno la invasion de las doctrinas exageradas de Broussais, que tanto séquito lograron entre nosotros. Oyólas con precaucion, púsolas luego al crisol de la observacion y el raciocinio, y no tardó en decidirse contra ellas. Ni se contentó con desecharlas para sí; sino que persuadido de que ademas de falsas, eran nocivas, las atacó de todas maneras; en escritos científicos, en la conversacion familiar, hasta

con el arma del chiste. Algun epigrama suyo sobre la materia se hizo popular como un adagio. Prueba de la verdad que encerraba.[3]

En la práctica de su profesion á la cabecera del enfermo, me pareció que más que recoger porcion de síntomas, procuraba estudiar alguno que creia característico, y por él se guiaba. Quizá de ahí vino que pareciese como distraido, y que dijera el vulgo que ponia poca atencion en el enfermo. Sin embargo su diagnóstico era certero, y sobre el particular ocurrieron casos notables con sus compañeros. Usaba generalmente remedios simples, y en cuanto á operaciones quirúrgicas, apelaba á ellas lo menos que le era posible: por sí propio no sé que las ejecutara; si bien esto podria atribuirse á sobra de sensibilidad, que no le permitia presenciar el espectáculo del dolor.

Pero yo invado límites agenos, metiéndome á hablar de su práctica médica. Lo que puedo afirmar es que su paciencia y bondad con los enfermos eran inagotables, y que unia á eso un desinteres, una longanimidad, de que hay pocos ejemplos en el mundo. El pobre que acudia á él, estaba seguro de encontrar tan buena acogida, como el hombre opulento. En lo que menos pensaba nunca, era en la remuneracion de su trabajo; y no poseyendo en la tierra mas caudal que su arte, descuidaba lo que debiera producirle, como derrama un pródigo la hacienda que heredó. Su sigilo en reservar lo que se le comunicaba como facultativo, y su recato con las personas del otro sexo, no tenian

(3) Método de nuestros dias
Luego que algun mal asoma:
Agua de malvas ó goma,
Sanguijuelas ó sangrías,
Y que el enfermo no coma.

tasa. Bondadoso é indulgente, como he dicho, con los enfermos, jamas sin embargo lisonjeaba, ni mentia, ni halagaba manías; que todo eso era incompatible con la mesura y gravedad de su carácter. Algunos libros se han escrito de moral médica: creo que bastaria por todos uno que contase cómo ejercia Carpio su oficio.

A pesar de tantas dotes, y de la reputacion de sabio que alcanzó en México, su clientela fué siempre corta. El no se afanaba por acrecerla, y ademas no podia tomar ciertos aires, que con el vulgo, mas numeroso de lo que se piensa, valen infinito. Por eso nunca estuvo de moda, y solo algunas pocas familias capaces de estimar su mérito, ocurrian á él. De suerte que más que como médico práctico, influyó por medio de la enseñanza en la mejora y adelantamientos de la ciencia entre nosotros. En 1833 se formó un plan de estudios, aprovechando en parte el que dos años antes habia presentado el Gobierno á las Cámaras. Los estudios estaban en él enriquecidos, y mejor dispuestos que en el método antiguo. Para medicina se creó un establecimiento propio, con el número de profesores necesario; y á Don Manuel Carpio se dió la cátedra de fisiología é higiene, ramos que habia visto siempre con predileccion, y en que descollaba sobre todos. Entónces comenzó la lucida série de lecciones que han oido los mas de los actuales facultativos de México, y que tan justa nombradía le dieron en la facultad. Sus discípulos notaban la precision de ideas, la solidez de juicio, la claridad de exposicion que en ellas usaba, así como la animacion de estilo y la brillantez de colorido con que alguna vez sabia engalanarlas. Esto no era estraño en un médico que decia: *La máquina del cuerpo humano no es menos admirable que la máquina del Uni-*

verso, ni muestra menos el poder y sabiduría del Criador. De su mansedumbre y accesibilidad con los discípulos, es por demas hablar.

Aquel primer ensayo sufrió sin embargo un recio contratiempo. Antes de un año vino la reaccion llamada de Cuernavaca, justa y aun necesaria en muchos puntos, apasionada en otros, como suelen serlo las reacciones políticas. Si en el nuevo plan de estudios habia defectos, si alguna eleccion se habia errado, si sobre todo era injustificable el acto de haber ocupado por confiscacion los bienes del marquesado del Valle para dotar la enseñanza, eso debiera haberse enmendado; pero no destruir de planta la obra, y volver las cosas á la estrechez de los antiguos métodos.

El establecimiento de medicina, que era todo de nueva creacion, estuvo á punto de zozobrar. Y habria indefectiblemente caido, si sus profesores, con una abnegacion y un celo que nunca se elogiarán bastante, no se hubieran decidido á salvarlo. Continuaron sus lecciones sin sueldo, á á veces aun sin recursos para los gastos mas precisos; privados una y otra ocasion del local en que las daban; pero siempre sufridos, siempre empeñados en la obra; cubriendo los claros que la muerte ú otros sucesos abrian en sus filas, con reemplazos dignos de los primeros veteranos; haciendo, en fin, una conquista, ó mas bien, ejerciendo un apostolado de la ciencia. Así lograron mantener la *Escuela*, que fué el nombre que luego se le dió; así adelantarla y subirla por último á la altura en que está. Entre esos profesores ocupaba lugar distinguido D. Manuel Carpio, que fué como hemos visto, uno de los primeros fundadores, y continuó sin interrupcion sus lecciones hasta que la muerte vino á cortarlas.

Ni solo con ellas sirvió á la Medicina. Hácia la época en que la suerte de la Escuela era mas desgraciada (1836), algunos facultativos de la ciudad formaron una academia, con el objeto de tener conferencias en que se comunicaran sus noticias y observaciones, y de publicar un periódico dedicado exclusivamente á la ciencia. No podia ser que D. Manuel Carpio no perteneciese á este cuerpo, del cual en distintas épocas fué Secretario y Presidente. Las conferencias se tuvieron con regularidad, y produjeron buen fruto: el periódico, que era mensual, y contiene bastantes artículos suyos, fué entre los científicos que ha habido en México, el que mas larga vida alcanzó, pues se mantuvo por espacio de cinco años, desde mediados de 1836 hasta 41, en que quedó suspenso.(4) La academia sobrevivió poco al periódico; y aunque varias veces se la ha restaurado despues, no se ha logrado volverle el espíritu y animacion que tuvo en su primera edad. Casi siempre se contó para la restauracion con Carpio, porque su nombre llegó á hacerse necesario en toda empresa médica que se tentara en México.

A menudo estuvo en el primer rango oficial de su facultad, ya como miembro de la Direccion general de estudios por el ramo de medicina, ya como Vice-Presidente del Consejo de salubridad, que en 1841 reemplazó á la Facultad médica del Distrito. La Universidad de México le dió espontáneamente en 1854 el grado de Doctor, incorporándolo al gremio, conforme á los Estatutos, sin exigirle ninguna nueva prueba, ni gastos; y seguidamente le confirió las cátedras de Higiene y de Historia de las ciencias médicas.

(4) Periódico de la Academia de Medicina de México: 5 tms. en 4to., los cuatro primeros en la imprenta de Galvan, y el último en la de Ojeda.

Diré por último para concluir lo relativo á su profesion, que años atras oí de su boca que escribia una Medicina Doméstica, obra utilísima, especialmente en los campos, á par que dificil, porque debe reunir dotes que parece imposible hermanar; suma claridad, suma exactitud, completa seguridad de doctrina; y al mismo tiempo nada de aparato científico, ni de lenguage técnico, ni de lo que solo es propio de facultativos y de la escuela. Una medicina doméstica es como el catecismo sanitario del pueblo; y el trabajo mas arduo en cada ramo de los conocimientos humanos, es la formacion de un buen catecismo. Ignoro en qué estado quedaria la obra á su muerte.

Pero Don Manuel Carpio no era solo un médico distinguido; era tambien una persona de mucha y vária instruccion. Debo confesar que algunas ciencias no tenian para él atractivo, como la metafisica que veia con desvío, y las matemáticas, que á manera de la metafisica son una abstraccion, quizá la abstraccion mas fuerte de la mente humana. Tal vez provenia eso de la calidad de su entendimiento, que aunque perspicaz y vigoroso, necesitaba que la idea se le presentara revestida de formas sensibles, para fijarse en ella y poder seguirla en su desarrollo. Mas en cambio poseia extensos conocimientos en otros ramos: gustábale mucho la geología, y con la astronomía se extasiaba. En queriendo uno entretenerlo, no habia mas que platicarle de las revoluciones fisicas del globo, y sobre todo de astros, porque respecto de la geología, á pesar de su amor, confesaba que es ciencia que está aun en los verdores de la juventud, y tal vez no ha tenido tiempo de recoger todos los datos necesarios para deducir consecuencias completas y seguras.

La arqueología, la ciencia sagrada, y las bellas letras, llamaron siempre mucho su atencion. Dije atras que desde jóven habia cogido aficion á los escritores clásicos de Grecia y Roma: así es que conocia bien la historia y literatura de ambos pueblos. No menos aliciente tenia para él la alta antigüedad; Nínive, Babilonia, Siria, Egipto. Desde que entre nosotros hubo noticia de los descubrimientos de Champollion el menor, procuró estudiarlos, tanto como es posible en México, y seguirlos en sus adelantos graduales. Lo mismo hizo con lo que se ha publicado sobre las ruinas de las dos grandes ciudades de Asiria y Caldea, y con lo que por medio de ellas ha podido rastrearse de esa antigüedad. Pero sobre todo, Palestina era para él tierra de predileccion: á Josefo lo habia leido quizá tanto como á Hipócrates, y los viajeros de Tierra Santa lo ocuparon siempre mucho. Aun se encargó de trazar el plan y dirigir la publicacion de una obra sobre este argumento, que imprimió su amigo Don Mariano Galvan, decano y benemérito de la librería en México. El fondo del libro es la parte del Itinerario de Chateaubriand, que trata de Siria y Egipto; pero interpolada á menudo con grandes trozos copiados de Lamartine, Michaud, Poujoulat, Champollion, &c., y exornada á tiempo con poesías del mismo Carpio, de su amigo Pesado, y quizá de algun otro. El libro, aunque hecho de mosaico, es, sin embargo, de fácil y amena leccion, y llena el objeto de dar á conocer al comun de lectores aquel interesantísimo pais.(5)

(5) La Tierra Santa, ó descripcion exacta de Joppe, Nazareth, Belen, el Monte de los Olivos, Jerusalen y otros lugares célebres en el Evangelio. A lo que se agrega una noticia sobre otros sitios notables en la historia del pueblo hebreo.... Publicada por Mariano Galvan Rivera. México, 1842. 3 vol. 8º

En cuanto á la Biblia, fué para Carpio el libro de todos los dias, porque á mas de la enseñanza religiosa, encontraba en ella dotes y excelencias incomparables; ninguna cosmogonía mas filosófica, ninguna historia mejor tegida, y que suba mas alto en los orígenes y en las ramificaciones de la familia humana, ninguna narracion mas interesante, ninguna poesía mas briosa y elevada. En verdad aun cuando la Sagrada Escritura no fuese para nosotros la revelacion de Dios, seria siempre la mas rica mina de erudicion, el primero en importancia de todos los libros conocidos, y el que con ninguno otro se reemplaza. Carpio la estudió á fondo, y bien se echa de ver en sus poesías sacras, empapadas todas del espíritu bíblico, y en las que casi no se respira otro ambiente que el de los escritores inspirados. Tenia tambien algun manejo de intérpretes y expositores, entre los cuales estimaba mucho á Calmet. Cuando su amigo Galvan acometió la empresa de dar en español la erudita Biblia que llaman de Avignon ó de Vencée, fué él uno de los colaboradores, habiéndole tocado en la reparticion de trabajos la version del tomo en que se contienen el Deuteronomio y Josué: no sé si tradujo tambien el profeta Jeremías. A pocas manos tan hábiles podia fiarse aquella labor.

Pero Carpio, más que como médico y como erudito, será quizá conocido de la posteridad por sus versos. *Musa vetat mori.* Aunque desde jóven fué aficionadísimo á las bellas letras, y las cultivó con aplicacion, sin embargo, esperó á formarse, á que madurara su talento, y se hubiera enriquecido con un gran caudal de conocimientos, para empezar á producir. Así es que tenia ya mas de cuarenta años, y entraba en la edad en que otros se despiden de la poesía,

cuando vió el público su primera composicion original, que fué una Oda á la Vírgen de Guadalupe, impresa y repartida el año de 1832 en la funcion anual que hace el comercio de esta ciudad. El autor no la incluyó luego en la coleccion de sus obras. Los años siguientes Don Mariano Galvan tomó la costumbre de reemplazar el soneto que en los viejos calendarios se ponia á la misma Vírgen, con una poesía religiosa, de mas extension é importancia, la cual encargó siempre á Carpio. Alguna vez puso tambien epigramas suyos. Así fueron saliendo al público sus composiciones, y derramándose en México, hasta que en 1849 su amigo Don José Joaquin Pesado las reunió en un tomo que dió á luz, con un buen prólogo suyo. Carpio le franqueó para eso lo que tenia inédito. El aplauso que luego alcanzó fué universal, y se ha mantenido, porque tuvo la fortuna de que lo entendieran y gustaran de él los que reflexionan sobre lo que leen, y los que solo leen por esparcimiento. Esto me parece que provino de dos causas; el estado que por entónces tenia entre nosotros la poesía, y el carácter propio de sus obras.

Los resabios de la escuela prosaica que dominó en España una buena parte del siglo pasado, y que en México se enseñoreó de las letras hasta bien entrado el presente; el ruido de las armas, y la revolucion que desde 1810 en adelante ha trabajado la tierra, y para nada dejaba sosiego; y luego la invasion de los estudios políticos y económicos, que se llevaron poderosamente la atencion de muchos, y casi ahogaron la delicada planta de la literatura, creo que bastan para explicar por qué la poesía habia llegado entre nosotros al miserable punto en que se hallaba cuando Carpio empezó á darse á conocer. Si se compara

lo que se escribia hácia el año de 1830, con lo que dos siglos antes habian producido Valbuena, Ruiz de Alarcon, Sor Juana Ines de la Cruz, la comparacion es notoriamente desventajosa para el tiempo posterior, y hay que convenir en que habiamos atrasado en vez de adelantar. Heredia, mexicano por residencia, aunque nacido en Cuba, era quien entónces descollaba entre nosotros; pero sin negar las prendas poéticas que realmente tenia, creo que las personas entendidas é imparciales convendrán en que aquel jóven precoz no podia dar nuevo y atinado impulso á la poesía, ya por falta de originalidad en la invencion; ya porque huyendo de un vicio, se orilla á veces al contrario, tocando en las exageraciones y arrebatos de Cienfuegos; ya en fin por la naturaleza de los argumentos que trató. Lástima que en esta parte Heredia se hubiera dejado llevar de la corriente de aquellos dias, y sobre todo que no hubiera esperado á asentarse mejor en los estudios, y á que su talento llegara á sazon, para concebir y ejecutar obras dignas. El mozo á quien *el torbellino revolucionario*, como dijo él de sí propio, *ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con mas ó ménos fortuna ha sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta á los veinticinco años,*[6] es casi seguro que en nada ha de haber dejado buenos modelos, y que apenas podrán recogerse de él bocetos á medio hacer. El espíritu humano no puede con tantas cosas á la vez y tan de prisa. Notable prueba del talento de Heredia, es que en la balumba de tan variados oficios como quiso tentar, sus poesías sin embargo sean lo que son. Pero á pesar de todo ellas no podian restaurar entre nosotros el arte, que casi habia acabado.

(6) Prólogo de la segunda edicion de sus poesías.

Necesitábase para eso abrir nuevos caminos, tocar asuntos nobles, unir el entusiasmo y la entonacion con la correccion y el gusto, enriquecer la rima, hacer muestra de la magnificencia del habla castellana. Afortunadamente vinieron á tiempo dos hombres capaces de ejecutarlo; Pesado y Carpio. Al ejemplo de ambos deben las letras el renacimiento de la poesía en México; la sociedad y la religion les deben el que sus hermosos versos hayan servido de vehículo para que se propaguen pensamientos elevados y afectos puros. Esto segundo vale mas que lo primero. Las composiciones de Carpio tienen todas un perfume de religiosidad, de bondad de alma, de alteza y rectitud de sentimientos, que hace formar la mas ventajosa idea del autor. Quienquiera que las lea, ha de quedar persuadido de que aquel era un noble carácter.

La primera muestra del talento de un autor, está en la eleccion de sus asuntos, y los de Carpio son inmejorables: cuando no los toma de la esfera religiosa, ocurre á los sucesos clásicos de la historia, y á los grandes caracteres que en ella se presentan. Si se examina luego el modo con que los desempeña, en la construccion material de los versos nada hay que reprender, porque tienen siempre número y plenitud; tal vez en todo su libro no se encuentre uno solo mal torneado. El lenguage es correcto y puro, y sabe ataviarse con la riqueza y galas del castellano. En pocos de los idiomas modernos creo que hubieran podido escribirse cuartetos como estos, del poemita de la Anunciacion:

Está sentado sobre el cielo inmenso
Dios en su trono de oro y de diamantes;
Miles y miles de ángeles radiantes
Lo adoran entre el humo del incienso.

A los piés del Señor, de cuando en cuando
El relámpago rojo culebrea,
El rayo reprimido centellea,
Y el inquieto huracan se está agitando.

El príncipe Gabriel se halla presente,
Angel gallardo de gentil decoro,
Con alas blancas y reflejos de oro,
Rubios cabellos y apacible frente.

O estotros, que se leen despues que el Arcángel ha recibido la órden de bajar á hacer á la Vírgen el feliz anuncio:

Habló Jehová, y el príncipe sublime
Al escuchar la voluntad suprema,
Se quita de las sienes la diadema,
Y en el pié del Señor el labio imprime.

Se levanta, y bajando la cabeza
Ante el trono de Dios, las alas tiende,
Y el vasto espacio vagaroso hiende,
Y á las águilas vence en ligereza.

Baja volando, y en su inmenso vuelo
Deja atras mil altísimas estrellas,
Y otras alcanza, y sin pararse en ellas
Va pasando de un cielo al otro cielo.

Cuando pasa cercano á los luceros,
Desaparecen como sombra vaga,
Y al pasar junto al sol, el sol se apaga
De Gabriel á los grandes reverberos.

En todas sus composiciones se encuentran ejemplos semejantes. La rima en sus manos es fácil, variada y rica; se conoce que no le costaba trabajo hacer versos, ni redondear sus estrofas. Sin andarse buscando de propósito, como otros, consonantes dificiles, no los esquiva cuando se le ofrecen al paso, ni le hacen jamas sacrificar su pensamiento.

Por lo que toca al estilo, es siempre limpio y claro; y con tanto empeño buscaba esta dote, que el ansia de obtenerla le hizo caer en uno de los pocos defectos que en sus escritos se notan, y es que á veces desciende casi al

tono de la prosa, y por hacerse perceptible á todos, abandona la elocucion y los giros propios del lenguage poético. No le falta entónces valentía en la idea, sino solamente en el instrumento de enunciacion.

En cuanto al fondo de la composicion, él se habia formado esta teórica del arte; pensaba que la poesía se encierra toda en imágenes y afectos, y que el pensamiento propiamente dicho pertenece á otro distrito, el de la filosofía. Las imágenes poéticas, en su sentir, son los objetos ó grandes ó bellos que ofrece el mundo visible, la naturaleza material; los afectos son, con preferencia á cualesquiera otros, la compasion y el terror, los mismos que constituyen el caudal de la tragedia. Componiendo bajo tales reglas, es sin duda que sus obras habian de tener suma brillantez. Pero dió por desgracia en dos escollos; el primero, cierta monotonía que reina en sus composiciones, las cuales parecen todas como vaciadas en un molde, porque en todas juegan unos mismos objetos y unas mismas pasiones: el segundo, que ese corto número de imágenes y afectos está derramado profusamente en cada composicion; en términos de que hay pocas á las que no pudiera cercenarse algo, sin que haga falta, porque realmente es exuberante. Este segundo vicio lo echaba de ver él mismo, y reconocia sin empacho que pecaba del defecto que Ovidio; sobra de ornato. Tal vez lo hubiera evitado todo, si no hubiera visto con despego la poesía de pensamiento, en que tantos recursos encuentran los talentos superiores; la poesía al modo horaciano. Pero, sea genio, sea sistema, él seguia otro camino.

El conjunto de sus cualidades, forma un carácter propio y peculiar, que lo distingue de cualquier otro poeta, y no

permite que se le confunda con nadie. Ese carácter, en saldo final de cuentas, es bueno y bello en el órden literario; bajo otro aspecto, es decir, subiendo á consideraciones morales, es imposible no pagarle un tributo de estimacion y aun de respeto. El alma de donde tales poesías han rebosado, entonaba sin duda un himno perenne de alabanza, de admiracion y gratitud al Autor de la creacion y la redencion, y no abrigaba un solo sentimiento que no fuera bueno y elevado. Con tales prendas, naturalmente debia llamar la atencion; y el público de México, que habia ya oido y repetia con placer los valientes trozos de *la Jerusalen* de Pesado, no podia dejar de hacer lo mismo con la *Cena de Baltasar.* Ambos escritores levantaron entre nosotros la poesía á la region en que debe estar, y de la que fuera una especie de profanacion hacerla descender.(7)

Las reglas que Carpio profesaba sobre la composicion poética, no solo las ponia en práctica en sus escritos, sino que procuraba difundirlas y sostenerlas de palabra. Así lo hizo constantemente en la *Academia de Letran*, reunion de personas dadas á la literatura, que desde el año de 1836 hasta el de 1856 acostumbraron juntarse una vez cada semana en el Colegio de ese nombre, para leer y examinar mutuamente sus composiciones, y discutir los principios del arte. Aquella reunion, á la que pertenecieron D. Andres Quintana Roo, D. José María y D. Juan N. Lacunza, Don Joaquin Pesado, D. Guillermo Prieto, D. Francisco Ortega, D. Alejandro Arango, y algunos otros de los que luego

(7) Al hablar así, me refiero á la poesía lírica, pues en cuanto á la dramática, cuando Pesado y Carpio empezaron á darse á conocer, vivian en México Gorostiza, igual cuando menos al mejor cómico español moderno, y Calderon, que hizo ensayos felices en el género trágico.

se han distinguido, fué útil para hacer revivir un estudio que tan abandonado yacía. El papel de Carpio en la Academia era siempre el de mantenedor de los principios severos del gusto clásico; en el tribunal de su juicio no alcanzaba indulgencia lo que no se ajustaba estrictamente á esos principios. Lo mismo que en la poesía, le pasaba en bellas artes, de las que tambien fué aficionado. Ninguna pintura, ninguna estatua le llamó jamas la atencion, si el asunto no era noble, y si no estaba desempeñado con grandiosidad y con pureza de estilo. Los cuadros que llaman de género ó de costumbres, casi lo estomagaban; y si hubiera sido dueño de Versalles, habria dicho como Luis XIV cuando vió allí las donosas obritas de Teniers: *Retiren esos mamarrachos*. A la Academia de San Cárlos, de la que era Académico honorario, prestó buenos servicios, especialmente en los años de 56 y 57, en que sirvió provisionalmente la secretaría. Daba tambien en aquella casa lecciones de anatomía á los pintores.

Pero ya es hora de dejar la poesía y pintura, para hablar de cosas menos agradables. En cualquier país y en cualquier tiempo en que Carpio hubiera nacido, habria sido un buen ciudadano, aunque no hubiera llevado este título. Mas le tocó venir al mundo en época de agitacion y revueltas, época en la que todo hombre de algun valer en la sociedad ha tenido alguna vez que ser político, é intervenir, de grado ó sin él, en los negocios públicos. Esto causó las únicas amarguras acaso, que tuvo en su vida. Por Octubre de 1824, despues de haber servido algunos meses la plaza de redactor de actas de la legislatura del Estado de México, fué electo Diputado al Congreso general por el mismo Estado para el bienio de 25 y 26. Como aquel

periodo corrió tranquilamente, Carpio no tuvo ocasion de mostrarse al público, aunque se hizo buen lugar entre sus compañeros, los cuales alguna vez lo elevaron á la presidencia de la Cámara. En el bienio siguiente fué miembro de la legislatura de Veracruz, que era el Estado de su nacimiento. Aquel cuerpo quiso oponerse con brío al impetuoso y asolador desbordamiento del bando yorkino, que se habia para entonces organizado en logias masónicas bajo los auspicios del Ministro de los Estados Unidos, Mr. Poinsett. Pero en el calor de la lucha sucedia alguna vez que el Congreso pasaba los límites que debiera respetar, y su oposicion tomaba el aire de una oposicion parcial y apasionada. Las medidas que dictó, justas algunas, violentas otras, acordadas todas en menos de seis meses, daban mucho que decir en la contienda que sostenian por la imprenta los partidos, y servian de tema á juicios y calificaciones encontrados. La legislatura creyó necesario defenderse en un manifiesto, y encargó su formacion á Don Manuel Carpio. La pieza que trabajó, y fué adoptada por el cuerpo en 19 de Junio de 1827, causó bastante impresion en el público; y realmente está escrita con fuerza y aun con vehemencia. Los que hayan conocido despues á Carpio, apenas creerán que aquel papel sea suyo, recordando la serenidad de su alma, y la templanza y mansedumbre de su carácter; pero por ahí formarán idea de la sensacion que hacia, aun en las personas de su índole, la vista de lo que por entónces pasaba en la República.

En fines del mismo año la legislatura y el gobierno de Veracruz se complicaron en la malaventurada revolucion de Tulancingo, que el Gobierno general ahogó pronta y vigorosamente. Los ánimos estaban encendidos, los ren-

cores enconados, y Carpio que habia atraído sobre sí la atencion, sufrió amenazas, y temió ser blanco de la saña del bando vencedor. Exaltada su imaginacion con estas ideas, y atacado de una afeccion nerviosa, que por mas de dos años le trajo valetudinario, melancólico, é incapaz de tomar trabajo alguno, se retiró al Estado de Puebla, y pasó algunos meses en el campo. En Setiembre de 1828, acercándose la eleccion de Presidente de la República, volvió á Jalapa; y á pesar de cuanto habia pasado, y del empeño y los prestigios del general Santa-Anna que gobernaba entonces el Estado, votó como sus colegas de Congreso en favor de Don Manuel Gomez Pedraza y contra el general Don Vicente Guerrero, candidato de los yorkinos. Mas como estos por medio de la revolucion de la Acordada se sobrepusieron al voto público, é hicieron triunfar su candidatura en fines del mismo año, Carpio vino á México, y se retiró á la vida privada.

Pocas veces salió luego de ella. Bajo la constitucion de 37 fué individuo de la Junta Departamental de México, cuerpo que como decia él mismo con donaire, no tenia mas facultad que la de concebir deseos. Rigiendo las Bases Orgánicas debió entrar á las Cámaras de 1846; pero antes cayó aquella constitucion por la asonada de S. Luis Potosí. Despues de la paz de Guadalupe en 48 fué miembro de la Cámara de Diputados, y en 51 de la del Senado. Finalmente en Enero de 1858 entró al Consejo de Estado, como representante de Nuevo-Leon; mas á mediados del mismo año renunció el cargo, como lo habian hecho varios de sus colegas, cuando se anunció que iba á adoptarse una política menos templada que la que habia seguido el primer ministerio del plan de Tacubaya.

Carpio no tenia prendas de orador parlamentario, ni su genio le permitia emplear las artes que ordinariamente se usan para adquirir influencia en los cuerpos deliberantes. Ademas, los sucesos de los años de 27 y 28 dejaron tristes recuerdos en su alma. Así es que pocas veces tomaba parte en las discusiones públicas, y mas bien se daba al trabajo de comisiones. En estas y en el acto de votar mostraba siempre imparcialidad y rectitud. Por principios, por carácter, por los hábitos todos de su vida, él no podia pertenecer al bando popular; pero tampoco podia avenirse con las destemplanzas del poder arbitrario. Patriota sincero, amando con pasion el pais de su nacimiento, y queriendo para él ventura y buen nombre, no podia desear sino un gobierno de órden y justicia, que respetara el derecho donde quiera que estuviese, y que de verdad, sin estrépito ni agitaciones, promoviera el adelantamiento de la República. Todo el mundo hacia justicia á sus sentimientos, y todos los partidos al fin respetaron su persona y estimaron su virtud.

Esta estimacion no podia negársela quien llegara á conocerlo. Carpio era hombre genialmente bueno, incapaz de aborrecer sino el vicio en sí mismo. Yo no he conocido persona que menos se permitiera juzgar mal de nadie, ni manifestar opinion ó sentimiento contrario á otro. Delante de él la murmuracion tenia que callar, porque con su presencia grave y severa le obligaba á guardar mesura. Lo mismo sucedia con toda chanza descompuesta, con toda liviandad de palabras: los chocarreros y lenguaraces jamas hallaron acogida con él. Y no porque en su conversacion faltara amenidad, jovialidad y aun chiste; sus epigramas prueban bien lo contrario; sino que no sufria que se hiriese á

ninguna persona, que se lastimase ninguna reputacion, ni se ajara ninguna cosa de las que deben ser consideradas en el trato humano. Su bondad sin embargo no era una flaqueza mugeril, que se dejase vencer inoportunamente de la lástima, ó le hiciera abandonar sus deberes, por duros que fuesen. Siempre obraba conforme al dictámen de la conciencia, y practicaba á la letra la máxima de Leibniz: *La justicia es la caridad del sabio.* En pocos pechos habrá tenido menos cabida la ira, pasion inmoral, de la que con razon se dijo que es una verdadera demencia, aunque pasajera: Carpio poseía su alma en sosiego, y era siempre señor de sí mismo. Amaba sobremanera la verdad en todas las cosas, y la mentira era para su corazon lo que el sofisma para su entendimiento; objeto de una repugnancia instintiva, anterior á toda reflexion. De la limpieza de sus costumbres, y de su probidad en todos los actos de la vida, es por demas hablar. Excelente amigo, lleno de bondad y de afecto para con las personas que llegaba á distinguir, y con quienes se unia para siempre, no prodigaba sin embargo la amistad, conociendo su precio. Finalmente, su piedad era sincera y viva; tenia un profundo respeto á la Divinidad, de la que nunca hablaba sin emocion, así como de la revelacion cristiana, á la que estuvo siempre entrañablemente apegado. Las disputas religiosas le parecian nocivas, y seguia con entera pero razonada fe la creencia de la Iglesia católica.

He ido demorando hasta aquí contar lo que no quisiera. Don Manuel Carpio se casó años atras con Doña Guadalupe Berruecos, señora llena de prendas y de amabilidad. En el seno de su familia fué esposo y padre feliz. Tuvo la desgracia de perder á su excelente consorte en 1856, y en

Enero de 1859 á su cuñado el Lic. D. J. Rafael Berruecos, sugeto estimable, y á quien amaba como hermano. Aquellas pérdidas le hicieron dolorosa y profunda impresion. Dos meses despues fué atacado él mismo de un mal celebral, que de pronto se explicó por una especie de oblivion, y por algun entorpecimiento de la inteligencia. Arrastró así una vida dificil cerca de un año; y habiendo repetido el ataque el 11 de Febrero del presente (1860), espiró á las pocas horas, pasando á la eternidad como si entrara en un sueño tranquilo. Sus funerales fueron un duelo público, y seguramente no se hubiera hecho mas con el primer hombre de la ciudad. Esas demostraciones, espontáneas todas, fueron el último tributo que pagó México á quien habia sido uno de sus mejores ornamentos.

Su persona era bien compuesta, de mediana estatura, de rostro sereno, la frente desembarazada y espaciosa, los ojos claros, el andar (espejo del carácter, segun algunos fisonomistas) grave y reposado. Los discípulos de la clase de escultura de la Academia de San Cárlos, bajo la direccion de su hábil profesor Don Manuel Vilar, sacaron poco antes de su muerte un busto suyo, de tamaño mayor que el natural, y que lo representa con bastante exactitud.

En este escrito he querido conservar la memoria de sus virtudes, y pagar una deuda. Si dentro del sepulcro pudiera aun escucharse la voz de los vivos, Don Manuel Carpio no desconoceria la de una amistad de mas de 30 años, nunca eclipsada con la niebla de la tibieza, y que yo estimé siempre como un presente del cielo. No por eso me propuse escribir un panegírico, sino decir la verdad tal como creo haberla conocido; que si otra cosa hubiera intentado, poco habria yo aprovechado con el ejemplo y las leccio-

nes del buen modelo que por tanto tiempo tuve á la vista. Mas si á pesar de todo esta obrita mostrare en algunas partes la traza de un elogio, la culpa será de D. Manuel Carpio, no mia. Del talento y la bondad unidos es imposible hablar sin algun sabor de alabanza.

Bernardo Couto.

México, Octubre de 1860.

POESIAS SAGRADAS

AL SÉR SUPREMO.

I.

O tienda yo mi vista en la llanura
Que va á perderse allá en el horizonte,
O penetre la lóbrega espesura
De algun inculto y pavoroso monte;
Ya contemple del mar la vasta anchura,
O á la espléndida esfera me remonte,
¡Grande y sublime Sér! en todo ello
Descubro absorto tu divino sello.

II.

Tú tiñes las adelfas y las rosas
Aun en boton, con púrpura brillante;
Las azucenas puras y olorosas
Colocas en su tallo vacilante;
Las amapolas frescas y pomposas
Se abren, Señor, bajo tu mano amante;
Y del tomillo en las pequeñas ramas
Mil flores hermosísimas derramas.

III.

Haces crecer el cedro en las montañas,
Y el sauce á las orillas del torrente,
Do nacen los helechos y las cañas
Y yerbas mil en la estacion ardiente:
De la tierra fecundas las entrañas
Con el calor y el agua dulcemente;
Y así los campos de verdor revistes,
Tornando alegres los que fueron tristes.

IV.

Formaste prodigiosos animales
Que embellecen el bosque y la llanura,
Desde los elefantes colosales
Hasta la mariposa tierna y pura:
En los montes, los campos y breñales
Los pájaros anuncian ser tu hechura;
Y en el agua del mar salobre y densa,
Desde la concha á la ballena inmensa.

V.

Entre los montes de la Arabia triste,
Arenales formaste tan ardientes,
Que el pobre insecto con trabajo existe
Privado de las yerbas y las fuentes:
Al árabe incansable allí pusiste,
Al camello y corceles impacientes;
Y del vasto desierto en los horrores,
Islas amenas, pájaros y flores.

VI.

Lagunas has formado encantadoras
Que de lotos ornaste y carrizales
Donde viven las garzas voladoras,
Los ánzares, chorlitos y zorzales:
Por tí brotan las fuentes bullidoras,
Para bien de tus hombres y animales:
Y entre bosques inmensos y sombríos
Haces correr tus bramadores ríos.

VII.

Ya en humo envuelto, desde el trono augusto,
Desciendes en tus rápidos querubes,
Y en torno esparces el pavor y susto,
Al surcar tus relámpagos las nubes:
Allí con brazo enérgico y robusto,
Lanzas el rayo formidable, y subes
Cual huracan al cielo, donde el bueno
Oye tranquilo retumbar el trueno.

VIII.

Para dar de tu fuerza una vislumbre,
Montes hiciste enormes y selvosos,
De verdes faldas y nevada cumbre
Con mil derrumbaderos espantosos:
Por poco que tu cólera relumbre,
Abrense ramblas y profundos fosos,
Y con estruendo vuelan arrojadas
Piedras, cenizas, lava y llamaradas.

IX.

Las grandes aguas á tu voz de trueno,
Espantadas huyeron de la tierra:
Del abismo reuniéronse en el seno
Y formaron el mar que al mundo aterra:
A sus olas tremendas pones freno,
O las levantas como enorme sierra:
Y en los remotos siglos has volcado
En la Atlántida inmensa el mar salado.

X.

En el espacio del redondo cielo
Globos de luz sin número formaste,
Que apenas se perciben desde el suelo
A pesar de sus moles: tú lanzaste
Mil enormes cometas, cuyo vuelo
Quién sabe á qué regiones prolongaste:
Mi alma se pierde en cálculos profundos,
Viendo girar innumerables mundos.

XI.

Y el hombre vil en su pequeña nada,
Alzando en alto su soberbia frente,
Y dando al sol y cielo una mirada,
"No hay Dios," esclama el mísero insolente.
Natura en tanto, inmensa, engalanada,
Sigue su vasto plan gloriosamente,
Oyendo con desden y con desprecio
La voz risible de su insecto necio.

LA INMENSIDAD DE DIOS.

El sol con sus rayos espléndido alumbra
Las grandes llanuras, los bosques mas densos,
La tierra, los mares y espacios inmensos,
Y todo lo anima su luz y calor.

Así, Dios sublime, tú llenas los mundos
De un lado hasta el otro del gran firmamento,
Y muy mas arriba se eleva tu asiento,
Adonde no llegan los rayos del sol.

Mi mente recorre los años que fueron
Y allá en el diluvio te miro presente:
Inundas las vastas regiones de Oriente,
Y escucho tus aguas bramando pasar.

Y cubren tus olas tambien el Ocaso,
Sumerges ciudades y pobres cabañas,
Y en toda la tierra sumerges montañas
Del polo del Austro al polo Boreal.

Tú abriste las aguas del piélago hirviente,
Pasó por su fondo tu pueblo querido,
Y á tu órden, el golfo con largo bramido,
Las huestes egipcias voraz se tragó.

El grande Alejandro se hallaba contigo
Al dar las batallas de Tiro y Arbela,
Y el griego á tu vista el Asia debela
Y el trono de Persia por tierra cayó.

Tú vuelas encima del mar de Lepanto
Y pones en fuga la escuadra agarena,
Y luego coronas la frente serena
Del hijo de Cárlos con lauro inmortal.

Y te hallas en medio del humo y estruendo
Del rudo combate do muere Gravina,
Y á Nelson ilustre tu mano destina
Espléndidas palmas allá en Trafalgar.

Al ver cómo cruza la negra tormenta,
Al ver en la nube surcando la llama,
Cuando oigo el estruendo del viento que brama
Me digo á mis solas "allí va el Señor."

Pasada la lluvia la yerba se alegra
Y al aire se mueve mojado su tallo,
Y yo con la mente pasmada te hallo
Allá entre las hojas de la húmeda flor.

Si subo á la cumbre del Líbano altivo,
Si subo á los hielos del alto Orizava,
Si miro en su cráter la férvida lava,
Pasmados mis ojos te encuentran allí.

Si bajo y recorro los grandes desiertos
En donde rebraman soberbios los ríos,
Si voy á los campos y bosques sombríos
Te encuentro presente delante de mí.

Al ir por los mares oscuros del Norte
Allá te descubro tras densas neblinas,
Y sobre las islas y heladas colinas
Te miro en tu carro volando cruzar.

Al ir por los mares del Trópico ardiente
Te miro que pasas en un torbellino;
Si bajo á las rocas del fondo marino
Tambien en el fondo te encuentro del mar.

Tu mano conduce las aves viajeras
Que pasan los mares á grandes bandadas,
Palomas azules y garzas rosadas
Y blancas cigüeñas y negro zorzal.

Pasado el invierno los pájaros vuelven
A ver sus campiñas y selvas y lagos:
Allí los mantienes, y alegres y vagos
Su arroyo visitan y nido natal.

¡Qué grato es sentarse de noche en la orilla
Del mar solitario que azota la arena,
Y verte en la luna magnífica y llena
Que sube rodando del piélago azul!

Espléndido tu ángel conduce en la mano
Allá en las alturas el raudo cometa,
Conduce un arcángel á cada planeta
Y al sol esplendente, radiante querub.

Tú llevas volando por ese vacío
A inmensas distancias estrellas hermosas,
Antáres rojizo, y al Norte las Osas,
Y al Sur el Centauro y el nítido Orion.

Aun muy mas arriba lanzaste potente
Millones de soles, y mundos, y mundos,
Y allá en los confines de espacios profundos
Formaste mas globos, INMENSO CRIADOR.

ADAN Y EVA.

SONETO.

En el Eden pasaban dulces horas
Eva y Adan en cándida alegría,
Entre las flores de arboleda umbría,
Al manso ruido de aguas bullidoras.

Los engañó con voces seductoras
Desde el manzano la culebra un dia.
¡Raza infeliz de Adan! hoy todavía,
Hoy el delito de mis padres lloras.

Del jardin los arroja enfurecido
Dios, cuando ve su crímen execrando,
Y salen ¡ay! cual aves de su nido:

Del pecho exhalan un sollozo blando,
La cara vuelven al Eden perdido,
Y al fin se alejan, y se van llorando.

MUERTE DE ABEL.

SONETO.

Junto á rústico altar en campo abierto,
Abel herido por su hermano un dia,
Sobre la yerba pálido yacia,
De tibia sangre y trasudor cubierto.

Los ojos vuelve al cielo y al desierto,
Y entre el horror de lánguida agonía,
A Eva llamaba: ¡madre! repetia;
Pero en vano clamaba, y quedó muerto.

Ciertos del mal, sus padres atraviesan
El densísimo bosque donde moran,
Y á grandes gritos su dolor espresan:

Lléganse al hijo tierno á quien adoran,
Y lo cogen, lo abrazan y lo besan,
Y lo sepultan, y al mirarse lloran.

EL DILUVIO.

Allá en un tiempo la redonda tierra
Ostentaba su pompa y lozanía:
Bosques inmensos de árboles copados
Dábanle sombra en el calor del dia.

Los vientos deliciosos trasportaban
El aroma de yerbas y de flores,
Que con ricos y espléndidos colores
Los montes y las selvas esmaltaban.

Grato era ver allá junto á las fuentes
Las magníficas dalias y los nardos,
El blanco loto y el azul junquillo
Retratarse en las aguas trasparentes
Al lado de las flores del tomillo.
¡Qué grato era el susurro de los vientos
En los granados de encarnada poma,
O en las copas de abetos corpulentos,
O en los magnolios de embriagante aroma!
Grato era ver los caudalosos ríos,
Así como los rápidos torrentes
Correr entre los bosques siempre umbríos
Y de las rocas despeñarse hirvientes;
Y ver en el espléndido paisaje

Arroyos, lagos, y fecundo suelo,
Y juntos con el ánade salvaje
Pollas sultanas con azul plumaje,
Azul plumaje de color de cielo.
Encanta el pavo de doradas galas
Y del Eden el pájaro divino;
Tambien el íbis todo purpurino
Menos las puntas negras de sus alas.

Los buenos hijos del Señor contentos
Entre las flores y las fuentes moran,
Y gozan de la luna y las estrellas
Y en dulce calma á su Criador adoran.
Pero al mirar tan blancas y tan bellas
A las hijas perversas de los hombres
En hora aciaga se enamoran de ellas.
De esa raza nacieron los gigantes
Que respiraban cólera y venganza,
Sin culto, licenciosos y arrogantes,
Sin otra ley que su puñal y lanza.
Y ¡cuántas veces en sus grandes manos
Brillaron las espadas homicidas,
Y se vieron hondísimas heridas
En el pecho infeliz de sus hermanos!
De su Autor olvidados no vertian
Ni aun en aras de céspedes campestres
La sangre de las tórtolas silvestres;
Ni orilla de las fuentes ofrecian
Canastillos de lirios y azucenas,
O purpuradas rosas y verbenas
Que en las húmedas márgenes nacian.
Al mirar el Señor el mundo lleno

De crímenes que brotan á millares
Y desiertos los rústicos altares,
Con grande indignacion y voz de trueno
Llama al Angel hermoso de los mares,
Y vuela el Angel, palpitante el seno.
Jehová mandóle que anegara el mundo
Con grandes lluvias y avenidas grandes,
Y que volcara el piélago profundo
E inundara las cumbres de los Andes.
Entonces el Espíritu tendiendo
Sus alas de un color como el zafiro,
Entre Sirio y Procion baja tremendo,
Y al llegar á la tierra da un suspiro.
Pone los fuertes piés en la alta cima
Del Ararat y allí la vista esplaya,
Y al caminar el Angel por encima
Tiembla el monte y el mar y su ancha playa.
Se pone á ver los vastos continentes,
Las grandes islas, los inmensos ríos,
Los espaciosos lagos y torrentes;
Y del hombre al mirar los estravíos
Baja al suelo sus ojos inocentes.
Entonces vuela rápido y quebranta
Todas las fuentes del grandioso abismo,
Y pasa luego al Sur y allí cogiendo
El polo con la mano, lo levanta,
Vuelca los hondos mares, y se espanta
Cuando oye de las aguas el estruendo.

Las ondas en enormes remolinos
Se echaron en los grandes continentes,
Y arrancaban enteros los palmares

Y los bosques de cedros y de pinos,
Y de abetos y verdes limonares.
Las grandes aguas iban y volvian,
Y en los montes inmensos se azotaban,
Y los montes inmensos retemblaban,
Y sus peñas abajo se venian.
En tanto el Angel cubre el ancho cielo,
Y al viento se desata lluvia espesa
En desiertos y campos cultivados
De un lado al otro de la tierra ingrata.
Salen de madre los hinchados ríos
Y el soberbio Amazonas se desata;
Sus olas braman y bramando suben
A los hielos eternos del Sorata.
De México en el valle donde vivo
Hoy entre flores, fuentes y olivares,
Tambien mugieron los revueltos mares
Y se agitaba el aquilon altivo.
Mil cárdenos relámpagos relumbran
En negra noche y tormentoso dia
Y las aguas magníficas alumbran,
Y al estallido de los grandes truenos
Los mares y la tierra se estremecen
Y el eco vuelven sus profundos senos.
Y van nadando en las hinchadas olas
Las tristes flores del silvestre acanto,
Lirios azules, blancas amapolas
Y la encendida flor del amaranto.
Nadaban los caballos y las hienas
Con las víboras verdes y leopardos,
Garzas rosadas y faisanes pardos
Con delfines, lagartos y ballenas.

Triste era ver del álamo en la cumbre
A las pobres palomas campesinas
Que al brillar del relámpago la lumbre
Inciertas revolaban en bandadas
Vagando por los montes y colinas
A esconderse en sus rocas escarpadas.
Entretanto huracanes turbulentos
Levantaban el mar embravecido
Que tornaba larguísimo bramido
Mas fuerte que el bramido de los vientos.

En un peñasco altísimo subida
La blanca Selfa, aparta con su mano
Del rostro hermoso el húmedo cabello,
Y asida de su esposo al blanco cuello
"Adios, le dice, para siempre, hermano,
No me abandones aun despues de muerta:
Dios nos ha unido con estrechos lazos,
Si te es posible á tu mujer liberta,
Mientras alzo á este niño con mis brazos."
Decir no pudo mas, ola estruendosa
Agitada de grandes torbellinos
Arrastró en sus hirvientes remolinos
Al niño, y al esposo y á la esposa.

Nina, doncella blanda y delicada,
La de los piés tiernísimos y blancos
Que no dejaba huella en su pisada,
Hoy va por pedregales y barrancos
Estampando su planta ensangrentada.
Va huyendo de las olas vengadoras
Que inundan sus jardines y enramada,

En donde ella pasó tan dulces horas
Al lado de la prenda mas amada.
¡Ay de tí! ¡Cuál estás! ¡Qué diferente
De lo que fuiste en tus hermosos dias,
Cuando al pié de los árboles tejías
Corona de jazmin para tu frente!
O de cuando agilísima bailabas
Bajo la verde copa del manzano
A la vista del jóven que extasiabas
Y que de esposo te iba á dar la mano!
¡Inútil fuga, inútiles congojas!
Crecen las olas, su bramido crece,
Tu corazon sensible desfallece,
Y al mirar que la oleada se abalanza
Cierras los ojos, das grito doliente,
Te arrebató la férvida corriente
Y ¡adios de tí, y adios de tu esperanza!

Anegada la tierra con sus montes,
De cristal una esfera parecia,
Y el Arca blandamente se mecia
Pasando de horizontes á horizontes.
Y es que el Angel del piélago salado
La llevaba en sus manos como una ara,
No fuera á ser que acaso naufragara
Entre tanto vaiven del mar airado.
Sumergida la tierra delincuente
Rodaba tristemente en el vacío,
Hasta que Dios mandó cierzo vehemente
Que disipara aquel nublado umbrío:
Y no cesaba el ímpetu del viento
Y poco á poco el agua disminuia,

Y poco á poco de la mar salia
Montaña por montaña, y los collados
Vieron por fin el luminar del dia.
El Arca grave suavemente posa
Del Ararat en la espaciosa altura,
Y Noé con su familia lastimosa
A tierra sale lleno de ternura.
Se ponen de rodillas, é inclinando
Hasta la tierra la humillada frente,
Empiezan á llorar, y al Dios clemente
Este himno entonan fervoroso y blando:

"Gracias te damos, Hacedor del mundo,
Que en medio de tu cólera sombría
Nos has librado de ese mar profundo
Cuyos rugidos se oyen todavía.

"Sumergiste á los hombres en su seno.
¿Cómo no castigar tanto delito?
Y nos salvaste ¡oh Dios! porque eres bueno
Y en tus misericordias infinito.

"Nosotros somos cual aquellas flores
Que el granizo marchita en los tejados,
O cual cañaverales deshojados
Del sofocante sol á los ardores.

"Mas nos diste, Señor, grandes consuelos
En la tormenta mas terrible y triste,
Y con tus blandas alas nos cubriste
Como el pájaro cubre á sus polluelos.

"En medio de ruidosos aquilones
Y encima de las ondas alteradas,
Tú fijabas tiernísimas miradas
En nuestros espantados corazones.

"Rebramó el mar, el huracan y el trueno,
Los hombres dieron doloroso grito,
Y nos salvaste ¡oh Dios! porque eres bueno
Y en tus misericordias infinito."

LA

DESTRUCCION DE SODOMA.

ODA.

Erase un valle plácido y ameno
Poblado de frondosos tamarindos,
De palmeras ruidosas y flotantes,
De naranjos altísimos y lindos
Con blancas flores y hojas resonantes.
Aguas limpias á par de bullidoras
Le regaban, formándole lagunas
Do jugaban las aves nadadoras
Entre las juncias y dorados lotos
Y las mojadas cañas silbadoras.
En las verdes y fértiles orillas
De los puros arroyos, descollaban
Al lado de retamas amarillas
Entreabiertos los húmedos botones
De rojos lirios y de frescas rosas,
Encanto de las bellas mariposas.
Allí el hojoso plátano sonaba,
Al tocarlo las alas bulliciosas
Del zéfiro campestre que pasaba.

En este valle de delicias lleno
Alzábanse bellísimas ciudades,
En cuyo blando y opulento seno
Todo brindaba á lúbricos placeres.
Mirábanse en los mágicos jardines
Al deleite halagüeño consagrados,
Mil puros y blanquísimos jazmines,
Y bellos amarantos matizados,
Las flores encendidas del ibisco,
Con los jacintos de color de cielo:
Verde emparrado les prestaba sombra,
Sombra cambiante en el florido suelo.

Aquí la flauta y cítara sonaban,
Y cantos deliciosos de alegría:
A su grato compas, libres danzaban
Los jóvenes ardientes á porfia,
Coronados de mirtos y amapolas.
Deshojaban las rosas encarnadas
En anchas copas de sabroso vino,
Que al instante quedaban apuradas.
Crece el contento y el delirio crece,
Anímanse los ojos, y la risa
En los férvidos labios aparece.
Aqueste pueblo que el pudor mancilla,
Duro, orgulloso y á la par impío,
Nunca el ingrato hincaba la rodilla
Ante el Supremo Sér, ni del incienso
Se elevó de su altar el humo denso,
Ni ofreció de la tórtola sencilla
La sangre pura al Hacedor inmenso.

Los clamores por último llegaron
De crímen tanto al diamantino cielo:
A Sodoma los ángeles bajaron
A saber la verdad de los delitos,
Y, seguros de todo, en raudo vuelo
Se alzaron mas allá de las estrellas.
¡Ay de Sodoma y de sus hijas bellas!
Entonces fué cuando Jehová tremendo
Se precipita desde el ancho espacio
Cual meteoro abrasador y horrendo:
Desciende en querubines voladores,
La tempestad le sigue con estruendo,
Los torbellinos son sus batidores.
Lanza fuego su boca, y de sus ojos
Fuego lanza tambien, y le rodea
Tiniebla espesa entre celajes rojos,
Y á su presencia el *valle de los bosques*
Tiembla con sus ciudades delincuentes.
Da Jehová la señal, y azufre y llamas
Bajan desde las nubes á torrentes,
Y pedrisco y carbones encendidos:
Sulca el aire el relámpago, y retumba
El espantoso trueno en los egidos:
La tierra se estremece, y se abre y brama,
Brota fuego y betun de su ancho seno,
Lava encendida hirviendo se derrama
Sobre ese valle tan feraz y ameno,
Y arrasadas quedaron sus ciudades
Bajo las aguas de un salobre lago.
Solo el piadoso Lot con su familia
Pudo escapar del formidable estrago.
Entonces Dios, en medio de su estruendo

Y cubierto de cárdenos nublados,
Vuélvese al cielo en huracan tremendo.
El padre Abran en tanto desde lejos
Las llamaradas trémulo miraba,
Como de horno espantoso que lanzaba
Pavesas entre pálidos reflejos.

Desde entonces se mira allá en el fondo
Un valle triste, solitario y hondo
Entre dos cordilleras destrozadas:
Abras se ven allí, peñascos altos
De pedernales, pómez y basaltos
Ahumados con las grandes llamaradas.
De allí se baja al valle mas oscuro,
De sal cubierto y vastos arenales,
Donde de trecho en trecho nace apenas
Cardo silvestre y duros espinales.
Entre piedras y estériles arenas,
El soberbio Jordan, turbio y sombrío,
Arrastra melancólico sus aguas,
Cuya desierta márgen entristecen
Pálidas cañas que humedece el río.
Los abrasados campos de ceniza
Así atraviesa lento y á sus solas,
Y en el lago mortífero derrama
Lánguidamente sus cansadas olas.

Al fin se llega á la espantosa orilla
De aquel lóbrego mar, cuyo silencio
Aterra al mismo tiempo y maravilla.
Jamas se escucha allí ningun gorjeo
Siquiera de la amable golondrina,

Ni del halcon marino el aleteo,
Ni el grito de la acuática gallina;
Solo se oye el monótono golpeo
De las pesadas y salobres olas
En las rocas basálticas del lago,
Do depositan el asfalto vago.
En sus aguas inmóbiles y obscenas
Mal se alimentan sus pequeños peces
Y alguna concha y caracol apenas,
Y todo lo demas es un desierto
Dentro y fuera de un mar callado y muerto.
Es fama que en sus aguas solitarias
Se descubren las ruinas silenciosas
De las ciudades muelles y nefarias:
Y columnas, y templos abatidos,
Arcos quemados, derrumbadas torres,
Y cimientos del fuego denegridos.
Al mirar tanto escombro amontonado,
Se creyera escuchar los alaridos
De aquel pueblo infeliz y reprobado.

Quédate, ¡oh valle pavoroso y triste!
Quédate á solas con tu muerto lago.
¡Qué diverso te ves de lo que fuiste!
¡Cómo te puso el espantoso estrago!

CASTIGO DE FARAON.

SENTADO el monarca glorioso de Egipto
En trono de nácar y de oro luciente,
Augusta diadema le ciñe la frente,
Y adórnale el pecho radiante joyel.

Y lleva una zona bordada de estrellas,
Su túnica es blanca de seda sonante,
Y el manto soberbio de grana brillante,
En ondas le baja cubriéndole el pié.

El trono rodean soldados adustos,
De barba poblada, de rostro salvaje,
De yelmo terrible, con negro plumaje,
Coturnos vellosos de piel de leon.

Su cota de acero bruñido relumbra;
La espada en la cinta, la pica en la mano,
Esperan la seña del duro tirano,
Y reina el silencio por todo el salon.

Moisés el profeta, varon venerable,
De serio semblante, de undoso cabello,
Terribles los ojos, indómito el cuello,
La túnica parda, de trueno la voz,

Preséntase, y pide que al pueblo judío
Se deje el camino seguro y abierto,
Y hacer sacrificios allá en el desierto
En rústicas aras al grande Criador.

"Seis plagas has visto que toda la gente
Sufrió por tu culpa, le dijo el anciano;
Al Dios de mis padres resistes en vano,
El quiere librarnos, y es fuerza partir.

"Humíllate débil al fuerte Adonai,
El hizo los montes, los campos y mares:
Y allá en esos cielos, él puso á millares
Las altas estrellas que miras lucir."

El rey entretanto, cambiando colores,
Se inunda su pecho de cólera amarga:
Ya coge la espada, ya coge la adarga,
Ya baja del sólio, ya vuelve á subir.

Temblaban las guardias al ver el enojo
Que agita al monarca, cual tigre en la reja,
Revuelve los ojos, enarca la ceja,
Y en tono tremendo comienza á decir:

"¿Cómo es que un hebreo, cómo es que un esclavo
Armado tan solo de mágica vara
Me pida insolente, y así cara á cara,
Librar á sus tribus? así no será.

"Primero los mares abriendo su seno
A mí y á mis tropas y carros cubrieran,
Que gentes tan viles de Egipto salieran;
Serán aquí siervos, aquí morirán."

Oyendo el profeta palabras tan duras,
"Mañana, le dijo, verás tempestades,
Habrá granizadas, habrá mortandades,
Verás maravillas que Egipto no vió."

Y dando la vuelta salió del palacio;
Y cuando cercano mostrábase el dia,
Al cielo terrible la mano tendia,
Y negro nublado los aires cubrió.

De Oriente al Ocaso, del Sur al mar Grande,
Errantes las sombras cubrieron el cielo,
Relámpagos rojos cruzaban el suelo,
Los truenos hacian la tierra temblar:

El Nilo bramaba, bramaban los mares,
Bramaban sus costas, silbaban los vientos;
De Tébas y Tánis los hondos cimientos
Del rayo temblaban al rudo estallar.

Rasgadas las nubes, la lluvia ruidosa
Inunda los campos, rebosan las fuentes,
Y bajan las aguas en turbios torrentes
Y arrastran las olas ganado y pastor.

Mezclados andaban granizos y rayos,
La yerba del campo y el árbol hirieron;
El toro robusto y el hombre murieron,
Y el reino cubrióse de luto y horror.

El bárbaro río sus márgenes cubre,
Arranca los cedros de Ménfis altiva,
Y en gran remolino sus palmas derriba,
Y arroja los troncos al férvido mar;

En tanto el ganado del pueblo judío
En campos floridos pastaba contento,
Y allí no sintieron granizo ni viento,
Y solo de lejos oyeron tronar.

Pasada la negra ruidosa borrasca,
Que salgan las tribus el rey no consiente;
Mas alza el caudillo la vara potente,
Y hambrientas langostas obliga á venir.

Y luego tinieblas espesas derrama,
Y á Egipto sus luces el cielo le niega;
Tan solo el hebreo contento se entrega
A juegos campestres y alegre festin.

Las sombras cubrian la tierra otra noche,
El pueblo en su sueño posaba tranquilo,
Y manso corria magnífico el Nilo;
Callaba la tierra, callaba la mar.

Pacíficas duermen las cándidas garzas
Allá entre las cañas, orillas del río,
Las bestias feroces en campo sombrío
Y en húmedas cuevas dormidas están.

Los áulicos altos, los nobles magnates
Descansan en lechos de púrpura rica:
Mas ¡ay! sobre sedas el rey se abanica,
E inquieto en su cama no puede dormir.

Repasa en la mente las plagas horribles,
Que al reino trajeron inmensa amargura,
Le eriza el cabello su suerte futura;
Sudando y convulso se siente morir.

Un ángel en tanto voló como un rayo,
De Siene hasta el Delta temblando de enojo;
Con la ala derecha tocaba el Mar Rojo,
La izquierda tocaba al Libio arenal.

Volaba cubierto de espesa tiniebla,
Llevaba en la mano su acero sangriento,
Sus negros cabellos vagaban al viento,
Sus ojos brillaban con luz funeral.

Cual suele en los campos un gran torbellino
Quebrar las cañuelas de verdes espigas,
Dejando burladas así las fatigas
Y dulce esperanza de algun labrador;

Así pasó el ángel airado matando
Á cuantos varones nacieron primero;
Murió desde el hijo del pobre leñero,
Hasta el del monarca de Egipto señor.

Un grito de muerte se oyó á media noche
En todo el imperio; llevaba la gente
Pavor en el alma, sudor en la frente;
De todos los ojos el llanto corrió.

El rey se levanta del lecho de grana,
Los vastos salones recorre aturdido,
Sus lágrimas ruedan, y da un alarido,
Que en todo el alcázar, en todo se oyó.

Lloraba la reina, sus manos torcia,
Con ayes dolientes á su hijo llamando,
Y suelto el cabello, y el velo arrastrando,
Toda ella temblaba de espanto y dolor.

Grítaban las madres por calles y plazas,
Alzando los ojos llorosos al cielo,
O bien de rodillas besaban el suelo,
Haciendo plegarias á Osiris y Amon.

Tremendo castigo de un pueblo orgulloso,
Idólatra ciego, que á un pueblo su hermano
Oprime sin tregua con bárbara mano,
Y apenas le deja del sueño gozar.

Empero esa noche soñando en su viaje,
Las tribus dormian en rústicos lechos;
Terror no agitaba los cándidos pechos
De aquellos mortales, amor de Jehová.

El ángel en tanto se pára en la cumbre
De la alta pirámide, y da una mirada
A todo el Egipto, y envaina la espada,
Y quédase un rato pensando entre sí.

De nuevo despliega sus rápidas alas,
Y parte, y resuena su espada en el vuelo;
Divide las nubes y encúmbrase al cielo,
Y dice postrado: Señor, ya cumplí.

Así en ese tiempo y en esas regiones,
Quebranta Adonai la fuerte cadena
Del pueblo escogido, y humilla y enfrena
Al bárbaro egipcio, y al gran Faraon.

Libró á los judíos con brazo robusto,
Y á tantos prodigios tembló el Filisteo,
El fuerte Moabita, y el fuerte Idumeo,
Y el rico Fenicio temblaba en Sidon.

Aun hay obeliscos y templos y tumbas
De Tébas y Ménfis allá entre las ruinas,
Que vieron al ángel en densas neblinas
Cual águila negra volando cruzar.

Allí Bonaparte á orillas del Nilo,
Al dar á los turcos batalla tremenda,
Es fama que dijo, "aquí va la senda
Que ha visto de un ángel la sombra pasar."

PASO DEL MAR ROJO.

El pueblo de Jacob salido habia
De Ramasés con el placer mas vivo,
Viéndose lejos del monarca altivo
Y viendo rota su cadena impía.

Los viejos besan á sus hijos tiernos,
Estos abrazan á sus buenos padres,
Las doncellas les dicen á sus madres:
"Por fin ya libres conseguimos vernos."

Rodaba el cielo cóncavo, y rodaba
El magnífico sol para el Poniente,
Quemaba el soplo de huracan vehemente,
Cual si fuera vapor de roja lava.

Estaba el pueblo ya sobre el mar Rojo
Cuando volvió los ojos al desierto,
Y viendo á los egipcios quedó yerto
Y víctima creyóse de su enojo.

Del ejército grande el polvo miran,
Que en remolinos por el aire sube,
Y al ver que viene la anchurosa nube
Tiemblan las tribus y en desórden giran.

Ya se oye la confusa gritería
Del enemigo que veloz se acerca.
¡Ay! ¡que los carros ya se ven de cerca,
Y de cerca se ve la infantería!

Ya se oye el galopar de los corceles
Que avanzan con ardor, y los bufidos
De las yeguas de Arabia, y los mugidos
Del Dios Apis ceñido de laureles.

¿Quién es aquel de relúciente cota,
De ropaje magnífico de grana,
De armas brillantes, juventud lozana,
Casco bruñido, y blanca la garzota?

Negros caballos con la crin flotante,
Grandes, soberbios, de ademan bizarro
Tiran gloriosos su dorado carro
Y van á toda rienda por delante.

Es el monarca: escolta polvorosa
En ruidoso tropel lo va siguiendo:
De los caballos y armas al estruendo
De vanagloria el bárbaro rebosa.

¡Congoja amarga, amargo desconcierto
Para el pueblo que mira allí su tumba!
Delante de sus piés el mar retumba,
A la izquierda y derecha está el desierto.—

"¡Caudillo de las tribus! las edades
"Gemirán al recuerdo de este dia.
"¿Sepulcros en Heliópolis no habia?
"¿Por qué morir en vastas soledades?"

"Mejor nos fuera, orillas del gran río
"Alzar palacios, y cavar canales,
"Que perecer en estos arenales
"Entre las manos del egipcio impío."—

"¡Hijos del padre Abran! valor y esfuerzo,
Dijo Moisés; la mano omnipotente
Hará desparecer toda esa gente,
Como las hojas que arrebata el cierzo."—

Dijo, y el ángel que en su nube envuelto
Caminaba del pueblo á la vanguardia,
De un paso colocóse á retaguardia
Con sable en mano y ademan resuelto.

Moisés la vara sobre el mar levanta
Y se abre el mar con formidable estruendo:
El abismo descúbrese tremendo
Jamas hollado por humana planta.

¿Quién es el fuerte que rompió las ondas
Y por medio del agua abrió camino?
¿Quién la suspende con poder divino
Dejando enjutas las arenas hondas?

¿Quién sino aquel Señor que en sus enojos
Al relámpago llama, y obedece,
Que enciende el rayo cuando le parece,
Que apaga el sol al brillo de sus ojos?

¿Quién sino aquel que en el inmenso cielo
Hace rodar sus infinitos mundos,
A quienes ni los sabios mas profundos
Pueden seguir en su incansable vuelo?

El terrible Moisés baja el primero
Con firme paso al tenebroso abismo,
Síguele Aron con ínclito heroismo
Y el pueblo marcha por aquel sendero.

Las gentes silenciosas, entretanto
En las profundidades solitarias,
Hacen al cielo tímidas plegarias
Lloroso el rostro, y pálido de espanto.

"Volad, el rey gritó, los fugitivos
Caigan al golpe del terrible acero,
Y los que escapen del rigor primero
Vuelvan á Tánis otra vez cautivos."

Dijo, y su tropa en órden de batalla
Entra en el mar que encadenado ruge:
El armamento en las tinieblas cruge:
Calla el infante, y el ginete calla.

Huye, hijo de Jacob, que ya insolente
El Faraon cual tempestad avanza
Al fondo del abismo, y ya te alcanza
Entre espantosa multitud de gente.

El ángel que escuchó no muy distante
El ruido de los carros y corceles,
Volvió la cara, y viendo á los infieles
Con rostro airado se paró delante.

Al trueno de su voz tiembla la tierra,
Y en lluvias el nublado se desata,
Como el agua de inmensa catarata
Que se despeña de fragosa sierra.

En esta noche lóbrega y tremenda
Los cárdenos relámpagos relumbran,
Ruedan los rayos que la mar alumbran
Y brama el viento en la funesta senda.

¡Ay, que el monarca desmayarse siente!
Y sus caballos despreciando el freno,
Arrancan espantados con el trueno,
Y estrellan la carroza reluciente.

¡Cuánta desolacion en los soldados!
¡Y qué terror! Legiones con legiones,
Carros con carros chocan, y bridones
Con bridones se mezclan asustados.

Firme Moisés alzó la fuerte mano
Sobre el pesado mar, y el mar revienta
Y se desploma como gran tormenta
Encima de las tropas del tirano.

Las olas en ruidosos remolinos
Envuelven al caballo y caballero,
Y al que tira la flecha, y al hondero,
Y al rey con sacerdotes y adivinos.

Echan fuera las aguas entre espumas
Las espadas, las picas, los escudos,
Los fuertes cuerpos de guerreros mudos
Y sus morriones de flotantes plumas.

Tambien tú, ¡oh rey! cubierto con tu malla
Tendido estás, helado y sin aliento,
Espuesto al agua, y al calor, y al viento,
Junto con tus caballos de batalla.

¿En dónde están tus bravos escuadrones
Y tu hirviente y atroz infantería?
Duermen el sueño de la muerte umbría
Al lado de sus lanzas y pendones.

Cuando pasen los árabes salvajes
Detrás de sus pacientes dromedarios,
Aquí hollarán tus huesos solitarios
Y hollarán tus espléndidos plumajes.

EL MONTE SINAI.

El sensible Jehová, que compasivo
Mostró en Belen un corazon tan blando,
Y en el lóbrego huerto suspirando,
Por los hombres oró bajo el olivo:

Aquel Señor que de una cruz pendiente
De dolor agoniza y de congoja,
Que con sangre y sudor el monte moja,
Y muere como víctima inocente:

Para dar en las vastas soledades
Sus leyes á Judá, bajó tremendo,
Volando entre tiniebla y fuego horrendo,
Como vuelan las negras tempestades.

Al pasar el Señor, quedaron mudas
Las olas del Mar Rojo, y la ballena
Huyendo baja á la profunda arena,
Para esconderse entre las peñas rudas.

Los ojos de Jehová relampaguean
Tremendamente, y su carroza ardiendo,
De lo alto se despeña con estruendo,
Y sus ejes y ruedas centellean.

Le acompañan las nubes tenebrosas,
Bramando le precede el torbellino,
Y girando en inmenso remolino,
Le siguen las tormentas estruendosas.

Llega al monte, y el monte se deprime,
Y su ancho fundamento se estremece,
Una sombra terrible lo oscurece....
Sigue un momento de estupor sublime.

Mas súbito el relámpago relumbra
Mil veces y otras mil: la llama viva
Brilla del Sínai en la cumbre altiva,
Y entrambos mares y el desierto alumbra.

Uno tras otro el trueno se sucede,
Uno tras otro lo repite el eco,
Tiembla el Oreb al estallido seco,
Tiembla espantado el pueblo, y retrocede.

Ruedan los rayos por la falda en torno
Y de alto abajo los abetos hienden,
Los orgullosos árboles se encienden,
Y queda el monte convertido en horno.

Habló el Señor, y aquella voz severa
Resuena como el mar alborotado:
Díctale leyes á su pueblo amado.
¡Pueblo feliz, si á su Señor temiera!

"Ama, le dice, al Hacedor inmenso,
Y dobla en su presencia la rodilla,
Sírvele fiel con voluntad sencilla,
Y en el altar le ofrecerás incienso."

"No adores á los dioses impotentes
Que la mano labró del estatuario,
Pues el sagrado olor del incensario
Me lo deben á mí todas las gentes."

"No jures por Jehová, ni por sus leyes,
Ni por la tierra ó por la mar undosa:
En dulce calma el sábado reposa
Con tus hijos, tus siervos y tus bueyes."

"Honra á tus padres con piedad sagrada,
Y llegarás á respetable anciano;
Jamas oprimas á tu pobre hermano,
Nunca en su sangre teñirás la espada."

"Jamas profanes tu inocente lecho
En los brazos de lúbrica molicie,
Ni el oro ajeno alguna vez codicie
Ese tu noble y generoso pecho."

"Cándida la verdad pose en tu labio
Como en el lirio azul la mariposa:
No tiendas redes á la ajena esposa,
¡Ay del autor de semejante agravio!"

Dijo, y la tempestad sigue entretanto,
Y agita ronco el aquilon las nubes:
Con sus alas se cubren los querubes
A cada trueno, pálidos de espanto.

El abrasado Sínai parecia
Altísima pirámide de lumbre:
Negros celajes vagan por su cumbre
Como las olas de la mar sombría.

Asustada retírase la gente
Del monte oscuro que terrible humea;
Solo Moisés, mientras la llama ondea,
Con el Señor conversa frente á frente.

EL SACERDOTE ARON.

A mi amigo el Sr. D. José M. Roa Bárcena.

SONETO.

Contra Aron y Moisés gran vocería
En el vasto desierto alza la gente,
Y al ángel da Jehová su fuego ardiente
Y con terribles órdenes le envia.

Coge entonces Aron, como solia,
Vestidura y diadema reluciente,
Incensario y perfumes, y doliente
Avanza al campamento que ya ardia.

Se pone entre los vivos y los muertos,
Un gran gemido da, y otro gemido,
A Dios suplica y el incienso quema.

Y quedan de terror los brazos yertos
Del ángel inmortal cuando esculpido
Ve el nombre del Señor en la diadema.

LA MUERTE DE MOISÉS.

SONETO.

Sube Moisés á la callada altura
Del monte Nebo á terminar su vida,
Y antes mirar la tierra prometida,
Mas sin poder bajar á su llanura.

Se pone á contemplar con amargura
La vega del Jordan, vega florida,
Y á Jericó frondosa que convida
Con sus fuentes y rosas y verdura.

Mira de lejos los inmensos mares,
De Genesar el agua cristalina,
Y bosques de manzanos y olivares.

Y al sentir que su muerte se avecina,
Da la última mirada á los palmares,
Y al espirar, en su ángel se reclina.

LA PITONISA DE ENDOR.

Atrincherado se halla el filisteo
De Esdrelon en la espléndida llanura:
De un lado está el Gelboé con sus horrores,
Del otro está el Tabor con su verdura,
Y el Carmelo á lo lejos con sus flores.

Se agitaban los bárbaros infantes
Levantando confusa gritería,
Como suele mugir la mar sombría
Cuando azota sus playas resonantes.
De Acaron los intrépidos ginetes
Marchan armados de robustas mazas,
Defendidos con sólidas corazas,
Y azul plumaje flota en sus almetes.
Delante de los bravos filisteos
Que ostentan sus escudos y sus lanzas,
Plantan su campamento los hebreos
Sin aliento marcial, sin esperanzas.
De su propio caballo á los relinchos
Se estremece el soldado, y se estremece
Tambien al ruido de sus propios pasos,
Y al blando viento que las yerbas mece;
Y llenos de pavor los capitanes
Y clavando en la tierra sus miradas,

Se olvidan de sus cintas y sus cotas,
Descuidan sus magníficas garzotas,
Y arrastran lentamente sus espadas.
Allí estabas tambien, criatura bella,
Príncipe Jonatás, jóven gallardo,
Más amable que cándida doncella,
Y mas ágil y fuerte que leopardo.
Pero tu corazon en este dia
Está lleno de luto y de tristeza,
Y el gran morrion te oprime la cabeza,
Que ligero otra vez te parecia.
Tu volador caballo de alta frente
Ya no se alegra cuando estás delante,
Y al mirar abatido tu semblante,
Se olvida de la yerba y de la fuente.

En aquella vastísima llanura,
De la Cruz el ejército latino
Encontró deshonor y sepultura
Delante del terrible Saladino.
De Francia allí las águilas triunfantes
Vieron á Bonaparte y sus legiones
Humillar á los turcos batallones,
Y hollar sus medias lunas y turbantes.

El rey hebreo, devorada el alma
De una negra y mortal melancolía,
No puede un rato conseguir de calma
Ni en la tranquila noche ni en el dia.
Del Señor el oráculo consulta
Temblando por la próxima batalla,
Pero el cielo indignado se ensordece,

Y el sacerdote y el profeta calla.
Entonces el monarca allá en su tienda
Iba y tornabá taciturno á solas,
Y su cara agitábase tremenda
Y en ella se pintaba su despecho:
Un grito dió, se puso la celada,
Dos veces empuñó su grande espada,
Y otras dos veces la arrojó en el lecho.

En el silencio de la noche oscura
Reposan con el sueño los mortales,
Duerme la ágil culebra en sus zarzales,
Y el tigre altivo en su mansion segura:
El viento calla, y calla la marea
Del trasparente mar de Galilea;
Mas no reposa el rey, y en su amargura
Montó á caballo al fin con dos guerreros,
Y marchaban por lóbregos senderos
Con lanza en mano y daga en la cintura.
Iba en tanto subiendo del Oriente
La luna iluminando los palmares,
Los abetos frondosos y olivares,
Los inmóbiles cedros del torrente,
Del Jordan solitario la corriente
Y las olas tranquilas de los mares.
Callaban de pavor los escuderos;
Mas turbaba la paz de aquel retiro,
De cuando en cuando hondísimo suspiro
Y el pausado crugir de los aceros.
Saúl entre los árboles copados
Alzó los ojos lánguidos al cielo,
A ver la luna por la vez postrera,

Despues inmóbil los fijó en el suelo,
Y al fin no pudo ni llorar siquiera.
Del pájaro nocturno al eco triste
Los soldados llenábanse de espanto,
Y tú tambien, ¡oh rey! te estremeciste
Al escuchar su pavoroso canto.
Por fin salieron del camino incierto
Y á la luz de la luna divisaron
La poblacion de Endor en campo abierto.
En una grande y arruinada casa
Que habita una famosa pitonisa
Tristes penetran, y á la luz escasa
Y al suave soplo de medrosa brisa,
Cruzan yerbosos patios en silencio,
Y no lejos un bulto se divisa.
—Oye, buena mujer, dijo el monarca
A la hechicera que salió al encuentro,
Yo sé que puedes desde el hondo centro
De la tierra evocar á los difuntos;
Si obedeces mi voz, tendrás honores,
Y riquezas tambien de gran valía.
—Pero señor, ¿ignoras los rigores
Con que castiga el rey? le respondia.
—Por el Dios de mis padres te aseguro
Que nadie te hará mal, dijo el guerrero,
A esa alta luna ofenderán primero,
Que te ofendan á tí, yo te lo juro.
—¿Y qué alma he de sacar del seno oscuro?
—El alma de Samuel, solo eso quiero.

La pitonisa entonces le conduce
A un solitario altar de su aposento,

Y empieza á preparar su encantamento
Ante una antorcha que funesta luce.
Se desciñe la túnica de lino,
De un pié se quita la sandalia roja,
Y con verde ciprés esparce vino,
Y luego sangre por el aire arroja.
Ora muele mortíferos venenos
Venidos desde Colços y del Ponto,
Un áspid ora de su seno toma
Y echa áspid y veneno en la redoma,
Y échale agua tambien, agua salobre
Del verdinegro lago de Sodoma.
Mientras esto pasaba, repetia
Ensalmos y palabras misteriosas,
Y su pálido rostro se encendia,
Se agitaban sus labios convulsivos,
Y sus ojos tambien y cabellera,
Y sonaban al viento los olivos,
Y bramaba en el campo la pantera:
Dió la tierra un mugido y espantada
Tembló bajo los piés de la hechicera.
—¡Ay infeliz! gritó la encantadora,
Erizado en la frente su cabello,
Tú eres el rey, señor, me has engañado,
Horrible trasudor cubre mi cuello.
—Nada temas, mujer, dime ¿qué viste?
—Vi un magnate subiendo de la tierra:
Allí está la fantasma que me mira,
Y ya se acerca y su mirar me aterra.
—¿Y cuál es su figura?—Es un anciano
De barba espesa y blanco su cabello,
De manto negro y rostro sobrehumano;

Ya está á mi lado y siento su resuello,
Y me agarra la mano con su mano.

Entonces el monarca se estremece,
E inclinando su frente el suelo toca,
Y queda muda de terror su boca,
Y de terror su vista se oscurece.
—¿Por qué, gritó Samuel, así me inquietas,
Haciéndome venir á estos lugares?
—¡Ah, señor! dijo el rey, grandes pesares
Me han arrastrado al punto en que me veo.
Han sonado en mi campo los clarines
Del insolente y fuerte filisteo,
Yo mismo ayer oí desde mi tienda
El ruido de sus carros y corceles,
Y oí crugir espadas y broqueles,
Y vi el polvo que alzaban sus infantes,
Vi relumbrar las puntas de sus lanzas,
Y vi tambien sus yelmos centellantes.
Le consulto al Señor; pero callado
Permanece el oráculo divino.
Dime, pues, ¿entraremos al combate?
¿O levantar el campo es de tu agrado?

Entonces el profeta alzando al cielo
Su grave rostro y formidable diestra,
Del triste porvenir descorre el velo,
Y le replica al rey con voz siniestra:
—Cuando eras infeliz y desvalido,
Del gran Jehová la voluntad suprema
Hasta el dosel te levantó del polvo,
Y puso en tu cabeza la diadema.

Oro te dió, caballos y ginetes,
Carros de guerra, escolta polvorosa,
Y batidores de presencia hermosa
Cubiertos de robustos coseletes.
El Señor te mandó que castigaras
Sin piedad á Amalec por sus crueldades:
Amalec en las vastas soledades
Acuchilló á tu pueblo fatigado
De hambre y cansancio y de ansiedad y susto;
Pero tú inobediente al cielo justo
Salvaste al rey, despojos y ganado.
Por eso Dios en su furor ardiente
Para siempre, ¡oh monarca! te destrona,
Y va á poner tu trémula corona
De tu rival en la gloriosa frente.
Esas tropas que tienes en campaña
Delante de las huestes enemigas,
¡Ay! mañana cual débiles espigas
Tendidas quedarán en la montaña.
Morirá al fin tu Jonatás querido
En medio del furor de la derrota
A pesar de su brazo tan temido,
De su morrion y su escamada cota.
Los restos de tus tropas fugitivas
Llegarán del Jordan á las riberas,
Y se echarán al agua, y las oleadas
Se llevarán penachos y banderas
Y caballos y gentes á bandadas.
A pesar de tu intrépido coraje,
El magnífico yelmo de tu frente
Rodará sobre el polvo indignamente,
Empapado en tu sangre su plumaje.

Sudando el cuerpo, y en el alma el duelo
¡Ay! morirás al filo de esa espada,
Y tú y tus hijos, lejos de su suelo,
Mañana habrán de estar en mi morada.

El rey sin fuerza y de terror herido
Al escuchar la triste profecía,
Se vió cubierto de una sombra fría,
Y cayó sobre el polvo sin sentido.

CAUTIVIDAD DE LOS JUDÍOS
EN BABILONIA.

Dedicada al Sr. Dr. D. José María Covarrubias.

ELEGIA.

En un tiempo infeliz los Caldeos,
Hombres fuertes, de ceño sombrío,
Arrancaron al pueblo judío
De su patria la hermosa Canan.

Los cautivos, atados los brazos,
Caminaron por vastos desiertos,
Y llegaron, al fin, casi muertos
De Babel á la grande ciudad.

En las noches los tristes judíos
A la luz de la luna amarilla,
Del Eufrates se van á la orilla
A llorar en su inmenso dolor.

Y allí al pié de los sauces amargos
Y al murmullo del viento en las hojas,
Se contaban sus grandes congojas
A sus solas delante de Dios.

A la triste corriente del río,
Bajo el cielo cubierto de estrellas,
Se sentaban las blancas doncellas
Y miraban las olas pasar.

Y lloraban al verse cautivas
En las manos de un príncipe impío,
Y su llanto, cayendo en el río,
Iba á dar á las olas del mar.

Hácia el rumbo en que estuvo Solima
Siempre vueltos los tristes semblantes,
Van mirando las nubes errantes
Que los vientos se llevan al Sur.

En el Sur se encontraba su patria,
Y las nubes tal vez pasarian
Por Salem, y tal vez volarian
Por la cumbre del Líbano azul.

Y así dicen las vírgenes puras
Tristemente en las verdes riberas:
Aquí crecen ruidosas palmeras,
Blanco lirio y gentil tulipan;

Mas á una hija infeliz de Solima
Prisionera en regiones estrañas,
Son mas gratas las húmedas cañas,
Y las juncias del pobre Jordan.

¿De qué sirve á una triste cautiva
Ver jardines que exhalan olores,
Ver purpúreas y trémulas flores
Que derrama fecundo el Abril,

Si tejer no podemos guirnaldas....?
¿Quién se adorna en la tierra estranjera?
¿Quién se adorna cuando es prisionera
Y se mira en estado tan vil?

Mejor fuera á las pobres judías
Haber muerto en las calles ó plazas,
Entre yelmos y fuertes corazas
Y entre ruido de lanza y broquel;

O morir en las llamas del templo,
O en las ruinas del muro sagrado,
Que estar viendo al soberbio soldado
Que arrasó sin piedad á Salem.

"No lloréis, nos repite la gente;
Desterrad esos negros pesares,
Entonad vuestros dulces cantares,
No lloréis en la alegre ciudad."

Pero si una cautiva no llora
Desterrada en regiones lejanas,
Sin sus padres, hermanos y hermanas,
¿Quién entonces pudiera llorar?

Hemos visto en un lúgubre dia
Levantarse terribles los brazos
Y las cotas volar en pedazos
Y en pedazos las armas volar:

Y correr los caballos y carros
Unos y otros en sangre teñidos,
Y morir entre largos gemidos
A los bravos, la flor de Judá.

Brazaletes perdimos y perlas,
Bandas rojas y mitras asirias,
Y coturnos y túnicas tirias,
Y cadenas del oro de Ofir.

Y perdimos la hermosa Judea
Con sus mas delicados encantos;
Pero en cambio nos quedan los llantos,
Llantos dulces para una infeliz.

¡Quién pudiera cual cándida garza
Las orillas dejar de este río,
Y volar por ese ancho vacío,
Y llegar hasta el monte de Sion!

¡Quién pudiera sentarse en las ruinas
De su templo y grandiosas murallas
A llorar las sangrientas batallas
Y el incendio en que todo acabó!

¡Quién volara, oh Sarón, á tus campos
A cortar el narciso y la rosa!
¡Quién bajara á Belen la frondosa
Donde yace la bella Raquel!

¡Quién volara á los montes de mirra,
Y subiera al frondoso Carmelo!
¡Quién mirara tu espléndido cielo,
Dulce patria, siquiera una vez!

CAUTIVIDAD DE LOS JUDÍOS.

SONETO.

Jerusalen vencida fué abrasada
Por mano de soldados estranjeros;
Cayeron en el polvo sus guerreros
Pasados con la punta de la espada.

A Babilonia el vencedor traslada,
En medio de sus bárbaros arqueros,
Millares de infelices prisioneros
Que se vuelven mirada por mirada.

Las cautivas estampan entretanto
El blanco pié desnudo en las arenas,
Y van volviendo el rostro al templo santo.

Y al ver el templo, el muro y las almenas
Entre humareda y llamas, nuevo llanto
Sus manos humedece y sus cadenas.

A JUDIT.

SONETO.

Se presenta Judit bañada en lloro
Ante Holofernes, pero en Dios confia;
Collar y mitra lleva la judía
Y blanco velo para mas decoro.

Y anillos que costaron un tesoro,
Sandalias con brillante pedrería,
Túnica de Sidon de gran valía,
Y en su orla cuelgan campanillas de oro.

El asirio al mirarla se enamora,
Da un banquete de asiática grandeza,
Y embriágase en honor de la que adora.

Dormido ya, Judit con entereza
Coge una espada, y antes de la aurora
De dos golpes le corta la cabeza.

LA CENA DE BALTASAR.

Era la noche, y la redonda luna,
Desde la inmensa bóveda del cielo,
Alumbraba los sauces del Eufrates
Y á la gran Babilonia en sus festines,
Fortalezas, alcázares, jardines,
Y los templos magníficos de Belo.

El intrépido ejército de Ciro
Está sobre las armas impaciente
Por tomar la ciudad: la infantería
Se conmueve y agita sordamente,
Cual negra tempestad que allá á lo lejos
Brama y rebrama en la montaña umbría.
Ya se aprestan de Persia los ginetes,
Sus fuertes armaduras centellean,
Y encima de los cóncavos almetes
Altos plumajes con el aire ondean.
Ya se escucha el crugir de los broqueles,
De la trompeta el bélico sonido,
Y el bufar de los férvidos corceles,
Y la grita de jóvenes bizarros,
Y del sonante látigo el chasquido,
Y el rodar de las ruedas de los carros.
Ya los caballos con su blanca espuma

Humedecen sus pechos espaciosos;
Al ruido de las armas se recrean,
Y el duro suelo escarban y golpean,
Y están inquietos por salvar los fosos.
Sus cascos hollarán en Babilonia
Las estatuas de dioses incensados,
Hollarán á los nobles y soldados,
Y yelmos y viseras y corazas,
Y en gran tropel levantarán el polvo
De las soberbias y desiertas plazas.
Del palacio en los patios á cuchillo
Con su rey morirán tantos vasallos,
Que en esta noche la caliente sangre
A los frenos dará de los caballos.

Mientras que Ciro con ardor se apresta
A dar por fin el formidable asalto,
La ciudad, cual ramera deshonesta,
Entrégase al placer sin sobresalto,
Y á regocijos que el honor detesta.
Se embriaga el padre y á la par la esposa,
El libertino y el anciano triste,
El agorero y la doncella hermosa.
Entre bailes y cantos de alegría,
Resuena la algazara de las gentes
Que por las calles van como dementes
Entre la confusion y gritería.
Tambien de Baltasar el gran palacio
Se agita alegre con festin ruidoso:
El rey, y sus mujeres y magnates,
Todos ocupan un salon fastoso
Que tiene vista al caudaloso Eufrates.

El soberbio salon es un portento:
Las paredes de estuco, están doradas,
Y forman el grandioso pavimento
Variadas losas de lucientes jaspes
Cubiertos con asiáticas alfombras
De los remotos climas del Hydaspes.
Cien columnas blanquísimas de mármol
Sostienen la magnífica techumbre;
Lámparas de oro de labores bellas
Todo lo animan con su viva lumbre:
Ocupan las estatuas de los dioses
Hermosos y brillantes pedestales,
Y arden enfrente en braserillos ricos
Esquisitos aromas orientales.
Entre las nubes de flotante incienso
Que perfuma la sala reluciente,
Se ostenta el rey entre el cortejo inmenso
Con régia pompa y con augusta calma,
Como entre humildes y modestas flores
Descuella al aire la soberbia palma.
Cenaban recostados en tapices
Tejidos por doncellas babilonias,
Tapices de las grandes ceremonias
En tiempos mas tranquilos y felices.

La turba de los grandes insensata
Hace alarde de pérsicos brocados,
Túnicas blancas de sonante seda
Y magníficos mantos de escarlata:
En los cándidos piés llevan calzados
Con blancas perlas y luciente plata,
Y ciñen sus cabellos perfumados

Infulas que les bajan por los lados.
A la derecha están las concubinas
Y mujeres del rey, blancas y bellas,
Con túnicas de seda, recamadas
De flores y de espléndidas estrellas.
Mantos de un bello azul como los cielos
Mas brillantez les dan y mas decoro;
Airosas llevan trasparentes velos,
Ricos joyeles y sandalias de oro:
Para mas cautivar á los donceles,
Sin atender al femenil recato,
En las cáligas llevan por ornato
Diamantes y ruidosos cascabeles.
Adornaron, en fin, estas bellezas,
Sus blancas manos y sus blancos cuellos
Con esmeraldas y zafiros bellos,
Y con mitras asirias las cabezas.
El ropaje del rey vale un tesoro,
Lleva en los hombros un soberbio manto
De púrpura sidonia, y de amaranto
Bordadas flores y granadas de oro.
Ajusta su cintura roja zona
Esmaltada de hermosa pedrería,
Y en la alba frente espléndida corona
Que por la última vez allí lucía.
Rica brillaba la purpúrea tinta
En sus coturnos altos y elegantes,
Bordados con asiáticos diamantes,
Y ancho puñal obsérvase en la cinta.
¡Ay! que en medio de lágrimas y duelos,
Esta noche los bárbaros soldados
Hollarán con sus piés ensangrentados

Corona y mantos, ínfulas y velos.
Reina la calma en el salon hermoso,
Sírvense en el festin ricos manjares
Hechos venir de tierras muy lejanas,
Y de las islas y remotos mares.
Mas por instantes crece la alegría,
El vino hierve en copas anchurosas;
Beben los cortesanos á porfia,
Bebe el monarca y beben sus esposas,
Y empieza la confusa vocería.
Los grandes vasos de licor ardiente
De concubina en concubina pasan:
A veces ruedan sin pudor los ojos,
Ojos que en fuego criminal se abrasan;
Juegan las risas en los labios rojos,
Se tornan las mejillas mas hermosas,
Hierve la sangre en las ardientes venas.
¡Ay de esas gentes frívolas y obscenas!

Entonces los escénicos cantores,
Al compás de la cítara sonora,
Entonaron con voz encantadora
Coros dignos de aquellos impostores.

CORO.

¿Quién volvió de la tumba temida
A decir lo que está mas allá?
Disfrutemos por hoy de la vida,
¿Quién el sol de mañana verá?

CORO DE HOMBRES.

Gloria ¡oh rey! á los dioses sublimes
Que te dieron el trono caldeo:
Tus cadenas arrastra el hebreo,
El asirio y el árabe audaz.

Cuando escuchan tu nombre glorioso,
Se estremecen las grandes naciones,
Y al moverse tus fuertes legiones.
Se conturba del mundo la faz.

CORO DE MUJERES.

Te prodiga el Oriente sus perlas,
El incienso y la seda y diamantes;
Embajadas de pueblos distantes
Te presentan el oro y marfil.

Las doncellas hermosas del Asia
Te perfuman con suaves olores,
Y á tus plantas esparcen las flores
Que en tu obsequio derrama el Abril.

CORO DE HOMBRES.

Sobre miles de muertos y heridos
Pase ¡oh rey! tu volante carroza,
Y con ella quebranta y destroza
Al que osare irritar tu furor.

Y seguido de bravos guerreros
Domarás con tus grandes falanges
Desde el mar de Occidente hasta el Ganges,
Desde el Persa al Escita feroz.

CORO DE MUJERES.

¡Qué veloces trascurren los años!
Pasan ¡ay! como nube en el viento,
Como el pájaro pasa violento,
Como pasan las olas del mar.

Goza, pues, de abundantes delicias,
Grato vino tus penas ahuyente:
Ciñe presto de rosas tu frente,
No se vayan primero á secar.

CORO.

¿Quién volvió de la tumba temida
A decir lo que está mas allá?
Disfrutemos por hoy de la vida,
¿Quién el sol de mañana verá?

"Que traigan, dijo el rey, los bellos vasos
De plata y oro, de valor inmenso,
Que en el templo sirvieron de Solima;
Aquí tambien recibirán incienso,
Y en nuestras manos superior estima."
El sacrílego rey los vasos toma
Llenos del vino hirviente de Judea,
Haciéndolos girar entre las gentes,

Y en los semblantes la impiedad se asoma
En medio de risadas insolentes.
Tocan los vasos manos desdeñosas,
Manos impuras, para el mal resueltas,
Bocas de concubinas desenvueltas,
Bocas falaces y á la par hermosas.
Alzóse Baltasar, y sus magnates
Alzáronse tambien y sus esposas,
Y elevando las copas venerandas,
Hicieron libaciones execrandas
A los dioses asirios y á las diosas.

Densas nubes cubrieron entretanto
El espacioso cielo, y ya traspuesta
La luna en Occidente, negra noche
Cubrió la tierra con su oscuro manto.
Tres veces el relámpago te alumbra,
Orgullosa ciudad de los impuros,
Y estalla el rayo fúlgido tres veces,
Y tres al estallido te estremeces
Con palacios, con torres y con muros.
A esta sazon los dedos de una mano
Escriben misteriosos caractéres
En la pared de aquel salon profano.
¡Ay del rey, de los grandes y mujeres!
Como el viajero en bárbaro desierto
Cuando ya va á pisar una serpiente,
Al ver sus ojos como llama ardiente,
Grita, da un paso atrás y queda yerto:
El rey así, con femenil quebranto
Al mirar la estupenda maravilla,
Temblaba todo atónito de espanto

Y se daba rodilla con rodilla.
Horrible palidez cubre su cara,
Cubre el sudor su delicado cuello,
El manto de los hombros abandona,
Con el terror se eriza su cabello,
Y rueda por el suelo su corona.
Los áulicos y grandes espantados
Van y vienen y vagan aturdidos;
En el vasto salon dan alaridos,
Y arrastran en la alfombra los brocados.
Cual las tímidas aves en bandadas
Huyen á refugiarse en la arboleda
Cuando del huracan van azotadas,
Así las concubinas angustiadas
Descuidando sus túnicas de seda,
Huyen despavoridas y llorosas,
Y abrazan á los dioses y á las diosas.
Ya alzan las manos lánguidas al cielo,
Ya trémulas se postran sollozando,
O bien estampan con afecto blando
Sus delicados labios en el suelo.

Al mandato del rey entra en la sala
El anciano Daniel, grave profeta,
De blanca barba y de cabello blanco,
Y con un cinto su sayal sujeta.
"Tú que eres un varon prudente y sabio
Y el hondo abismo ves de lo futuro,
Por los dioses, esplíqueme tu labio
Los caracteres que presenta el muro.
Saldrás de la humildad de tu retiro,
Y libre quedarás del cautiverio;

Yo te daré un collar de oro luciente,
Te vestiré de púrpura de Tiro,
Y príncipe serás en el imperio."
Echando entonces fuego de sus ojos
El severo Daniel, de enojo lleno,
Responde á Baltasar con voz de trueno:
"Delante de tus dioses impotentes
Doblas ¡ay! la sacrílega rodilla:
La sangre de tus víctimas humea
En los altares donde el oro brilla
Y en los templos de Bel tu incienso ondea.
Y para colmo de impiedad y orgullo,
Con esta corte sin pudor y obscena
Has profanado los sagrados vasos
En esta horrible y execranda cena.
Mas oye ¡oh Baltasar! las profecías
Que oculta esa escritura formidable:
De tu reino Jehová contó los dias,
Y término le puso inevitable.
Pesó tu corazon en su balanza
Y al encontrarlo de virtud vacío,
Tronó su indignacion, como en Estío
Truena la nube cuando el rayo lanza.
Babilonia y tu imperio floreciente
Serán presa de manos estranjeras,
Y mañana entre sangre y entre hogueras
Dando alaridos vagará tu gente:
¡Ay ciudad infeliz de las rameras!
Derrotados tus grandes batallones
En medio del furor de los combates,
Se llevarán las olas del Eufrates
Hombres, caballos, armas y morriones.

Espada contra el pueblo y los tiranos,
Espada contra magos y hechiceras,
Fuego voraz contra tus dioses vanos,
Contra templos y torres y trincheras.
¡Ay ciudad infeliz de las rameras!
Luto se vestirán tus concubinas,
Luto tambien tus sátrapas cautivos,
Y llorarán tus príncipes altivos
De Babilonia en las soberbias ruinas.
De esta sala y palacio tan brillantes
Quedarán los escombros y cimientos,
Y en sus despedazados pavimentos
Se arrastrarán las víboras errantes.
Aquí, entre espinas y entre musgos pardos,
Cantará triste el pájaro nocturno,
Y bramarán los tigres y leopardos:
Y crecerán los solitarios cardos
Donde apoyas tu espléndido coturno."

Dijo Daniel, y el príncipe altanero
Le cumplió la magnífica promesa;
Mas esa misma noche le atraviesa
El regio pecho vengador acero.
Acabaron del rey las alegrías;
En sangre está su túnica empapada,
Túnica rica que su madre amada
Bordó contenta en mas felices dias.
Cayó el monarca, y levantarse quiere
Buscando ansioso al hijo mas querido,
Y al verlo prisionero, da un gemido,
Se le saltan las lágrimas y muere.

LA DESTRUCCION DE NÍNIVE.

Orillas del Tígris estuvo algun dia
La Nínive hermosa, ciudad delincuente,
Altiva señora de todo el Oriente
Que desde el Hydaspes se estiende al Jordan:

Magníficas torres coronan soberbias
El triple recinto del muro grandioso,
Circúndalo un ancho y hondísimo foso,
Y mil centinelas guardándolo están.

¡Qué ruido en las plazas y cuánto gentío!
Se ven obeliscos, pirámides ciento,
Y fuentes, y foros, y estatuas sin cuento,
Palacios que brillan con oro y marfil.

Columnas robustas de mármoles blancos
Sostienen los arcos y bóveda inmensa
De altísimos templos, en donde se inciensa
Al bravo Nisroc, á Nino y Balthís.

Allí las doncellas presentan alegres
En vasos hermosos mil húmedas flores
Que esparcen en torno vagantes olores
Enfrente del ancho sacrílego altar.

Al son de las harpas y tímpanos de oro
Canciones festivas en círculo entonan,
Y todas á un tiempo sus sienes coronan
Con rojas verbenas y azul tulipan.

El gran sacerdote, vestido de blanco,
Con venda encarnada ceñida la frente,
Un toro degüella y en la ara caliente
Derrama la sangre que en humo se va.

Entonces las gentes al ídolo adoran
Y tocan las flautas y vuelven al canto,
Y beben y rien y bailan en tanto
Magníficas danzas en dulce compás.

De noche en los regios dorados salones
Soberbias arrastran las bellas asirias
Espléndidos velos y túnicas tirias,
Con blancas sandalias cubiertos los piés.

Relumbran sus mitras con claros diamantes,
Coral purpurino relumbra en sus cuellos,
Y en rizos les bajan los negros cabellos
Y cuelga en sus frentes lunado joyel.

Soldados asirios derraman sin tregua
La sangre á raudales en reinos lejanos,
A Egipto y Samaria dominan tiranos
Y arrastra al cautivo feroz vencedor.

Y dentro el imperio rapiñas inmensas,
Atroces violencias el huérfano siente,
Y lleva el anciano y viuda inocente
El llanto en el rostro, en la alma el dolor.

El cielo indignado de tanta barbarie,
De tanta sandalia, de tanto bordado,
De púrpura tanta, de tanto brocado,
Ordena que arrasen la infame ciudad.

Mas luego que escuchan la voz de un profeta,
Al Sér de los séres humildes adoran,
Del rey al esclavo ayunan y lloran
Y Dios les perdona la inmensa maldad.

Pasando los años de nuevo levantan
A dioses y diosas infames altares,
Y vuelven las danzas y dulces cantares,
Plumajes y sedas y el oro y carmin;

Y vuelven las guerras y odiosas conquistas,
Y roban tesoros y abaten coronas,
Oprimen al pobre y á graves matronas
Y beben como agua delitos sin fin.

El rey delicado con toda su corte
Pasaba los dias en frescos jardines
Sembrados de acacias y blancos jazmines,
De rojo amaranto y suave alelí.

Soberbio el monarca con rica diadema,
Con túnica úndosa color de escarlata,
En blandas alfombras bordadas de plata
Preside los bailes y alegre festin.

Galantes le cercan hermosas mujeres
Con túnicas blancas y fajas airosas,
Pantuflos azules, coronas de rosas,
Y todas entonan ruidosa cancion.

Al suave sonido del agua que corre,
Al blando susurro del viento en las hojas,
En medio de nardos y anémonas rojas,
De cítara dulce bailaban al son.

Entonces el cielo, de nuevo irritado,
Ordénale al Medo y al duro Caldeo
Que á Nínive pongan estrecho bloqueo
Y tomen y arrasen la impura ciudad.

Entonces un ángel conduce del freno
El grande caballo del ínclito Arbaces,
Al Tígris lo lleva con todas las haces,
Y al sátrapa dice: ya en Nínive estás.

Y súbito suenan clarines guerreros
Estrépito de armas, estruendo de carros,
Bufar de caballos que corren bizarros,
Crugido de puertas, y grito marcial.

Las blancas asirias y el príncipe corren;
Hundirse quisieran en hondas cavernas,
Y arrojan sus manos tan bellas y tiernas
Guirnaldas y velos con susto mortal.

Así las gacelas allá en el desierto,
Oyendo el bramido de tigre africano,
A saltos corriendo por árido llano
En cóncavas rocas se van á esconder.

Se elevan al cielo las nubes de polvo
Que van levantando los grandes bridones;
Los fuertes infantes de cien batallones,
Envueltos en polvo, caminan tambien.

De noche lucia sangriento cometa
De cauda espaciosa figura de espada,
Y al verlo tan turbio, la gente espantada
Buscaba en los templos asilo y perdon.

El gran sacerdote con ínfulas negras
Preside en silencio al coro de magos,
Y todos, previendo terribles estragos,
Descalzos caminan en gran procesion.

Al ímpetu inmenso de máquinas fuertes
Se abrieron mil brechas en la alta muralla,
Y en medio de gritos de ardiente batalla
El duro Caldeo tomó la ciudad.

Columnas cerradas de armenios caballos,
Columnas cerradas de bravos infantes
Embisten y matan con torvos semblantes
Y nada perdonan, ni sexo ni edad.

¡Ay, cuánto de lloro y cuánto de sangre
Empapa las calles y templos y plazas!
¡Ay, cuántos escudos y rotas corazas
Y pálidos cuerpos en tierra se ven!

Las blancas princesas allá en su retiro
Torciendo las manos, temblaban de espanto,
Y dando alaridos, bañadas en llanto,
De dioses vencidos besaban los piés.

El polvo y el humo y llamas envuelven
Los pórticos altos y el templo de Belo,
Y en golpe estruendoso se vienen al suelo,
Y tiembla la hermosa ciudad infeliz.

Abrasa el incendio los grandes palacios,
Alumbran los fuegos las salas doradas,
Se ven por sus puertas salir llamaradas
Y espesa humareda rodando salir.

Belesis, caudillo del campo caldeo,
Persigue de cerca al príncipe Adala
Que se entra en el templo, y allí se resbala
Y vese humillado cual nunca se vió.

Belesis con daga traspasa del jóven
El cándido cuello que adornan diamantes,
Y el jóven revuelve los ojos errantes
Al dulce palacio en donde nació.

Arbaces el medo va en ancha carroza
El pecho cubierto de cota de malla,
Se mete en el centro de recia batalla,
El asta en la mano y al cinto el puñal.

Phul, príncipe hermoso, de Nínive gloria,
Con peto de acero y de oro el almete,
Con pica en la diestra, va ardiente ginete
Montado en un fiero tostado alazan.

Al verse de lejos entrambos guerreros
Se acercan furiosos blandiendo su lanza,
Y á tiro la arrojan con grande pujanza
Al pecho enemigo que nunca temió.

Arbaces al golpe, de espaldas se cae,
Mas ¡ay! que su lanza traspasa al Asirio,
Quien queda en la arena cual húmedo lirio
Que el viento del Norte del tallo arrancó.

Al ver Sardanápal correr en las plazas
Caballos y carros del Medo arrogante,
Y al ver del Caldeo el duro semblante
Y espadas sangrientas y tanto matar;

En atrio espacioso de altísimo alcázar
Se encierra con galas, mujeres, tesoros,
Incendia el palacio, y en medio de lloros
Consúmelo todo la llama voraz.

Las hijas de Asiria, los piés sin sandalias,
Atados con sogas los cándidos cuellos,
Al viento en desórden los sueltos cabellos,
Salieron cautivas camino del Sur.

Los pálidos rostros en llanto bañaban
Al verse sin padres, sin hijos ni esposos
Que allá se quedaron en calles y fosos
Muriendo en defensa del trono de Asur.

Cayendo las tardes, al campo salian
Allá en su destierro con negro vestido;
Sin fin lamentaban su Tígris querido,
Su patria adorada que ya no verán.

Sentadas debajo de estériles palmas
Al márgen torcido del hondo Chaboras,
Las tristes cautivas pasaban las horas
Llorando sus gustos que no volverán.

En tanto en su patria desbórdase el rio,
Sus ondas hinchadas inundan los valles,
Y en Nínive entrando se anegan las calles
Y verde laguna formóse despues.

Allí se mecieron al viento las cañas
En medio de lotos de flor amarilla,
Y vil espadaña por toda la orilla
Y yerbas sin cuento crecieron tambien.

Allá en los sepulcros de reinas y reyes
Al cabo nacieron ortigas y zarzas,
Y allí se posaban las grullas y garzas
Y allí se enroscaba la víbora audaz:

Cantaban de noche los pájaros tristes
En régias ventanas por siempre desiertas,
Y sobre arruinadas magníficas puertas
Estólidos cuervos graznaban en paz.

Allá sepultados por siglos y siglos
Quedaron los restos de Nínive impía,
Y es fama que en medio de noche sombría
Escúchanse llantos y mucho gemir.

Y es porque en las ruinas del alto palacio
Semíramis llora su gloria pasada,
Y al ver de Ninías la antigua morada,
Se va dando gritos allá la infeliz.

Le sale al encuentro el hijo del alma
De en medio de grandes escombros desiertos,
Y allí, con sus manos los rostros cubiertos,
Los dos se lamentan al pié de una palma.

RUINA DE BABILONIA.

Aqui sentado á orillas del Eufrates
A la sombra de sauces silbadores,
Recordaré los bárbaros combates,
Y la pasada gloria y la pujanza
De la soberbia y grande Babilonia,
Y su desolacion sin esperanza.
La mente arrebatada y delirante
Trasládase á los siglos mas lejanos,
Cuando sus bravos y orgullosos reyes
Dictaron á los grandes soberanos
Y tambien á los pueblos, duras leyes.
Sus príncipes domaron con la espada
A la opulenta Tiro, y la Idumea,
La tierra ardiente que fecunda el Nilo,
Y la intrépida gente de Judea.
En esta vasta soledad mis ojos
Buscan en vano la ciudad que un dia,
Cargada con magníficos despojos
De mil pueblos domados y cautivos,
La señora del mundo parecia.
Mas ¡ay! que Ciro se aprestó y Darío,
Jerjes tambien é Himero formidable.
¡Cuántas veces ejército implacable
Cubrió la orilla de este mismo rio!

¡Ay que el clarin ya suena en la llanura
Y de los carros el crugir horrendo!
Ya se oye el relinchar de los caballos
Y el ruido de sus piés: la infantería
Hierve y resuena como el mar tremendo.
¡Ay que las lanzas brillan á lo lejos,
Y espadas, y corazas, y morriones,
Y bruñidos escudos de los persas!
¡Cómo se ven marchar los batallones,
Y alzar nubes de polvo hasta los cielos,
Y enturbiar los arroyos con sus plantas!
Soberbia Babilonia, ¡cuántos duelos
Te esperan, infeliz, lágrimas cuántas!
Prepara tus flecheros y refuerza
Guardias y centinelas: tus valientes
Estén sobre las armas noche y dia:
Las cien puertas de bronce relucientes
Apresurada cierra con cadenas,
Y levanta trincheras y abre fosos.
¿A qué serán esfuerzos tan costosos?
Por ese mismo cauce que allí veo
Do corrieron las aguas del gran rio,
Penetró el enemigo, y del Caldeo
¡Adios por siempre gloria y poderío!
Con la espada desnuda recorrian
Medos y Persas sin piedad las plazas,
Las anchas calles y poblados templos.
¿De qué á los sacerdotes han servido
Las aras de los dioses y el santuario,
La blanca venda y túnica de seda?
Es hollado el sacrílego incensario,
Y pasado mil veces con la espada

El sacrificador, tendido queda
Al lado de su víctima enflorada.
La implacable y feroz caballería
Polvorosa se lanza á la pelea,
Haciendo una mortal carnicería.
Oyense ya los despiadados gritos
Del vencedor, y el lamentable llanto
Del vencido, que atónito de espanto
Suelta la lanza de la mano fria.
Menos cobardes otros con despecho
A morir por la patria se abalanzan
Con paso firme y denodado pecho:
Y aquí á la vista del undoso Eufrates
Persas y Babilonios se mezclaron
En feroces y bárbaros combates.
Aquí valientes con furor lucharon:
Las lanzas con las lanzas se cruzaban,
Y espadas con espadas, y las flechas
Por el aire mortíferas volaban.
La roja sangre corre por el suelo,
Suda el caballo y el ginete suda,
Gran polvareda se levanta al cielo,
Y la victoria se mantiene en duda.
Escuadrones enteros se acometen,
Y chocan obstinados y resueltos,
Como suelen las olas con las olas
En mares estruendosos y revueltos.
Al fin cansados de tan larga lucha
Los sitiadores su furor redoblan,
Los enemigos á cuchillo mueren,
O á las cadenas las cervices doblan,
Y queda Babilonia en cautiverio:

¡Adios ciudad y poderoso imperio!
Ya nubes de humo de las casas suben:
Las rojizas y grandes llamaradas
Resuenan del palacio en los salones:
Se desploman los ricos artesones,
Se derrumban las torres incendiadas,
Y del inmenso fuego á los reflejos
En la tremenda y pavorosa noche
Los lagos se iluminan á lo lejos.

¡Oh cuánta confusion y luto y lloro,
Y cuánta sangre derramada, y cuánto
De desesperacion y de desdoro!
¿Para qué levantarse á tanta gloria
Si fin tan espantoso le aguardaba?
¿En dónde está su triplicado muro
Que altísimo á las nubes se elevaba,
Que no lo puedo hallar? ¿Dónde las torres
Y tantos edificios y jardines?
Todo lo arrasa el enemigo, y todo
Se ha cubierto de ortigas y zarzales,
Y de tristes é inmensos carrizales
Y de verdes lagunas y pantanos,
Donde silba la víbora traidora
Junto al cardo espinoso y la ninfea,
Que un aire melancólico menea.
Los palacios espléndidos que un dia
Habitaron gloriosos soberanos,
Fueron despues morada en que vivia
El íbis y avestruz y los milanos
Y el áspid ponzoñoso y cuervo triste;
Mas hoy ni rota una columna existe.

Tal vez aquí do yerbas silenciosas
Pisan mis piés, estaban los salones
Do se cantaban lúbricas canciones
Al compás de las arpas deliciosas.
¿En dónde está de Jove babilonio
El magnífico templo y sus riquezas,
Y su grandiosa estatua, y las estatuas
De dioses subalternos? Las malezas
Ocultan los escombros espantosos
Del edificio y de su inmensa torre.
En medio al llano en que el Eufrates corre
Se eleva esa tristísima colina,
Toda formada de la vasta ruina
Del gran templo de Júpiter Caldeo.
Allí entre musgos y áridos espinos
Se ven saltar los sátiros vellosos;
Allí enroscados duermen los dragones
En la lóbrega noche, y de los buhos
Se alternan los acentos pavorosos.

Una garza blanquísima desciende
Aquí á mi vista sobre el triste lago
Y á la culebra acuática sorprende:
Ya se la lleva por el aire vago:
Estiéndese y enróscase furiosa,
Hincha su cuello azul, pero cansada,
Es al fin de la garza devorada.
La misma suerte le tocó al Caldeo,
Cayó en las manos de enemigo altivo:
El que no pereció quedó cautivo,
Y ni sus restos en contorno veo.

Así acabó la reina de las gentes
Harta de orgullo y de placeres harta,
Como acabó la espléndida Palmira,
La sábia Atenas y la dura Esparta
Cuyas reliquias el viajero admira.
¿Quién sabe si en los siglos venideros
Los sabios de los reinos mas lejanos
Irán á ver de Lóndres opulenta
Los restos entre inmóbiles pantanos?
¿Quién sabe si en sus plazas y sus calles
Pastarán las ovejas y los bueyes,
Y anidarán las aves solitarias
En los grandes palacios de sus reyes?

LA

CONCEPCION DE MARÍA SANTÍSIMA.

Al quebrantar una órden soberana
Allá en Eden, mis padres infelices,
Gustando ingratos la fatal manzana,
De horror y espanto estremecióse el cielo,
Y bramó la ancha tierra conmovida,
Y bramó el ancho mar, y negro velo
Cubrió el sol, las estrellas y la luna,
Y quedó el orbe en estupor profundo
Al ver que el hombre delinquió en su cuna.

Mil males inundaron espantosos
En tropel á este mundo delincuente:
Odios, sospechas, celos y temores,
La fiebre devorante y los dolores,
La muerte, en fin, espanto de la gente.
Envilecido y humillado el hombre,
Pesadamente su cadena lleva,
Y sin paz, sin honor y sin renombre,
Avergonzado con trabajo eleva
Al firmamento sus cansados ojos,
Como rey destronado,
Objeto de las burlas y sonrojos.

Al ver Jehová degradacion tan baja
Le dolió el corazon en lo mas vivo,
Y proyectó triunfar del Sér altivo,
Causa fatal de tan inmensa ruina,
Encarnando en el seno casto y puro,
De una doncella débil é inocente,
A cuyas plantas con robusto brazo
Pondrá del seductor la altiva frente;
Y al tiempo señalado allá en su mente:
"Hagamos, dijo, el alma de María,
"Una alma digna de la madre mia."
Y ved aquí que sale de sus manos
La mas hermosa y cándida criatura,
La mas resplandeciente y la mas pura
Entre todos los hombres sus hermanos.
¿Ni cómo permitiera un Dios tan bueno
Que aquella antigua y pérfida serpiente,
Con su negro y mortífero veneno
Manchara la pureza refulgente
De la gentil doncella que algun dia
De mamar al Ungido le daria?
¿Ni cómo permitiera el Dios del cielo,
Que el blanco cuello de su madre hermosa,
En que de niño alguna vez reposa,
En otro tiempo con infamia hubiera
Cargado una cadena vergonzosa?

Al mirar el dragon tanta grandeza
En la estirpe de Adam envilecida,
Y tan cabal y espléndida belleza,
Recuerda triste su pasada historia
Y pretende empañar tan alta gloria.

Del fondo tenebroso del abismo
Sale volando con sus alas grandes,
Semejante á la noche que se avanza
Sobre los altos y selvosos Andes:
Respira el monstruo cólera y venganza,
El mar azota con su inmensa cola,
Y lleno de congojas y pesares,
Ya trémulo se enrosca, ya se estiende,
Ya brama airado, y el espacio hiende,
Y hace temblar las islas y los mares.
Miguel, en tanto, entre celajes rojos
Sale al encuentro á su enemigo altivo;
Brilla en los grandes y terribles ojos
Del Arcángel gallardo un fuego vivo:
Cubre su blondo y fúlgido cabello
Bruñido yelmo con azul garzota:
Lleva en la mano centellante espada,
Y estrellas de oro en la robusta cota.

Contra la Hija del Rey, pura y serena,
El dragon con orgullo se abalanza,
Y llamas y humo de su boca lanza,
Y parece al bramar que el cielo truena.
Pero el Angel de luz se precipita
Como una tempestad sobre el tirano,
Y le amaga con ímpetu, y le agita,
Y le alcanza agilísimo y le oprime;
Ya el pecho le penetra con su espada,
Ya le estremece con su voz sublime,
Y le sofoca con su fuerte mano.
Pero el dragon en su furor vehemente,
Los ojos sanguinosos

Revuelve en derredor horrendamente:
Vibra una y otra vez la lengua roja,
Y crugiendo los dientes espantosos,
Sangre y espuma con su aliento arroja.
Su cara de furor relampaguea,
Ataca encarnizado y formidable,
Y venciera á Miguel en la pelea
Si vencer á un Arcángel fuera dable;
Pero el caudillo mas y mas se empeña,
Y coge al monstruo, que por fin desmaya,
Le abraza mortalmente y le despeña,
Y dá con él en solitaria playa.

En tanto la purísima Doncella
Acércase modesta al mar ruidoso,
Cercada de millones de querubes,
Brillantes como soles,
Y mas bellos que el iris de las nubes.
Poniendo entonces la gentil doncella
El blanco pié sobre el dragon salvaje,
Su audaz cabeza fuertemente huella,
Y vence al vencedor de su linaje.

Los moradores del inmenso cielo,
Al mirar tan espléndida victoria,
"¿Quién sube, dicen, del desierto ardiente,
Coronada de estrellas la cabeza,
Bajo su tierno pié la media luna,
Y del sol circundada su belleza?
El ondoso y espléndido cabello
Te baja airosamente,
Airosamente por el blanco cuello:

Son negros y vivísimos tus ojos
Como los ojos de gentil gacela:
Tus labios son suavísimos y rojos,
Como el boton de rosa purpurada
Que entre las hojas húmedas asoma.
¡Dichoso el que te diere una mirada!
Tu corazon es fuerte y denodado,
Como ejército en órden de batalla,
Y blando y delicado
Como el del tierno y apacible niño
Que se alimenta de la blanca leche
Que le procura el maternal cariño."

"Pura es la luz del esplendente dia
Brillando el sol en la mitad del cielo,
Puras las gotas que la aurora envía
Sobre las yerbas del fecundo suelo,
Pero tú eres mas pura todavía.
Agitado Luzbel de rabia y celo
Bien quiso oscurecer tanta pureza;
Pero como un relámpago del cielo
Cayó el dragon, y entonces tu hermosura
Resplandeció mas cándida y mas pura.

Otras glorias te aguardan todavía,
Y te aguardan tambien otros encantos,
Estrecharán tus brazos algun dia
Al hombre Dios, al Santo de los santos.
Allá de niño en rústico pesebre
Te mirarán sus ojos soberanos,
Le mirarán blandísimos los tuyos,
Uniránse tus labios con los suyos,

Y apretarás sus manos con tus manos.
Pero tambien se tornará tu gloria
Dentro de poco en temporal deshecho:
Cuando oprima á tu Dios duelo y quebranto,
Suspirarás al suspirar su pecho:
Y alguna vez bajo el humilde techo,
Al gran Jehová le enjugarás el llanto.
La muerte le darán como á un impío,
Como al hombre mas vil y delincuente,
Y entonces tú, cual tórtola inocente,
Gemirás en el Gólgota sombrío.

A LA

INMACULADA CONCEPCION DE LA VÍRGEN MARÍA.

ODA.

Eva y Adam con inocencia pura
En el Eden pasaban dulces horas
A orillas de las fuentes bullidoras
En apacibles campos de verdura.
O bien bajo los árboles sombríos
De gruesos troncos y sonantes copas
En las verdes riberas de los rios.
A la cambiante sombra de las palmas
Escuchan á las tórtolas dolientes,
Mientras levantan sus hermosas almas
Al Señor que los crió tan inocentes.
Otras veces tranquilos se pasean
En la florida márgen del Arajes
Donde los blancos cisnes juguetean
Entre garzas de cándidos plumajes.
Al soplo de los céfiros ligeros
Suenan los sauces de colgantes ramas,
Se mecen los flotantes cocoteros,
Las acacias y pálidas retamas.

Mientras Adam á su Criador invoca,
Y Eva de gratitud derrama llanto,
En la tarde les llega el triste canto
Del mirlo solitario de la roca.

El soberbio Satán salido habia
A recorrer la dilatada tierra,
Y ver sus habitantes porque un dia
Creyera digno dél hacerles guerra.
Tiende sus negras y ruidosas alas,
Y vuela por la atmósfera redonda:
Ve de los campos las hermosas galas,
Los altos montes y la mar inmensa.
Admira la grandeza de los Andes,
Y las nieves lucientes del Sorata,
Del Niágara la hirviente catarata
Y el Marañon con sus oleadas grandes.
Vuela hácia el Tauro, y desde su alta cima
Ve no muy lejos el Eden florido,
Y parte cual relámpago, y se anima
Al descubrir á dos criaturas bellas,
Y revuela tres veces por encima.

Estaba entonces nuestro hermoso Padre
Orillas de cascada bulliciosa:
Allí se hallaba nuestra amable Madre,
Mujer mas bella que un boton de rosa.

Están bajo la copa de un manzano
De verdes hojas y encarnadas pomas,
Respirando suavísimos aromas
De flores mil en el jardin lozano.

Eva inocente á la sazon tejia
De rojo mirto una guirnalda hermosa,
Para ceñir de Adam la frente airosa,
¡Hombre feliz que un ángel parecia!
En tanto Adam con ramas enlazadas
Teje para su esposa un canastillo
En donde entre azucenas y tomillo
Pondrá naranjas, uvas y granadas.
A saltos viene un tigre por el llano,
Y á mi Madre aproxímase rugiente,
Y mi Madre acaríciale la frente
Dos y tres veces con su blanca mano.

Satán al ver á una mujer tan bella,
Y entre las amapolas á su esposo
Tan inocente y tan feliz como ella,
Sospecha que ambos y su raza un dia
De allí tal vez se elevarán triunfantes,
Y ocuparán los tronos relumbrantes,
Que él con los suyos ocupado habia.
Y de solo pensarlo da un gemido,
Su rostro de furor relampaguea,
Y resuelve vengarse del marido
Y de la jóven aunque linda sea.
Y alzando el brazo, dijo: te aseguro,
¡Oh sol, que vas rodando tan glorioso!
Que llorará la esposa y el esposo
Y tambien todo su linaje impuro.

Sin decir mas, ocúltase el malvado
En el cuerpo de pérfida serpiente,
Y les ofrece una esperanza vana,

Si el fruto comen que les fué vedado;
Y entrambos comen la fatal manzana.
¡Ay infeliz naturaleza humana!
Estremecióse el indignado cielo,
El indignado viento dió un rugido,
Y el espantado mar con su bramido
Hizo temblar al espantado suelo.
El Tígris y el Eufrates caudalosos
En el Eden salieron de sus cauces,
Y arrancaron los cedros vigorosos,
Las grandes palmas y los tristes sauces.

Al mirar Dios el crímen execrando,
Echa á mis Padres del jardin ameno:
Oyen de cerca retumbar el trueno,
Salen llorosos y se van parando.
¡Ay! ¡cuánta sangre y lágrimas y duelo
Aguardan á su raza delincuente!
Regará el campo con sudor caliente,
Y ¡cuántas veces en lugar de espigas
Que se mecieran en los anchos surcos
Los cardos brotarán y las ortigas!
En Adam ha pecado su linaje,
Desde el pastor que cuida de los bueyes,
Y el sanguinario, estúpido salvaje,
Hasta el gran Bonaparte, rey de reyes.
Morirán todos aunque no se fien
En las pérfidas olas de los mares,
Aunque huyan del tumulto de la guerra
Y vivan quietos en sus patrios lares;
La ardiente fiebre y peste asoladora
Harán su presa en ellos á millares.

Enojado el Señor con la serpiente
Le prometió que la mujer un dia
Debajo de su pié quebrantaria
Una vez y otra vez su altiva frente,
Y que al hombre infeliz levantaria
Mas allá de esa luna reluciente.

Congojoso era ver á los humanos
Arrastrar tristemente su cadena,
Y sus rostros cubrirse con las manos
Y el llanto derramar sobre la arena.
Mas movido Jehová de tanta pena,
Aun antes de que hubiera ese alto cielo,
Encarnar decretó, llegada la hora,
En una vírgen de este bajo suelo.

Pasaban siglos y tambien pasaban
En los campos las yerbas olorosas,
Los junquillos azules y las rosas,
Y pasaban los hombres y lloraban.
Llegado, en fin, el venturoso dia
Que el sensible Adonai fijó en su mente,
"Hagamos, dijo, el alma de María,
Tan limpia, tan gentil, tan inocente
Cual debe ser la de la Madre mia."
Y salió de su mano omnipotente
Una alma la mas cándida y mas pura,
Cual nunca fué la cristalina fuente
Que corre mansamente en la llanura.
Ni ¿cómo un Dios tan bueno permitiera
Que la Madre purísima del Verbo
Un instante tan solo esclava fuera
Del ángel mas altivo y mas protervo?

Muchas veces las simples golondrinas
Pasaron á lejanos horizontes,
Y de hielos cubriéronse los montes
Y brotó nueva grama en las colinas,
Y hasta entonces Satán sabe espantado
Que hay en la tierra una feliz doncella,
De tanta gloria y de pureza tanta
Que es inferior la matutina estrella:
Y cual turbio cometa en noche oscura
Del tenebroso abismo se levanta,
De Sodoma en el mar pone la planta,
Y tiembla de aquel mar el agua impura.
Formidable el traidor vuela y campea,
Pasa sobre la cumbre del Carmelo,
Y luego tuerce á Nazareth el vuelo
Por conocer á la Doncella hebrea.
Lleno de indignacion vuela el impío,
Y va arrojando pálidos destellos;
Mas al pasar sobre el Calvario umbrío,
De terror se le erizan los cabellos.
Miguel que un gran estruendo oye cercano,
Estruendo que Luzbel volando hacia,
Sale al encuentro del feroz tirano,
Resuelto á castigar tanta osadía.
El Arcángel de Dios resplandecia,
Robusta y formidable era su talla,
Iba cubierto de crugiente malla
Esmaltada de rica pedrería.
Y le daban mas brillo y mas decoro
La espada que llevaba en la cintura
Y un gran plumaje sobre yelmo de oro.

El uno contra el otro se abalanza,
Y el soberbio Luzbel con fuerte mano
Contra Miguel arroja grande lanza.
Silbaba horrendamente por el aire,
Pero el arnés á penetrar no alcanza.
Se vuelve entonces el terrible Arcángel
Sobre Satán, y con valor sublime
En sus brazos lo estrecha y lo sofoca,
Y tanto la garganta le comprime,
Que le hace echar la sangre por la boca.
Lo arroja, en fin, desde una altura inmensa,
Y así del monstruo la soberbia humilla,
Y da con él envuelto en nube densa
Del ancho mar en la sonante orilla.
Se acerca entonces la Doncella santa
Al grande Leviatan así vencido,
Y su cabeza con el pié quebranta,
Y viéndose pisado da un bramido.

El hermoso Gabriel se acerca en tanto,
Y, al aura blanda sueltos los cabellos,
Derrama de su amor copioso llanto.

Los ángeles le siguen en millones
Con radiosas coronas en la frente,
Y al contemplar tan altas maravillas,
En la arena se ponen de rodillas.
Y cerrando Gabriel sus blancas alas
Este cántico entona reverente.

HIMNO.

¿Quién es esta que sube gloriosa
Del ardiente arenal del desierto
De esplendores su cuerpo cubierto,
Y la luna creciente á sus piés?

De gacela gentil son sus ojos,
Es su túnica rica y brillante,
Su faja es de zafir y diamante,
Y su manto es undoso y azul.

Son hermosas las zonas del íris
De oro y verde, violeta y de grana;
Pero tú eres mas bella y galana,
Es mas suave y serena tu luz.

Como lirio purpúreo del valle
Sobresale entre duras espinas,
Así tú descollando caminas
Entre todas las hijas de Abrán.

Eres mas agraciada y mas pura
Que el boton de amapola encarnada,
Y es mas tierna tu amable mirada
Que el mirar de paloma torcaz.

Los Espíritus grandes y fuertes
De la hermosa milicia del cielo
Besarán humillados el suelo
Donde pise la Madre de Dios.

De Centauro las grandes estrellas
Y las grandes estrellas del Carro,
Comparadas contigo son barro,
Y son polvo la luna y el sol.

Bellas hijas de Sion, os conjuro
Por las cabras y ciervos campestres,
Por las blancas palomas silvestres,
No hagais ruido, dejadla dormir.

Sosegada ella duerme á la sombra
De la verde y altísima palma,
Pero está muy despierta aquella alma,
No hagais ruido, dejémosla así.

Como en fresca y alegre mañana
A la orilla frondosa del río
Las adelfas empapa el rocío
En el campo feraz de Basan;

Así Dios te ha cubierto de gracias
Que embellecen esa alma inocente,
Y ha bañado esa cándida frente
De recato y pudor virginal.

Bondadoso y humilde es tu pecho
Cual de tórtola blanda y sencilla
Que se pone á gemir á la orilla
Del oscuro torrente Cedron.

Muy amada serás en la tierra
Desde el Sena al Hydaspes hirviente,
Del Tanáis hasta el Niger caliente,
Desde Arauco al helado Oregon.

Es tu fé tan robusta que puede
De su asiento arrancar las montañas;
Tú no esperas en débiles cañas,
Sino solo en el brazo de Dios.

Caridad poderosa y ardiente
A ese pecho tiernísimo inflama
Y en el mísero mundo derrama
Tus inmensos tesoros de amor.

Antes puede el Orontes soberbio
Arrojar en el Rhin sus raudales,
Antes puede en las tierras glaciales
Derramarse el revuelto Jordan,

Que tal vez los mortales se olviden
De tu gracia y modesta hermosura,
De ese pecho que es todo ternura
Y rebosa en amable bondad.

Llevarán á tus ricos altares
Canastillos colmados de flores,
Que darán mil fragantes olores,
Y á tus piés el incienso arderá.

De rodillas las cándidos niños
Hácia tí volverán sus miradas,
Y sus madres, las manos alzadas,
De ternura pondránse á llorar.

Entre el humo y clamor del combate
Al brillar y crugir el acero,
Hácia tí volveráse el guerrero,
Implorando infeliz tu favor.

Al cruzar el relámpago inmenso
Al bramar en el piélago el noto,
Hácia tí volveráse el piloto
Con humilde y ardiente oracion.

Mas la Vírgen ya tiende sus alas,
Y ya vuela en el ámbito inmenso
Hácia el monte feraz del incienso
O en la falda del Líbano azul.

¡Qué sereno es tu rápido vuelo!
De nosotros gloriosa te alejas,
Y en la playa arenosa nos dejas.
¿Quién nos puede encantar como tú?

Baja, hermosa, del Líbano escelso
Con guirnalda de lirios y nardos;
Ven del monte de fuertes leopardos,
Baja ya del florido Sannir.

El Esposo te aguarda impaciente
En un trono de inmensa riqueza,
Para allí coronar tu cabeza
Con diadema del oro de Ofir.

Mas primero que el orbe te rinda
De cariño y honor el tributo,
Cubriráse tu frente de luto,
Beberás el ajenjo y la hiel.

¡Ay de tí! ¡cuántas penas amargas
Sentirás en el pecho inocente!
¡Cuánta lágrima pura y ardiente
Correrá de tus ojos tambien!

Llorarás en la senda de Egipto,
Llorarás en el templo sagrado,
Y en presencia del crudo soldado
Y en la casa del duro pretor.

Llorarás en las lóbregas calles,
Que conducen al Gólgota umbrío,
Y entre oleadas de grande gentío
Gemirás con inmenso dolor.

Mojarán el sudor y la sangre
El augusto semblante del Verbo,
Y en tormento tan rudo y acerbo
Temblarás de la frente á los piés.

Has de oir resonar por el viento
Del Altísimo el hondo gemido,
Y la risa y terrible alarido
Del soldado romano despues.

Mas pasada tan negra borrasca
Subirás con un vuelo seguro
Mas allá del magnífico Arturo,
Del magnífico Orion mas allá.

Y en un solio muy próximo al trono
De tu Padre, tu Esposo y tu Hijo,
Con inmenso eternal regocijo
En la vasta creacion reinarás.

AL

NACIMIENTO DE LA VÍRGEN.

Nació una niña en la infeliz Judea,
Niña preciosa, y se llamó María:
Era mas bella que un boton de rosa
Mojado con la lluvia matutina.

Ojos azules de color de cielo,
Rojos los labios cual purpúrea tinta,
Y blanca y tierna, y de cabellos blondos,
Y amable como simple cervatilla.

¡Qué distantes estaban las romanas,
Las romanas magníficas y altivas,
De pensar que en un pueblo del imperio
Pobre su emperatriz nacido habia!

¡Ni cómo Octavio y su estruendosa corte
Entre tantas victorias y conquistas,
Creyeran que viviese ya la Madre
Del hombre que su gloria eclipsaria?

El Dios de las sonoras tempestades
A su hija hermosa complacido mira,
Y hace callar el huracan y el trueno
Porque no asusten á su tierna niña.

Un ángel colocó junto á su cuna,
Fuerte espada colgábale en la cinta,
Para que á la inocente defendiera
Contra el rencor de la serpiente antigua.

Llenó de gracia y dones inmortales
El alma encantadora de María,
Alma mas pura que la blanca luna,
Mas pura que la estrella vespertina.

El Hijo del Señor bajó del cielo
Y abrazó á su criatura la mas linda,
Y un ósculo filial le dió en la boca
A la que Madre suya al fin seria.

Y tuvo compasion de la inocente
Al contemplar que en borrascosos dias,
Agolpadas congojas á congojas,
Su blando corazon desgarrarian.

Y escuchaba los lánguidos gemidos
Que en la infeliz Jerusalen daria,
Y miraba sus lágrimas amargas
Rodando por sus pálidas mejillas.

Y al pensar en escenas tan terribles
A los abrazos otra vez volvia,
Y á su futura Madre con terneza
El Hijo Dios llenaba de caricias.

¡Dichosa, muy dichosa, hija del cielo!
Tú que fuiste sin crímen concebida,
Tú vales mas que el querubin radiante,
Y formas de tu Padre las delicias.

Tú ruegas por los hombres delincuentes
Si ves de Dios la cólera encendida,
Y alzas juntas las manos suplicantes,
Y el rayo apagas en su diestra misma.

Tú que sabes de angustias y de llantos,
Eres con tus hermanos compasiva,
Y llena de ternura blandamente,
Su amargo lloro con tu mano limpias.

Danos, pues, de piedad una mirada:
Todo amenaza mortandad y ruina;
Tú que sabes de angustias y de llantos,
De tantos males á tus hijos libra.

LA ANUNCIACION.

ESTA sentado sobre el cielo inmenso
Dios en su trono de oro y de diamantes,
Miles y miles de ángeles radiantes
Le adoran entre el humo del incienso.

A los piés del Señor, de cuando en cuando,
El relámpago rojo culebrea,
El rayo reprimido centellea
Y el inquieto huracan se está agitando.

El príncipe Gabriel se halla presente,
Angel gallardo de gentil decoro,
Con alas blancas y reflejos de oro,
Rubios cabellos y apacible frente.

"Vuela, le dijo el Hacedor del mundo,
Y baja á Nazaret de Galilea,
Y á la Hija de Joaquin, Vírgen hebrea,
Un arcano revélale profundo.

"Dile que adentro el corazon me duele
De ver al hombre en su angustiosa pena,
Que me duele el crugir de su cadena,
Y que sudando por romperla anhele.

"Dile que mi Hijo encarnará en su seno,
Que entrambos hollarán á la serpiente,
Que seré con los hombres indulgente,
Muy indulgente, porque soy muy bueno."

Habló Jehová, y el Príncipe sublime
Al escuchar la voluntad suprema,
Se quita de las sienes la diadema,
Y en el pié del Señor el labio imprime.

Se levanta, y bajando la cabeza
Ante el trono de Dios, las alas tiende
Y el vasto espacio vagaroso hiende
Y á las águilas vence en ligereza.

Baja volando, y en su inmenso vuelo
Deja atrás mil altísimas estrellas,
Y otras alcanza, y sin pararse en ellas
Va pasando de un cielo al otro cielo.

Al grande Orion á la derecha deja
Y por la izquierda á las boreales Osas,
Pasa junto á las Pléyades lluviosas,
Y del Empíreo mas y mas se aleja.

Cuando pasa cercano á los luceros,
Desaparecen como sombra vaga,
Y al pasar junto al sol, el sol se apaga
De Gabriel á los grandes reverberos.

Desde la inmensa altura en que venia,
La tierra triste apenas se miraba,
Y sus ojos en ella el Angel clava
Los negros ojos, llenos de alegría.

Entonces se apresura, y semejante
Al rayo del Señor, se precipita,
Las blancas alas mas y mas agita,
Y en Nazaret preséntase triunfante.

Allí una tierna y cándida doncella
Lejos del ruido mundanal vivia,
Era pobre y llamábase María,
Jóven modesta y á la par muy bella.

De rodillas hincada en su aposento
Piensa á sus solas con mortal congoja
En la raza de Adam, y el suelo moja
Con lágrimas que vierte ciento y ciento.

Triste contempla desde aquel retiro
La suerte de los hombres sus hermanos,
Y tuerce en su dolor las blancas manos
Y exhala á ratos lánguido suspiro.

Dos veces levantó su rostro al cielo,
Su bello rostro que inundaba el llanto,
Y otras dos veces, con mortal quebranto
Enjugóse los ojos con el velo.

"Cumple ¡oh Dios! esclamó con tono blando,
Del Salvador la espléndida promesa;"
Y al esclamar así, la tierra besa,
Y en su amargo pesar sigue llorando.

"¡Ay Señor! no te olvides de Solima,
Gritó mas alto, "acuérdate del hombre,
Te lo suplico por tu santo nombre,
Por ese nombre de infinita estima.

"Anda el mortal sobre ásperos abrojos
Por desiertos sin agua, y sin camino,
Rasgado el corazon, perdido el tino,
Y están hinchados de llorar sus ojos.

"Y no quiere aplacarse el Dios clemente
Cuando en las aras el incienso humea,
La sangre en vano, del altar chorrea
Y en vano empapa al suelo delincuente.

"Del mundo ingrato el crímen infinito
Con la sangre de toros no se expía,
Ni con humo tampoco: ¿qué valdria
El humo y sangre para tal delito?

"¡Ay Señor! no te olvides de Solima,
Y compasivo acuérdate del hombre;
Te lo suplico por tu santo nombre,
Por ese nombre de infinita estima."

Gabriel se acerca en tanto á la Doncella
Y las alas cerrando reverente,
Baja hasta el suelo su gloriosa frente,
Suelo dichoso que la Vírgen huella.

"Dios te guarde, la dijo, alta Criatura,
Eres mas linda que la luna llena
Cuando se eleva de la mar serena
Despues que huyó la tempestad oscura.

"La gracia del Señor en tí rebosa,
Y antes que el aquilon se desatara,
Y antes tambien que el piélago bramara
Jehová te destinó para su esposa.

"Te acompaña tu Dios; y cuando fueres
La blanda Madre del Ungido Eterno,
Han de llamarte con afecto tierno
La Bendita entre todas las mujeres.

"Tu Hijo el Criador ha de ocupar un solio,
Y regirá su cetro á las naciones,
Y flotarán triunfantes sus pendones
Encima del soberbio Capitolio.

"Pasarán esta tierra y estos mares,
Podrá venirse abajo el firmamento,
Pero ese rey en su inmutable asiento
Verá pasar los siglos á millares.—

"—¿Cómo ser madre, díjole María,
Si me conservo en virginal pureza?"
Gabriel entonces con gentil viveza
A la hermosa Israelita le decia:

"—Nada es dificil al poder divino,
Del Altísimo el brazo Omnipotente
Pone barreras á la mar hirviente,
Y lanza el rayo, y suelta el torbellino.

"A una leve señal de su semblante
Naturaleza dócil obedece,
Desde la flor que en el desierto crece
Hasta ese sol magnífico y brillante."

Los ojos baja á esta sazon la Hebrea,
Los grandes ojos que en el suelo clava,
Y "hé aquí, esclamó, de mi Señor la esclava,
En mí cumplida tu palabra sea."

Oyóla el Angel, y admirado ante ella
Quédase un rato inmóbil como roca,
Despues, con humildad pone la boca
En el polvo que pisa la Doncella.

Dejando el Verbo entonces junto al Padre
Su rayo, su relámpago, y su trueno,
Baja y encarna en el modesto seno
De aquella Vírgen que escogió por Madre.

Angeles mil y mil pasmados se hallan
En el cielo con tantas maravillas,
Cierran las alas, doblan las rodillas,
Bajan los rostros, y postrados callan.

AL

NACIMIENTO DEL NIÑO DIOS.

HIMNO.

CORO.

"AROMAS se quemen de plácido olor:
Delante del Niño derrámense flores:
Adórenle reyes y pobres pastores,
Y cantos entonen al Dios salvador."

Son bellísimos tus ojos,
Y rizado tu cabello,
Como alabastro tu cuello,
Pura tu boca infantil.

¡Qué agraciados son tus brazos!
Tus manos ¡qué delicadas!
Suavísimas tus miradas
Como las auras de Abril.

CORO.

"Aromas se quemen, etc,

Acostado sobre yerbas,
Estás ceñido de fajas,
Tú que el orbe desencajas
En las horas de furor.

¡En dónde apagaste el rayo?
¡En dónde dejaste el trueno?
Amor te acostó en el heno,
Te ha desarmado el amor.

CORO.

"Aromas se quemen, etc.

Juega en tu boca preciosa
Cierta inocente sonrisa,
Cual suele jugar la brisa
Con el boton de la flor.

Mas una lágrima pura
Miro rodársete ¡oh Niño!
¡Es el llanto del cariño,
O es el llanto del dolor?

CORO.

"Aromas se quemen, etc.

Tu linda y cándida Madre
Te dá besos y te mira,
Y te acaricia y suspira,
Pensando en Getsemaní.

Abrázate conmovida,
Y llora, y vuelve á los besos,
Al contemplar los escesos
De tu pueblo contra tí.

CORO.

"Aromas se quemen, etc.

Si los ángeles volando
Pasan de estrella en estrella,
Una criatura tan bella
No han de poder encontrar.

Desde tu rubio cabello
Hasta tus gloriosas plantas,
Eres hermoso y encantas
El cielo, la tierra y mar.

CORO.

"Aromas se quemen, etc.

Mirad á ese pequeñuelo
Que tiene atadas las manos;
Pues á griegos y romanos
Y al orbe dominará.

Los héroes y los monarcas
Son insectos á su lado;
Y sobre el cielo estrellado
Los luceros pisará.

CORO.

"Aromas se quemen de plácido olor:
Delante del Niño derrámense flores:
Adórenle reyes y pobres pastores,
Y cantos entonen al Dios salvador."

AL

NACIMIENTO DEL SEÑOR.

SONETO.

Aquel Señor que enfurecido truena
Entre nubes y niebla y torbellino,
Que por el hondo mar se abre camino,
Y hace temblar de espanto á la ballena;

Que el orbe todo con su gloria llena,
Cuando vuela en inmenso remolino,
Que desencaja el cielo diamantino,
O el mundo calma con su faz serena:

Hoy nace desvalido y á deshora,
Del viento herido y del punzante hielo,
Y en lecho duro amargamente llora.

Tal vez no hay hombre en el doliente suelo
A quien alumbre en esta vez la aurora
Mas infeliz, que el Hacedor del cielo.

LA

DEGOLLACION DE LOS INOCENTES.

Alegre mira el oprimido Oriente
Que ya se acerca el venturoso dia
En que un Varon de la nacion judía
Régia corona llevará en la frente.

Que obsequiarán su voluntad suprema,
Desde el Guadalquivir hasta el Arajes,
Y el César con profundos homenajes
Pondrá á sus plantas la imperial diadema.

Sin cultivo de mano laboriosa
Dará el naranjo al rey dorado pomo,
Y brotará fragante el cinamomo,
La camelia magnífica y la rosa.

En sus tiempos los ágiles leopardos
Jugarán con el toro y con la cebra,
Y el cisne vivirá con la culebra,
Y el tordo azul con los halcones pardos.

Mientras brillan tan dulces esperanzas
Reina Herodes el Grande, gran tirano,
Execrable á su pueblo y al romano,
Monstruo á quien nunca hartaron las matanzas.

Sabiendo que en Belen nacido habia
Aquel Dominador de las naciones,
Iba y tornaba inquieto en sus salones,
Y sangrientos designios revolvia.

"Volad, y haced, les dijo á los soldados,
Cuanto os mande en Belen vuestro caudillo,
Y pasad á los niños á cuchillo,
Los que le tengo á muerte señalados.

"Antes retornarán las aguas puras
Del soberbio Jordan hasta su fuente,
Que otro rey se me ponga frente á frente,
Yo soy el rey de montes y llanuras.

"Si un ángel lleva al Niño á la alta roca
En donde forma el águila su nido,
Allá lo alcanzaré, dará un gemido,
El último gemido de su boca."

Dice, y vuelan los fuertes pretorianos;
Recorren casas, y medrosas calles,
Y la colina, y los cercanos valles,
Desnudo el hierro en sus robustas manos.

Sin piedad á los párvulos degüellan
Y la sangre derraman á torrentes,
Mientras otros tal vez mas inclementes
En las piedras agudas los estrellan.

Por todas partes lágrimas y duelo,
Y mucha soldadesca enfurecida,
Y niños moribundos, ó sin vida
Por todas partes yacen en el suelo.

Así al bramar el huracan vehemente
Esparcidos se ven en las arenas
Los botones de rosas y verbenas
A orillas del arroyo trasparente.

¡Ay! ¡cuántas veces en la triste casa,
En la cabaña, y en el vil cortijo,
La misma espada que traspasa al hijo
El blanco pecho de su madre pasa!

A carrera tendida así el caballo
Al estallar el trueno en el desierto,
Corre, y corriendo de sudor cubierto,
Pisa la flor y su flexible tallo.

Algun niño con cándida alegría
Abrió sus brazos al feroz soldado;
Pero éste le pasó de lado á lado
Con fuerte acero que al entrar crugía.

Otro, llevado de infantil cariño
Ve con sonrisa al matador romano
Que enternecido suelta de la mano
La espada, y besa al inocente niño.

En las alturas triste voz se oía,
Y mucho llanto y muchos alaridos;
Sin consuelo Raquel llora perdidos
Sus hijos muertos en tan negro dia.

Entre los ayes y el clamor tremendo
Las tiernas madres corren desoladas,
Como aves inocentes que en bandadas
De la negra tormenta van huyendo.

El Arcángel Miguel se baña en lloro
Al mirar tanta sangre, y duelo tanto;
Y en silencio dirige al templo santo,
Las alas rojas salpicadas de oro.

Se pára del pináculo en la cima,
Y derrama en contorno sus miradas,
Ve el palacio y sus torres elevadas,
Dá un gran suspiro, y vase de Solima.

Lentos vagan los ángeles sombríos
Sin órden sus cabellos y garzotas,
Y al fin volando á tierras muy remotas
Van á llorar á orillas de los ríos.

La viuda Sara llena de embelesos
Con su hijo muerto entre los brazos llora,
Y con una terneza encantadora
Le dá en la boca, besos y mas besos.

Y con un profundísimo gemido,
"Hijo del corazon, clama la madre,
¡Unica imágen de tu muerto padre!
¡Unico resto de mi bien perdido!

"Siquiera lleva entre tus manos frías
Este anillo nupcial de mis amores,
¿De qué puede servirme en mis dolores
Prenda tan dulce de mejores dias?

"Yo te pongo esta túnica de lino
Ultima prenda de tu madre Sara:
Para tí la he bordado. ¿Quién pensara
Que yo hubiera de darle este destino?

"Lleva sobre ese rostro tan hermoso
Este velo de púrpura sidonia;
Me lo puse en la augusta ceremonia
Cuando en el templo recibí á mi esposo.

"Así de tu buen padre era la frente,
Así su boca y delicado cuello,
Tambien así sus ojos y cabello
En tiempos mas felices que el presente."

Dijo, y llorando sobre el niño muerto,
Dirige al cielo maternal plegaria,
Y gime cual paloma solitaria
En los tristes palmares del desierto.

El mar en tanto de Gomorra brama,
Su ardiente playa formidable humea,
Al rumbo del Cedron relampaguea
Y cruza á ratos azulada llama.

En la diestra de Dios grandes centellas
Reverberan, y el cielo se enrojece,
Y el cielo de alto á bajo se estremece
Con su sol, con su luna y sus estrellas.

LA HUIDA Á EGIPTO.

A los primeros rayos de la aurora,
Sale de Nazaret llena de duelo
Una familia que en silencio llora,
Sus tiernos ojos levantando al cielo.

Iba una blanca y tímida doncella,
Mas hermosa que el junco purpurino,
Y un varon venerable iba con ella,
Y un niño rubio de mirar divino.

Al pasar de un collado por la cima
Ven desde lejos la ciudad sagrada,
Y á los antiguos muros de Solima
Dan suspirando la postrer mirada.

Y la Vírgen enséñale á su Esposo
Llena el alma de inmensa pesadumbre,
La oscuridad del Olivar medroso,
Y del terrible Gólgota la cumbre.

Iban huyendo por camino estrecho
Buscando en tierra ajena algun asilo,
Triste el semblante y angustiado el pecho,
Fija la mente en el remoto Nilo.

Entretanto una voz se escucha en Rama
Y largo llanto y alarido triste,
Y es que una madre tierna á su hijo llama,
Y él no responde, porque ya no existe.

Al gran cansancio y al calor rendidos
Sin árboles, sin viento y de agua faltos,
Los Esposos ¡oh Dios! daban gemidos
Cual las palomas en los cedros altos.

Pasan al fin los lánguidos viajeros
El torrente de Egipto, y por oscuros
Barrancos y por áridos senderos
De Heliópolis dirígense á los muros.

No hay por allí doradas mariposas
Ni alfombras suaves de tendida grama;
Tampoco arrullan tórtolas quejosas
Del terebinto en la desnuda rama.

El silencio es tan solo interrumpido
Por el bravo chacal que vaga incierto,
Por el bramar del tigre y el silbido
De las grandes serpientes del desierto.

¡Quién creyera al mirar á esa Doncella
De rostro humilde y de callado labio,
Que no era digno de besar su huella
Su grande emperador César Octavio?

¡Quién al ver á ese Niño así indefenso,
Víctima débil de sangriento encono,
Quién lo tuviera por el Dios inmenso
Que en el radiante sol tiene su trono?

Así enseña del mundo á los señores
Que la seda y el oro y los diamantes
Y el laurel de los héroes triunfadores
Son al polvo y la nada semejantes.

Iba sudando el rostro puro y tierno
Del blanquísimo Niño en aquel llano,
Y la Doncella con dolor materno
El sudor le enjugaba con la mano.

Y dando profundísimo sollozo,
"¿Cómo es, esclama, que el Eterno Ungido,
En vez de disfrutar de inmenso gozo
Del pecho exhala lánguido gemido?

"¿Te importa mucho redimir al hombre
Que tan niño te das á las congojas?
Que se asombren los cielos, y se asombre
Tambien la tierra que con llanto mojas.

"Años y años te quedan todavía
Para temblar á fuerza de dolores,
Para llorar en la presencia mia
Y cubrirte de sangre y de sudores.

"Pero haz tus voluntades sin reserva
Tú que eres en bondades tan fecundo;
Adoro tus designios, pobre sierva.
¡Hijo del alma, yo perdono al mundo!

"Mas entretanto ¡oh mi Jehová inocente!
Toma estos besos en los labios rojos,
Toma estos besos en la blanca frente,
Toma estos besos en los dulces ojos."

Mientras acariciaba al Hijo hermoso
Y lo apretaba pecho contra pecho,
Lleno de amor el apacible Esposo
Se arrodillaba en lágrimas deshecho.

Hoy en campos desiertos y areniscos
La magnífica Heliópolis se mira,
Y al ver rotas estatuas y obeliscos
Triste el viajero sin querer suspira.

Hay entre tanto escombro y tanta nada
De naranjos un bosque resonante,
Y un sicómoro allí, cuya enramada
Da fresca sombra al pobre caminante.

Bajo esta misma sombra en otros dias
La cansada familia tomó aliento,
Y escuchó las hermosas armonías
De las hojas mecidas por el viento.

Los Esposos en estas soledades
Ven llegar de su amada Palestina,
Ya el triste alcion del mar de Tiberiades,
Ya de Belen la amable golondrina.

Y gracias dan al Hacedor divino
De que en la arena de una tierra ingrata
Les ofrece por fin en el camino
Sus blandas brisas y una sombra grata.

Kléber despues allí con fuerte acero
Del gran Visir humilla la fiereza,
Y su nombre inmortal graba el guerrero
Del sicómoro inmenso en la corteza.

No muy lejos de allí brota una fuente
De limpias aguas y raudal sonoro,
Y en derredor se mecen al ambiente
Mirtos azules, tulipanes de oro.

Salta por un prodigio en la llanura,
Segun fama, esa fuente bullidora,
Y la triste familia en su amargura
Allí calma la sed que la devora.

De esta suerte las dalias se entristecen
Y al sofocante sol doblan el cuello;
Mas si con blandas lluvias se humedecen,
Cobran mas vida y un color mas bello.

Siete veces el Nilo fecundante
Inunda del Egipto las arenas,
Y siete el suelo cambia de semblante,
Y brotan mieses, rosas y verbenas.

Y siete años sujeta á santas leyes
En una cueva miserable y fria
Esa nieta infeliz de veinte reyes
Inconsolable pasa noche y dia.

Herodes el soberbio en tanto vive
En el palacio de la Torre Antonia,
E inciensos de sus áulicos recibe
Entre oro y jaspe y púrpura sidonia.

Mas entre sus grandezas es herido
Por la mano del ángel de la muerte,
Y espira en Jericó dando un gemido.
Y, ¿quién sabe? ¡ay de tí! cuál es tu suerte?

Despues para tornar á Galilea
Largos desiertos los viajeros pasan:
Ven de lejos los montes de Judea
Y sus ojos de lágrimas se rasan.

Llegan á Nazaret, y con ternura
Van á su casa, do en mejores años
Gozaron de la patria la dulzura
Antes de resentir climas estraños.

Y de rodillas, levantando al cielo
Puras las manos y húmedo el semblante,
Un himo entonan llenos de consuelo,
Cántico dulce de su pecho amante.

HIMNO.

Tiernísimas gracias ¡oh Padre! te damos,
Sacaste á tus siervos de suelo estranjero,
Nos has conducido por libre sendero,
Y al fin descansamos aquí en Nazaret.

El pan es amargo y amarga es el agua
De tierra distante do no hemos nacido,
Allí sin pensarlo se escapa un gemido
Que vuela á los campos de nuestra niñez.

Nos has libertado en vastos desiertos
Del brazo homicida de bárbaras gentes,
De astutas culebras, leopardos rugientes
Que cruzan las sendas del grande arenal.

Tus ángeles fuertes nos han defendido
Del viento Kamsin, mortífero viento,
De peste de Egipto, de males sin cuento.
¡Bendito mil veces, bendito Jehová!

Por tí hemos tornado á ver esos montes
Y nuestros arroyos, y nuestros palmares,
Los lirios del huerto, los dulces hogares,
La cumbre querida del monte Tabor.

Tambien algun dia veremos tus muros,
Salem prodigiosa, tu suave collado,
Los pórticos y atrios y el templo sagrado
Que es toda tu gloria, ciudad del Señor.

A Herodes ¡oh Padre! con una mirada
Del trono soberbio por fin depusiste,
Y allá en una tumba muy lóbrega y triste
Envuelto en brocados y púrpura está.

Mas á estos esclavos volviste á Judea,
Colmado su pecho de dulce contento,
Y blandos consuelos nos das ciento y ciento.
¡Bendito mil veces, bendito Jehová!

LA
TRANSFIGURACION DEL SEÑOR.

LENTA rodaba por el ancho espacio
De los cielos, la luna reluciente:
Las estrellas bajaban al poniente,
Alumbrando la choza y el palacio.

En medio de esa noche tan serena
Sube JESUS con tres de sus amigos
Al Tabor solitario, en que testigos
Debieran ser de una brillante escena.

Ora á su Padre con ardor vehemente,
¡Ruego sublime de valor inmenso!
Se eleva su oracion, como el incienso,
Hasta el solio del Sér Omnipotente.

Del Hombre Dios el rostro se conmueve,
Y brilla como el sol, y reverbera:
Como el oro quedó su cabellera,
Sus vestiduras como blanca nieve.

El glorioso Tabor resplandecia
Desde la falda á la elevada cumbre;
Y el valle de Esdrelon en viva lumbre
Brillaba mas que el luminoso dia.

De ángeles un ejército muy denso
Mudo y temblando la montaña llena;
Tropa mas numerosa que la arena
De las playas que azota el mar inmenso.

Aquella muchedumbre viene á tierra
A tantos resplandores deslumbrada;
Y de Dios no sufriendo una mirada,
Cierra las alas y los ojos cierra.

¡Ni quién podrá aguantar la llama activa
Que en el rostro del Hijo centellea?
Mas de ese rostro espléndido, gotea
Despues junto al Cedron la sangre viva.

El grande Elías y Moisés augusto
Hablan con él, cubriéndose la cara,
De aquel suplicio indigno que prepara
La ciudad infeliz al Hombre justo.

Mientras hablaban del proyecto horrendo,
Jesus el rostro alguna vez volvia
Hácia el rumbo fatal donde existia
Jerusalen, y el Gólgota tremendo:

Una espléndida nube cubre en tanto
De arriba abajo el misterioso monte:
Los testigos no ven el horizonte,
Y se estremecen de terror y espanto.

"Es Hijo mio el que teneis presente:"
Dijo una voz entonces con dulzura,
"Siempre le amé con la mayor ternura;
La palabra escuchad de ese inocente."

Dios un momento con saber profundo
Así dá gloria al Hijo de María;
Mas como sombra pasa la alegría,
Así pasa la gloria de este mundo.

Y luego le oprimió con mano fuerte
Por delitos de un mundo rebelado:
Le sonrojan el pueblo y el soldado,
Blasfeman dél, y llévanle á la muerte.

Pero hoy en trono eterno de diamante
Mas allá de ese cielo y sus luceros,
Apaga con sus grandes reverberos
La viva luz del querubin brillante.

Si su voz lo mandara, el fundamento
De la tierra y del mar se estremeciera:
Si su voz lo mandara, se viniera
Abajo con estruendo el firmamento.

Así recompensó la Providencia
Tantas congojas y amarguras tantas:
Otro Tabor le destinó á sus plantas,
Inmenso y de eternal magnificencia.

LA MUJER PECADORA.

SONETO.

JEHOVA en la casa de Simon un dia
Angustiado pensaba allá en su mente
En el ingrato Adam y en la serpiente,
Y los ojos al Gólgota volvia.

En silencio postrada una judía
De rostro hermoso y de alma delincuente,
Le besaba los piés con labio ardiente,
Y con suaves aromas los ungia.

Tú los mojabas con amargo llanto,
Secándolos despues con tus cabellos,
Y se los abrazabas con ternura.

Movido entonces Dios de tu quebranto,
Fijó piadoso en tí sus ojos bellos,
Y al fin te perdonó, pobre criatura.

EL MONTE DE LOS OLIVOS.

......Hincadas las rodillas, hacia oracion, diciendo: Padre *mio*, si es de tu agrado, aleja de mi este cáliz: no obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya. En esto se le apareció un ángel del cielo, confortándole. Y entrando en agonia, oraba con mayor intension. Y vínole un sudor como gotas de sangre que chorreaba hasta el suelo.

S. Lucas, xxii. 41, 42, 43 y 44.

Viendo el Hijo de Dios que ya venia
De su angustiada vida el fin tremendo,
El torrente Cedron pasa gimiendo,
Y sube al monte en que llorar solia.

Era la noche, y todo estaba en calma,
El viento, el mar, la tierra delincuente,
Solo Jesus allá en el Huerto siente
Inmensa agitacion dentro del alma.

La luna melancólica y sublime
Está alumbrando con su rayo muerto
A tres hombres dormidos en el Huerto,
Y al Dios del mundo que en silencio gime.

Hincadas las rodillas vacilantes,
Alza las manos lánguidas al cielo,
Alza los ojos que marchita el duelo,
Ojos un tiempo hermosos y brillantes.

A veces inclinada la cabeza,
El suelo toca con la blanca frente,
Y húmedo deja con sudor caliente
Aquel lugar de llanto y de tristeza.

Tal vez en tanto Salomé la bella
Bailaba alegre como en otros dias,
Y Jesus en sus tristes agonías
Lloraba por Herodes y por ella.

Al alma presentósele muy clara
La historia de los hombres sus hermanos,
Y al pensar en Salem, con ambas manos
Cubrió el sonrojo de su hermosa cara.

¡Oh Padre! si es posible, entonces dijo,
Ese cáliz aparta de mi boca,
Ten compasion del Hijo que te invoca,
Ten compasion de tu inocente Hijo.

Pero haz tus voluntades sin reserva,
Hazlas, Señor, en mí como es debido:
Dijo, y del pecho le salió un gemido,
Y postrado cayó sobre la yerba.

¡Cuán otro estabas en mejores dias,
Cuando eras tierno y balbuciente niño,
Y de una Madre llena de cariño
Los abrazos y besos recibias!

Este es el Dios, cuyo terrible trueno
Hace temblar los montes y ciudades.
¡Ay cómo gime en tristes soledades!
¡Ay cómo tiembla de terrores lleno!

Y no es porque le falte fortaleza
Para desencajar la tierra y cielo,
Sino que él mismo se humilló hasta el suelo,
Deponiendo su honor y su grandeza.

Viendo Dios á Jesus agonizante,
Le dolió el corazon en lo mas vivo;
Estaba el Hijo bajo el triste olivo,
Pálido, desmayado y palpitante.

Entonces haber hecho á los humanos
Al Padre le pesó la vez segunda:
Allá en tiempos atrás la tierra inunda,
Mas hoy no mueve sus potentes manos.

"Angel de luz, al Olivar desciende,"
Dijo en el cielo el Hacedor del mundo,
"Infunde aliento al Hijo moribundo:"
Y el ángel volador el aire hiende.

Sostiene á Dios en el quebrado suelo
Con los brazos, y anímale á la muerte;
Y al ver así descoyuntado al Fuerte
Cúbrese el rostro con su negro velo.

La paz en tanto ocupa estos retiros,
Las hojas de la palma están serenas,
Se oyen las olas del torrente apenas,
Y del Hijo del Hombre los suspiros.

Llegada al colmo la mortal congoja,
Clama á su Padre con mayor vehemencia,
Y cae segunda vez en su presencia
Cubierto en sangre que la tierra moja.

En tan mortal y pálido desmayo
No quiere usar de su poder divino:
Tiene á su izquierda quieto el torbellino,
Y á su derecha encadenado el rayo.

Mas viendo el Salvador que se adelanta
Para prenderle silenciosa tropa,
Por fin apura la tremenda copa,
Y del suelo sudando se levanta.

Judas en tanto llégase al Ungido,
Y á venderle besándole se atreve.
¡Ay del Apóstol infeliz y aleve!
¡Mejor le fuera nunca haber nacido!

CAMINO DEL GÓLGOTA.

Melancólico el sol con roja lumbre
Entibiaba las aguas del Mar Muerto,
Estaba ardiente el polvo del desierto,
Y se abrasaba del Tabor la cumbre.

Flotan en Siria lánguidas las palmas,
Y en Jericó desmáyanse las rosas;
Las horas pasan lentas y tediosas,
Y están inquietas en Salen las almas.

El Señor entretanto, sin consuelo,
Y desangrado y con la cruz al hombro,
Iba llenando de estupor y asombro
Al pueblo y á los ángeles del cielo.

Caminaba con paso vacilante
Entre soldados de robustas cotas,
En medio de mil lanzas y garzotas,
Y triste el Centurion iba delante.

Entre la grita y el tropel impío
De la insolente guardia pretoriana,
Caminaba el Señor esa mañana
Envuelto con el polvo del gentío.

A solas repasaba tristemente
En medio de tan lúgubre aparato
La amarga historia de su mundo ingrato,
Mundo á la par soberbio y delincuente.

Tal fué el calor y agitacion del dia,
Que va su cuerpo de sudor bañado,
Y sin aliento va, y en tal estado
Su corazon perdona todavía.

De este modo la tórtola sencilla
De las desiertas rocas moradora,
En garras del halcon que la devora
Sufre inocente, y muere sin rencilla.

En medio de las olas de la gente
Puédese apenas descubrir al Verbo;
En sus ojos se ve pesar acerbo,
Grande congoja en su abatida frente.

Al cansancio rendido, y desvelado,
Falto de fuerza á la fatiga cede,
Y en languidez mortal seguir no puede
Los grandes pasos del brutal soldado.

La sangre de Jehová corre caliente
Por su cuerpo blanquísimo hasta el suelo,
Cubre sus ojos tenebroso velo,
Y poco á poco desmayarse siente.

Aparta, oh Padre, del Ungido aparta
La copa de dolor que está bebiendo:
Su alma se rinde en lance tan tremendo,
Harta de tedio y de congojas harta.

En tan profunda y angustiosa pena
Inconsolable Dios lanzó un gemido,
Hasta que al fin, á su dolor rendido.
Cayó y su rostro se estampó en la arena.

Entonces crece el popular murmullo,
La burla entonces del gentil osado,
Entonces los insultos del soldado,
Y el triunfo vil del farisaico orgullo.

Cayó el Verbo en la arena desangrado,
Y quedóse un instante sin aliento,
Pálido, sin calor, sin movimiento,
Como la flor que deshojó el arado.

Ese que ves postrado y abatido,
Mojada en sangre y en sudor la ropa,
Hecho el ludibrio de insolente tropa
Y objeto de sacrílego alarido:

Es el mismo que estaba allá presente
Cuando el Padre los cielos estendia:
A los astros caminos prescribia
Y les daba la luz resplandeciente:

Es el mismo Criador, el Hijo mismo
Que si amenaza al mar, el mar se humilla,
Que pasar no lo deja de su orilla,
O bien lo arroja de su inmenso abismo.

Aquí rindióse á un pálido desmayo,
Pero cuando su rostro centellea,
La alta montaña formidable humea,
Y vuelan el relámpago y el rayo.

Se alzó por fin, y espuesto á mil sonrojos,
Bajaba el melancólico semblante,
Y solo á veces por algun instante
Tornaba al cielo sus nadantes ojos.

Entre negro terror y sobresalto
Al deshonrado Gólgota camina
Y al grave peso de la cruz se inclina,
Falto de sangre y de consuelo falto.

Cuando se acerca á tí la Vírgen bella
En sus ojos, Señor, tus ojos clavas,
Pero al mirarla, de dolor temblabas,
Y al mirarte temblaba también ella.

Y suda de amargura y de congoja,
Viendo el sudor de tu humillada frente,
Y sin consuelo llora la inocente
Al ver el llanto que tu rostro moja.

Huérfana ¡ay Dios! y atónita de espanto
Te acompaña tu Madre desvalida,
Pasada el alma con terrible herida,
Suelto el cabello y descompuesto el manto.

Entretanto la Roma de Tiberio
Dominada de lúbricas mujeres,
Al fausto se entregaba y los placeres
Con escándalo inmenso del imperio.

Allá las damas sus hermosos cuellos,
El pecho y piés descubren licenciosas,
Mientras que por venderse las esposas
Perfuman sus adúlteros cabellos.

Piadosas á tu lado unas judías
Tu deshonra y suplicio van llorando:
¿Por qué no muestra corazon tan blando
El pueblo todo que escogido habias?

"¡Ay! no lloréis por mí, dices gimiendo,
Por vosotras llorad, y vuestros hijos:
Tiene el grande Jehová los ojos fijos
En Salen y en el Gólgota tremendo.

"Si esto que veis le pasa al inocente
Al Hijo mismo del Criador del cielo,
¿Qué esperanza le queda de consuelo,
Qué esperanza le queda al delincuente?

"Un enemigo irresistible y duro
Os cercará de foso y de trinchera,
Matanza sin piedad habrá por fuera,
Matanza sin piedad dentro del muro.

"Temblarán las doncellas delicadas
De las armas romanas al estruendo,
Y de Jerusalen saldrán huyendo,
¡Ay! huyendo como aves espantadas.

"El estranjero, de piedad ajeno,
Con el pueblo será tan inclemente
Que cruces faltarán para la gente,
Y para cruces faltará terreno.

"Vendrá la peste y la hambre asoladora,
Seguiránse batallas á batallas,
Y abrasará palacios y murallas
Y el templo ¡oh Dios! la llama vengadora.

"Sangre y mas sangre correrá en el foso,
Y en esas calles que darán espanto,
Y en esas plazas húmedas del llanto
Del niño, de la esposa y del esposo."

Dijo, y los pretorianos sus vasallos
Lo impelen y urgen con terrible acento,
Y al tocar en el Gólgota sangriento,
Cayó en tierra á los piés de los caballos.

LA

MUERTE DEL REDENTOR.

Aquel Señor que en el profundo cielo
Derramó sus magníficas estrellas,
Que lanzadas cual rápidas centellas
Pasan gloriosas con inmenso vuelo:

Aquel Señor que sumergió enojado
El Popocatepetl y el Himalaya,
Haciendo de la tierra un mar sin playa
Do el hombre criminal quedó anegado;

Hoy sin honor y pobre y desvalido,
En la cumbre del Gólgota tremendo,
Colgado de una cruz, está muriendo
En medio de su pueblo enfurecido.

Hostigada la cólera del Padre,
Cual rápida corriente se desata,
Y en su furioso vórtice arrebata
Al Discípulo, al Hijo, y á la Madre.

Sin fuerzas y sediento y desvelado,
Dios es la burla y risa de la gente;
A la izquierda y derecha un delincuente,
Jesus en medio á cargo del soldado.

¡Ay de mí! ¡Cuál estás, qué diferente .
Hoy te presentas del que ser solias,
Cuando allá en el Tabor resplandecias,
Cuando increpabas á la mar hirviente!

La tibia sangre, y el sudor gotea,
El desamparo y la congoja crece,
Y el cuerpo desangrado se estremece:
¡Ay infeliz de la nacion hebrea!

Los ojos vuelve al enojado cielo,
Los ojos, digo, pues las blancas manos,
Traspasadas con clavos inhumanos,
De moverse no tienen el consuelo.

Privado de su honor y de su gloria,
Para mas agravar su pesadumbre,
Repasa con amarga certidumbre
Del mundo ingrato la tremenda historia.

Y el Dios terrible, cuyo enojo espanta
La tierra, el mar y el anchuroso cielo,
Un solo palmo no encontró de suelo
En que apoyar su lastimada planta.

Entre el tormento que el verdugo emplea,
Entre la maldicion y el alarido,
Murió por fin á su dolor rendido:
¡Ay infeliz de la nacion hebrea!

Tiberio en tanto en la estruendosa Roma,
Entre el oro y la púrpura del solio,
Al orgullo del alto Capitolio
Juntaba los placeres de Sodoma.

¿Cómo es que estás, Señor, tan humillado,
Tú, cuya airada faz relampaguea,
Que si tocas un monte, el monte humea,
Que si tocas el mar, huye espantado?

¿Te has olvidado del honor divino
Que debe darte el hombre miserable?
¿Dónde apagaste el rayo formidable?
¿Dónde dejaste el trueno y torbellino?

¡Pueblo infeliz! ¿en qué pudo ofenderte
Ese inocente de congojas lleno?
¿Ni qué mas pudo hacer un Dios tan bueno
Que por amor á tí sufrir la muerte?

Bebió por tí la copa de amargura,
Copa terrible que beber debias,
Y al tremendo patíbulo le envias
En premio de su amor y su ternura.

¡Espantoso deicidio, que horroriza
Al corazon mas duro y delincuente!
De horror se pone pálida la frente,
Y el cabello tambien de horror se eriza.

Caton, rasgando con su propia mano
La misma herida que se dió en el pecho,
De su alma atroz manifestó el despecho,
No la virtud heróica de un romano;

Pero Jesus con ínclita grandeza,
Entre la execracion y los dolores
Ruega por sus verdugos y opresores,
Y muere sin orgullo y sin vileza.

Ese que ves tan pálido y sin vida,
Desfigurado su semblante bello,
Con sangre endurecido su cabello
Y abierto el pecho con profunda herida:

Ese pobre que á fuerza de tormento
Ha espirado, y á fuerza de pesares,
Vale mas que la tierra con sus mares,
Vale mas que el inmenso firmamento.

Vendrá tiempo en que príncipes y sabios
Doblen ante él sumisos la rodilla,
Y desearán con humildad sencilla
En sus sangrientos piés poner los labios.

Colocará su trono reluciente
Mas allá de ese cielo diamantino,
Y ante su rostro espléndido y divino
Él querubin humillará su frente.

A sus piés pasarán con vuelo inmenso
Los brillantes luceros á millones,
Que humildes le darán adoraciones
Entre el olor y el humo del incienso.

LA VÍRGEN AL PIÉ DE LA CRUZ.

Lanzaba el sol su fuego á medio dia
Sobre las tristes rocas del Calvario,
El campo estaba ardiente y solitario
Y hoja ninguna en su árbol se movia.

Busca el leopardo en medio de arenales
Las tibias aguas del Jordan revuelto,
Busca las sombras el venado esbelto
Entre los deshojados carrizales.

Con el vapor de la caliente arena
El cuello tuerce el espinoso cardo,
Y entre las grietas del peñasco pardo
Se marchita la flor de la verbena.

En tanto el Hombre Dios allá pendiente
En la cumbre del Gólgota gemia,
Y sudaba y temblaba en su agonía
Oyendo las blasfemias de la gente.

Tú, Madre del Señor, que cerca estabas
Del patíbulo horrendo y casi muerta,
A ratos lloras con la faz cubierta,
La vista á ratos en el Hijo clavas.

Al mirarle temblar suda tu cuello
Y tu alba frente suda, y te estremeces,
Sus tristes ojos vuelve á tí dos veces,
Y dos veces se eriza tu cabello.

¡Espectáculo atroz! su sangre roja
Brota caliente y al brotar humea,
Y á proporcion que de Jesus gotea,
El rostro y manos de su Madre moja.

El llanto y el dolor son tu alimento,
Eres pobre y oscura y despreciada:
No le debes siquiera una mirada
Piadosa al legionario desatento.

A cada queja que el tormento arranca
De la boca sedienta del Ungido,
Exhalas profundísimo gemido
Y el llanto limpias con tu mano blanca.

Aun no acababa algun desapiadado
De blasfemar del inocente Verbo,
Cuando escuchabas con dolor acerbo
La risada insultante del soldado.

En tanto el mundo estólido levanta
Hasta el cielo á sus héroes y sus sabios,
Que no son dignos de poner los labios
Donde el Hijo de Dios puso la planta.

¡Cómo pudo una mano delincuente
Aplicar en el labio moribundo
Amarga hiel al Hacedor del mundo,
Su misma Madre hallándose presente?

¡Cómo no derribó muro y santuario
El furor de estruendoso remolino?
¡Cómo de fuego inmenso torbellino
No derritió las peñas del Calvario?

¡Cómo es, Hija de Abram, que ver pudiste
Los furores de escena tan tremenda?
¡Cómo al tronar la tempestad horrenda
Sin desmayar tu corazon resiste?

Tus lágrimas rodaban á tu seno
Y mojaban tus pechos virginales,
Que nutrieron al Dios de los mortales
Allá de niño en tiempo mas sereno.

Cuanto vas con la vista recorriendo,
Todo desgarra tu profunda herida,
El muro y torres, la ciudad querida,
El templo augusto, el Olivar tremendo.

En medio del dolor mas inhumano,
En contorno buscabas un asilo,
Y en contorno encontrabas muy tranquilo
El semblante del bárbaro romano.

Al espirar el Dios de los judíos
Diste gemidos tristes y dolientes,
Cual suelen las palomas inocentes
En los sauces amargos de los rios:

Y las manos blanquísimas torcias,
Y las alzabas al tremendo cielo,
Y no encontrabas á tu mal consuelo.
¡Cuán otra estabas en mejores dias!

Todo á tu blando corazon aterra;
Cercada estás de pálidos tiranos;
Se palpan las tinieblas con las manos;
Los muertos se levantan de la tierra.

Un formidable terremoto acaba
De esparcir el terror, y tú entre tanto
Temblabas ¡ay! atónita de espanto
Sobre el Calvario que de horror temblaba.

Tornando al cielo los tus ojos bellos
Y entre las rocas puesta de rodillas,
Enjugas en tus pálidas mejillas
El llanto de dolor con tus cabellos.

Y al recibir al gran Jehová en tus brazos
Todos estremeciéronse tus huesos,
Y en mortal languidez ni darle besos,
Ni tampoco pudiste darle abrazos.

Pero despues le das ósculo ardiente
Y mil abrazos que el amor demanda,
Acariciando con tu mano blanda
Sus muertos ojos y su helada frente.

¿Quién creyera al mirar á este hombre muerto
Reclinado en el seno de su Madre,
Que fuese el mismo resplandor del Padre,
Y el Jehová del Mar Rojo y del desierto?

Del Gólgota no lejos algun dia,
Para vengar tan bárbaro delito,
Pondrá sus tiendas el romano Tito
Y entonces ¡ay de la nacion judía!

¡Ay de Jerusalen, que ya le espera
Hambre, y matanza, y fuego pavoroso!
La ceñirán de inmenso contrafoso,
La ceñirán de sólida trinchera.

La estrechará feroz infantería,
Y en medio del furor de la batalla
Por la brecha entrarán de la muralla.—
¡Vírgen, perdona á la nacion judía!

LA ASCENSION DEL SEÑOR.

ERA la primavera y muy hermosa,
El agua del Jordan pura corria,
Y en su márgen al viento se movia
El rojo lirio y la silvestre rosa.

Vagaba allí la garza solitaria
Entre flores acuáticas y yerbas,
Y alegres los becerros en catervas
Jugaban en los montes de Samaria.

En las pendientes del Carmelo crecen
Los narcisos y espléndidos jacintos,
Y al pié de los frondosos terebintos
Las adelfas magníficas se mecen.

Allá en Salen el Salvador en tanto,
Viendo de su Ascension llegado el dia,
Pasó el torrente que pasar solia
En otros tiempos de dolor y llanto.

Colocado del monte en la alta cima
Ve el palacio de Herodes y Pilato,
El Gólgota, y el Templo largo rato,
Y los muros y torres de Solima.

Y á su patria Belen ve con ternura,
Y á Jericó que entre un palmar se asoma,
Pero aparta los ojos de Sodoma,
Sumergida en las aguas de amargura.

Los discípulos juntos lo rodean,
Pendientes de sus ojos y sus labios:
Simon Pedro recuerda sus agravios
Y calientes sus lágrimas gotean.

Allí estaba el apóstol inocente
Que en la noche terrible de la Cena,
En el pecho de Dios con grande pena
Y gran ternura reclinó la frente.

A los justos Jehová llevó consigo,
Al padre Adan, postrado de quebranto,
A Eva tambien, á quien bañaba el llanto.—
¿Por qué no estaba yo, Madre, contigo?

La Vírgen pura hallábase presente
Descollando entre blancos serafines,
Cual descuella entre débiles jazmines
La magnífica palma del torrente.

Cerca, muy cerca estás del Hijo eterno,
Que te mira y remira con terneza,
Y tú tambien contemplas su belleza
Con dulce afan y con amor materno.

Los ángeles bajaron á millones
Mas hermosos que espléndidos luceros,
Y armados como intrépidos guerreros
Marchaban en inmensos escuadrones.

Ricas banderas flotan á porfia,
Se agitan en los yelmos las garzotas,
Brillan las lanzas y estrelladas cotas,
Y relumbran el oro y pedrería.

Y Rafael á sus legiones manda,
Blanco plumaje en su cimera ondea,
Su fuerte arnés y espada centellea,
Rojos son sus coturnos y su banda.

Mas allá está Gabriel de blanco cuello,
De blancos brazos, y de negros ojos,
Alas azules, y los labios rojos,
Ensortijado y suelto su cabello.

Brilla Miguel en el celeste coro,
Lleva penacho en el morrion radiante,
Sable á la cinta, el peto de diamante,
Faja encarnada, y las sandalias de oro.

Innumerables ángeles y justos
Postrados en la tierra, ¡oh Dios! te adoran,
Y con las muchas lágrimas que lloran
Mojan las huellas de tus piés augustos.

¿Qué era en tanto el magnífico Tiberio
Con su diadema y púrpura de Oriente?
Me parece un insecto que insolente
Se arrastraba en el polvo del imperio.

El Salvador en medio á tanta gloria
Vuelve á los suyos plácido el semblante,
Y se enternece al ver allí delante
A los fieles testigos de su historia.

Les habla de su reino soberano
Que escede á los imperios de este mundo,
Aun mas de lo que escede el mar profundo
A una gota perdida en el Oceano.

Les dió poder de hablar en lenguas ciento,
De retornar los muertos á la vida,
De pisar la serpiente embravecida
Y las puertas abrir del firmamento.

Entonces el Señor con vuelo blando
Muy poco á poco aléjase del monte,
Y llena de esplendor el horizonte,
Y como á su pesar se va elevando.

Así sube el lucero matutino
Con suave pausa de la mar undosa,
Y entre las nubes de color de rosa
Resplandeciente sigue su camino.

Vuelve á veces Jesus la faz divina
A los amigos que le dió su Padre,
Vuelve los ojos á su buena Madre
Y á toda su nacion de Palestina.

Y es porque ama á su pueblo tiernamente
Como á las mismas niñas de sus ojos,
Le dió maná, victorias y despojos
Y fué siempre con él muy indulgente.

Sobre los pueblos á su pueblo eleva,
Le tuvo en el desierto tal cariño,
Que lo llevó en sus brazos como á un niño,
Cual la nodriza que á su niño lleva.

Mientras que lento por el aire sube
Su corazon amable se enternece,
Y en el espacio al fin desaparece
Allá detrás de relumbrante nube.

Entonces se oye lánguido gemido,
Corren de nuevo lágrimas ardientes,
Retratado el dolor se ve en las frentes,
Y todos miran por donde ha partido.

Cuando el recio huracan se desenfrena,
Las encarnadas flores del granado
Arrancadas de su árbol agitado
Se deshojan y secan en la arena:

De este modo en inmenso desconsuelo
Los discípulos quedan ese dia:
Arrancados del Hijo de María
Yacen postrados en profundo duelo.

Al través de los cielos te adelantas;
Pasando vas de estrellas en estrellas,
Y mil y mil constelaciones bellas
Relumbran muy abajo de tus plantas.

Cuando yo te contemplo ya triunfante
Sentado junto al Padre en alto solio,
¡Qué pobre me parece el Capitolio,
Y el formidable Júpiter tonante!

Al lado de tu espléndida grandeza
Es polvo y humo el esplendor terreno,
Y cuando estalla tu terrible trueno
Reyes y pueblos bajan la cabeza.

TOMA DE JERUSALEN POR LOS ROMANOS.

Sentada sobre estériles arenas
Está Jerusalen como un coloso,
Cercada de trinchera y de ancho foso
Y de muros altísimos y almenas.

Ved allí parapetos y baluartes
Que contra la ciudad alzó el romano,
Los contrafosos que escavó su mano,
Las tiendas de campaña y estandartes.

El sublime Jehová desde alta cima,
Con terribles proyectos en la mente,
Pasa revista á la romana gente,
Vuelta la espalda á la infeliz Solima.

Y manda que se muevan los infantes,
Y que batan el muro los arietes,
Y que monten ligeros los ginetes,
Y que apresten las armas centellantes.

Y ved que el polvo sube á las alturas,
Polvo que alzan los carros y bridones,
Ved agitarse lanzas y morriones,
Ved relumbrar las graves armaduras.

Ya marcha por la izquierda y la derecha
Con paso igual la fuerte infantería,
Ya se oye su confusa gritería
Al atacar la peligrosa brecha.

Tito recorre el campo de batalla
En medio del tropel de mil corceles,
Ya en el Gólgota está, ya en los cuarteles,
Ya pasa al Olivar, ya á la muralla.

Las huestes del ejército judío
Hacen de la ciudad una salida,
Cáusales tedio la penosa vida
Y el hierro esgrimen con heróico brío.

Furiosos y desnudas las espadas
Repasan las legiones enemigas,
Les rompen los escudos y lorigas
Y vuelan en pedazos las celadas.

La flor de los valientes de Idumea
Dejan tendida sobre el campo raso,
Y asuelan todo cuanto se halla al paso,
Y tibia sangre entre la yerba humea.

Por todas partes bárbaro alarido,
Por todas partes luchan las legiones,
Tintos en sangre están los batallones
Y muere el vencedor sobre el vencido.

Los guerreros ¡oh Dios! ardiendo en ira
Asaltan la ciudad por todo viento,
Y se oye un pavoroso movimiento
Y venganza mortal todo respira.

Entran, en fin, revueltos los gentiles
Con niños y mujeres y pendones,
Y máquinas, infantes y bridones
Entre el polvo y los ayes femeniles.

Las cándidas doncellas, las esposas
Sin vida quedan en las anchas calles,
Sin gentileza sus graciosos talles,
Y pálidas sus caras aun hermosas.

Así en el campo la amapola roja
Al peso de la lluvia vespertina
El blando cuello y la cabeza inclina,
Y lánguida en la tierra se deshoja.

¡Felices ¡ay! felices las judías
Que no tuvieron hijos, y felices
Las que al yugo no dieron las cervices,
Las que no vieron tan amargos dias!

Ya recorren las guardias pretorianas
Calles y plazas con espada en mano,
Y lleva el insolente veterano
Hasta el templo las águilas romanas.

¡Ay! ¡cuánta sangre y lágrimas y duelo
En el atrio y el pórtico sagrado!
Corre matando el bárbaro soldado
Para vengar al indignado cielo!

¡Espada del Señor enfurecida!
Entra en la vaina y cese la matanza—
"Tengo órdenes terribles de venganza.
¡Ay infeliz de la nacion deicida!"

Allá en el templo suenan los crugidos
De muchas armas y alboroto inmenso,
Y suben con el humo del incienso
Los cánticos sagrados y gemidos.

¡Ay! pintada en el rostro la fiereza
Y con desnudo acero el legionario,
Al sagrado penetra el temerario
Con el morrion cubierta la cabeza.

Por todas partes discordante grita
Y súplicas y llantos y matanza;
Queda tendido al bote de la lanza
El triste sacerdote y el levita.

Hasta el Sancta Sanctorum va el profano
Y allí con muertes su furor señala,
Y en la sangre del hijo se resbala
Su tierna madre y el atroz romano.

La infeliz multitud que en su amargura
Allá se refugió, murió ese dia,
Y su sangre, caliente todavía,
Al vencedor le daba á la cintura.

¡Espada del Señor enfurecida!
Entra en la vaina y cese la matanza—
"Tengo órdenes terribles de venganza.
¡Ay infeliz de la nacion deicida!"

Penetran á caballo otros infieles
Con inmensa algazara en el Santuario,
Y ven rodar ardiente el incensario
Hollado por los piés de sus corceles.

Del pontífice pisan la tiara
Y sus coronas de jacinto y oro,
Y heridos cerca del herido toro
Mueren los sacerdotes en el ara.

El sacrificador se descoyunta
Viendo cercano al bárbaro estranjero;
Este en el pecho le metió el acero,
Y por la espalda le salió la punta.

¿Por qué el Señor ardiente centellea?
¿Por qué tantas matanzas en Solima?
¿Quién manda al estranjero que la oprima?
¿Cuál es tu crímen, reina de Judea?

Sobre aquella colina que estoy viendo
Atormentaron á Jehová inocente:
Su sangre pura allí corrió caliente,
¿Cómo estrañar castigo tan tremendo?

Allí sudó, y lloró, y en su agonía
Tembló el Criador y desmayóse el Fuerte,
Y allí le dieron sin piedad la muerte.
Dios, ¿qué le hiciste á la nacion judía?

Pónele fuego el enemigo impío
A la triste ciudad, fuego violento
Que se pinta en el rostro macilento
Del espantado y pálido judío.

Las llamas en ruidosos torbellinos
El templo envuelven hasta su alta cumbre,
Y allí se juntan á la roja lumbre
Columnas de humo, haciendo remolinos.

Penetra al interior el fuego intenso,
Y resuenan allí las llamaradas,
Y crugen las techumbres inflamadas
Y se desploman con estruendo inmenso.

Vista Jerusalen desde alto monte
La horrible imágen de un volcan presenta,
Que en la noche con ímpetu revienta
Y triste alumbra el lóbrego horizonte.

La ceniza caliente y la humareda
El Olivar envuelven y el Calvario,
Y hasta allá vuela el polvo del Santuario,
Y todo el campo oscurecido queda.

Acabaste, Princesa del Oriente,
Antes gloriosa y de tu Dios querida,
Despues monton de piedras y guarida
Del escorpion, del tigre y la serpiente.

El árabe acampó con sus bagajes
En tus grandes escombros solitarios,
Y pastaron allí sus dromedarios,
Y habitaron los pájaros salvajes.

LLANTO DE LOS JUDÍOS

EN EL SIGLO CUARTO.

En un tiempo tu Pueblo querido
A tus siervos, Señor, da la muerte,
Y la sangre purísima vierte
De aquel Hijo que es todo tu amor:

Y por eso á la triste Solima
Hizo polvo el soberbio romano,
Y por eso en su cólera Adriano
De la tierra otra vez la borró.

Y mandó bajo pena de muerte
A ese Pueblo presente y futuro
Nunca entrar al recinto del muro
Ni aun poderlo de cerca mirar.

Y que solo cada año en el dia
Que la grande Salen fué tomada,
Se permita al vencido la entrada
Y en sus ruinas sentarse á llorar.

Mas no pueden mirar los escombros
De la patria infeliz de sus padres,
Ni en la tumba llorar de sus madres,
Sin comprar esta gracia al infiel.

Cual sus padres un tiempo compraron
Del Ungido la sangre inocente,
Así compra esa mísera gente
De sus ojos el llanto despues.

Resplandece en el Gólgota el templo
Con el oro y la púrpura tiria,
Y se queman perfumes de Asiria
Que derraman suavísimo olor.

Resplandece el sepulcro del Verbo
Con las perlas y piedras preciosas,
Y lo empapa la esencia de rosas,
De las rosas del fértil Hermon.

Y entre tanto recorre el Judío
Largas calles con negra tristeza,
Recordando su antigua grandeza
Que pasó cual las olas del mar.

Retratado el dolor en el rostro
Va la vírgen y el pálido anciano,
Y pregunta la hermana al hermano
¿Quién quemó la opulenta ciudad?

Y recorren las plazas que un dia
Resonaron con largos gemidos,
Donde miles de muertos y heridos
Iba hollando el atroz vencedor.

Y con húmedos ojos repasan
El callado y estéril espacio
Donde estuvo otro tiempo el palacio
Que ni ruinas siquiera dejó.

Van corriendo á buscar el recinto
Donde estuvo su templo glorioso,
Y un silencio y eterno reposo
Reina allí donde estuvo el altar.

Y allí crecen estériles juncos
Y el ajenjo amarguísimo crece,
Y el horrible escorpion se guarece
A la sombra del duro espinal.

¡Pobre gente! sus túnicas rasga
Y á los cielos sus ojos eleva,
Y da gritos que el viento se lleva
Cual su dicha otra vez se llevó.

Y se postran y besan el polvo,
Pero polvo que no es del Santuario,
Pues en ese lugar solitario
Solo el nombre del templo quedó.

Las mujeres cual tórtolas gimen,
Gimen ¡ay! traspasadas las almas,
Y se sientan al pié de las palmas
Que han quedado en el Monte de Sion.

Y descuidan los sueltos cabellos,
Y se cubren las pálidas frentes,
Y demandan con ayes dolientes
Espirar en el Monte de Dios.

Aun está de rodillas la viuda,
Aun están levantadas sus manos,
Y otra vez los brutales romanos
¡Ay! le cobran con nueva altivez.

Las doncellas aun tienen el rostro
Con sus lágrimas puras mojado,
Y otra vez ya les cobra el soldado
Por si quieren llorar otra vez.

Cual sus padres un tiempo compraron
Del Ungido la sangre inocente,
Así compra esa mísera gente
De sus ojos el llanto despues.

¡Ay Señor! á tu pueblo perdona,
Te conozco muy bien, eres bueno,
Que descanse tu rayo y tu trueno,
¿Cómo te has de olvidar de Salen?

Bien pudiera la blanda paloma
Olvidar á su esposo y su nido,
Pero tú no echarás en olvido
A la raza infeliz de Jacob.

Bien pudiera una madre amorosa
Olvidarse de su hijo querido,
Pero tú no echarás en olvido
Para siempre á tu amada nacion.

EL ISRAELITA.

TRADUCCION.

ELEGIA.

¡O Sion! ¿has olvidado por desgracia
A tus hijos cautivos? ¿O desprecias
Los ardientes saludos que te envian
De las estremidades de la tierra?
Desde el Ocaso hasta el remoto Oriente
Y desde el Sur al Norte, en su tristeza
Estos pobres esclavos te dirigen
Unas miradas de esperanza llenas,
Y tambien el tributo de su llanto,
Que á los rocíos del Hermon semeja.
¡Que no puedan sus lágrimas calientes
¡Ay! regar tus colinas ya desiertas!
Cuando lamento y lloro tu caida
Se oye mi voz, como la voz funesta
De los chacales; mas si pienso acaso
En que ya libre estás de tus cadenas,
Semejante es mi voz á la armonía
Del arpa, de tus cantos compañera.
Mi corazon al templo se trasporta
Y se humilla de Dios en la presencia.
¿No es sobre este lugar donde se abrian
Las puertas de los cielos, y la inmensa

Majestad del Criador dejaba oscura
A la luna, y al sol, y á las estrellas?
¡Que yo no pueda derramar el alma
En el lugar do la Divina Esencia
Sobre tus Santos descender solia!
En tí habitaba la deidad escelsa;
Mas hoy contemplo esclavos que en el trono
De tus gloriosos príncipes se sientan.

¿Por qué no puedo revolar encima
De los lugares de memoria eterna,
Donde el Señor en tiempos mas felices
Misterios revelaba á tus Profetas?
Si me das alas, llevaré á tus ruinas
Del destrozado corazon las penas,
Mi frente estamparé sobre tu polvo,
Y abrazaré tus silenciosas peñas.
Tocaré con mi planta los sepulcros
De mis abuelos, y la sacra huesa
Contemplaré en Hebron, y las montañas
Abarim y Hor contemplaré desiertas,
Do la ceniza está de tus maestros,
Del pueblo de Israél grandes lumbreras.
Respiraré la vida en tu aire puro,
Y de la mirra la olorosa esencia,
Y en la agua cristalina de tus rios
Gustaré de la miel de las abejas.

Dulce me fuera andar, los piés desnudos,
Del arruinado templo entre las piedras,
O en el lugar do están los querubines
Con la Arca del Señor en la caverna.

Estos vanos adornos de otros años
Arrancara despues de mi cabeza;
Y tambien de la suerte me quejara
Porque á tus siervos de su patria aleja,
Despues de haberlos arrojado un dia
A muy distantes y profanas tierras.
¿Cómo podré entregarme á los placeres
De la vida, si estoy mirando en ella
Los perros arrastrar á tus leoncillos?
Huyen mis ojos de la luz funesta
Que me hace ver los cuervos que en los aires
Se llevan á tus águilas ya muertas.
Detente un rato, ¡oh copa de dolores!
Que tu ajenjo ha llenado ya mis venas,
Y déjame un momento de reposo,
Solo un momento, mientras la alma piensa
En Samaria, y despues mis secos labios
Beberán toda tu amargura acerba.
Haré luego un recuerdo de Solima
Y hasta las heces beberé sin tregua.

Corona de hermosura, ¡oh Sion! no olvides,
No olvides de tus hijos la terneza,
Que tu dicha llenaba de alegría
Y hoy tus desgracias de dolores llenan.
Desde el triste lugar de su destierro
En su oracion inclínanse á tus puertas,
Y te abren sus sensibles corazones
Llenos de luto y de mortal tristeza.
Por los montes disperso tu rebaño
Su dulce patria sin cesar recuerda,
Y se siente arrastrado á tus montañas

Y á la sombra tambien de tus palmeras.
Sinear y Pathros con su vana pompa
¿Compararse podrán con tu grandeza?
¿Y qué son sus oráculos falaces?
A tu Urim y Tummin ¿quién se asemeja?
¿Dó está el mortal que pueda compararse
Con tus grandes monarcas y profetas?
¿Y quién habrá que á tus levitas santos,
Y á tus cantores igualarse pueda?

Volverán á la nada los imperios:
Tú sola quedarás firme y serena
Siglos y siglos, ya que el Dios sublime
Fijará en tí su residencia eterna.
¡Felices los mortales que vivieren
Dentro de tus murallas estupendas,
Y felices tambien los que algun dia
Vieren resplandecer tu aurora nueva!
De tus electos mirarán la gloria,
Asistirán á tus alegres fiestas,
Y tú serás hermosa y agraciada
Como en los años de tu edad primera.

Á LA VÍRGEN DE GUADALUPE.

ODA.

Aun no vagaba por el ancho espacio
Silenciosa la luna,
El pálido cometa no existia,
Ni el luminar magnífico del dia,
Cuando el Grande Hacedor allá en su trono
Lleno de inmensa gloria,
Contemplaba los rasgos de la historia
De todas las naciones,
Que en un tiempo la tierra poblarian,
Desde los polos á la zona ardiente,
Y desde el Cairo á México potente.

Ya desde entonces mira á los mortales
Pérfida raza, raza delincuente,
Entregarse á los ritos mas atroces,
Y correr tras placeres criminales
Desenfrenadamente,
Como bajan las aguas estruendosas
De las altas montañas pedregosas.

Entre el polvo confuso de los siglos
Señálase inhumano
El idólatra pueblo mexicano,

Pueblo entregado á horrendas ceremonias.
Fijos los ojos en la gente indiana,
Miraba entre enojado y compasivo
El Señor Inmortal la sangre humana
Derramarse á torrentes
En las aras de dioses inclementes.
Mira á los sacerdotes
Hincada ¡ay Dios! la trémula rodilla
Alzar al cielo las sangrientas manos
Para ofrecer cual víctima sencilla,
Aun vivo el corazon de sus hermanos.

Entonces el eterno conmovido
Al mirar tanta sangre derramada
Y tanta ceguedad y tanto lloro,
Fijó los tiempos en que revelada
Le fuera la verdad al indio rudo,
Verdad que oculta estaba en su tesoro.

Resolvió que la cándida Doncella
Que su Madre purísima seria,
Descendiese algun dia
A morar con el fiero mexicano,
Y le templara su furor insano.
Así lo decretara en sus consejos:
Y al tiempo señalado allá en su mente
Hizo bajar del cielo reluciente
En las alas de un ángel luminoso,
La blanda Madre del amor hermoso.

En árido terreno
Erizado de estériles abrojos,

Donde no ven los ojos
Sino la triste imágen de la muerte,
Se eleva una colina
De seca tierra y duros peñascales,
Donde jamas el pajarillo trina,
Y solo se oye en medio á los zarzales
El triste susurrar de los insectos,
Y el grito de silvestres animales.

El lugar este fué donde María,
Deponiendo su gloria,
Aparecióse á Juan modesta y pía,
Sin aquellos brillantes reverberos
Con que apaga los fúlgidos luceros.
Allí con tono persuasivo y blando
En su desgracia al infeliz consuela,
Que lleno de amargura,
Al cielo vuelto el pálido semblante,
Procuraba aliviar su desventura.
Su proteccion benigna le ofrecia
A este mortal bondoso,
Y al pueblo mexicano que aun gemia
Bajo el yugo afrentoso
De un culto necio, bárbaro y ruinoso:
Y al escuchar promesa tan plausible
El indio se enternece,
Y Satán espantado se estremece.

No satisfecho el Hacedor Supremo
Con tamaña ternura,
Quiso en su amor estremo
Que aquella Vírgen tan graciosa y pura

Por siempre se quedase
En este rico suelo
En medio de la gente mexicana,
Y fuera su refugio y su consuelo.
Entonces cariñoso
Pintó con rasgos de un pincel valiente
La imágen blanda de su Madre bella.
¡Felices indios y feliz Doncella!

Tres siglos han corrido
Despues que tal portento sucediera,
Y ya de entonces con amor materno
Sobre el estéril Tepeyac se esmera
En derramar magnífica María
Mil dones á porfia
Sobre el inmenso pueblo que la adora;
Al paso que indulgente
Cuando esta misma gente
De los cielos la cólera provoca,
Y se ha manchado de una culpa fea,
Con su blando mirar apaga el rayo
Que en la mano de su Hijo centellea.

Tanta bondad, tan plácida ternura
De pechos mexicanos bien merece
Eterna gratitud, ardiente y pura.
Bien pudo el tiempo cano
Asolar inhumano
Los anchos muros de la antigua Troya,
Y que naciesen solitarias yerbas
Despues de inmenso estrago
En los grandes escombros de Cartago;

Mas no podrá su brazo vengativo
Borrar entre la gente mexicana
De la GUADALUPANA
Imágen la memoria lisonjera;
Que es su afecto tan puro y tan ferviente,
Hácia esta madre cariñosa y dulce,
Que antes del Nilo la veloz corriente
Descargará de Chalco en la laguna,
Que llegue el triste dia
En que pueda olvidarse de MARÍA.

Á LA VÍRGEN DE GUADALUPE.

ODA.

El buen Jehová, magnífico y tremendo,
Escogió un pueblo á quien llamar amigo,
Lo sacó del Egipto con estruendo
En turbulenta y pavorosa noche.
Tocó Moisés el mar con una vara
Y el mar se abrió prestándole sendero:
Pasó su pueblo, mas quedó abismado
El egipcio caballo y caballero.
La gente de Jacob pasó adelante,
El Señor la cubrió bajo sus alas
Como el águila cubre á sus polluelos:
Tierras le dió, victorias y despojos:
¡Nacion feliz que el dueño de los cielos
Amó como á las niñas de sus ojos!
Al verse tan mimada aquella gente
De quien no mereciera una mirada,
Idolos levantó perecederos
En obsequio de dioses estranjeros.
Indignado el Señor, "quisieron," dijo,
"Darme celos á mí con dioses vanos
Hincando la sacrílega rodilla
Ante las obras de sus propias manos:
Pues yo tambien los picaré de celos

Descubriéndome á pueblos infelices
Sin valerme de enigmas ni de velos."

Lo dijo, y lo cumplió, como quien era,
Llamando de los términos del mundo
A las cultas y bárbaras naciones,
Al galo, al cimbrio, al griego y al romano.
Y al incógnito pueblo mexicano,
A quien amó el Señor tan vivamente,
Que la santa verdad le revelara,
Y el duro corazon de aquella gente
En corazon blandísimo trocara.
No contento con esto su cariño,
Hizo bajar del diamantino cielo
A la Doncella que con tanto anhelo
En Belen lo arrulló cuando era niño.

Junto al trémulo lago de Tezcoco
Se levanta tristísima colina,
Donde no nace ni el cipres flotante,
El cedro eterno, ó silbadora encina:
Allí las fuentes blandas y serenas
Jamas regaron con sus aguas puras
Los peñascos y estériles arenas:
Terreno seco, polvoroso y triste,
Donde el insecto vil se arrastra apenas.

He aquí el lugar á que bajó María
Desde la inmensa bóveda del cielo
A presentarse á Juan, que sin consuelo
Buscaba alivio al mal que le afligia.
Como suele tal vez planta olorosa

Vivir oculta en densos matorrales,
Donde apenas se ve su flor hermosa
Y sus frescos botones virginales;
Así la Hija de Dios modestamente
Oscurece la luna y las estrellas
Que le adornan las plantas y la frente,
Y ofrece á Juan favor en su amargura,
Y proteccion magnífica á su gente.
Las aguas le promete y el rocío,
Abundancia de frutos y animales,
Sensible corazon, humilde y pio,
Y amparo firme en sus futuros males.
El ángel de la América recoge
Sus alas brillantísimas, oyendo
Promesa tan espléndida y tan bella:
Dos veces se postró, y otras dos veces
Los blancos piés besó de la Doncella.

No satisfecho de fineza tanta,
Quiso Jehová dejarle al mexicano
De su Madre una copia de su mano,
En prueba del amor que nos tenia.
Cogió el pincel, y "Hagámosla," decia,
"A nuestra semejanza, como hicimos
Al primer hombre en memorable dia.
Mas ¿qué es Adam junto á la hermosa mia?"
Diciendo así, trazó con faz serena
La blanda copia de su linda Madre,
Y vió la Imágen, y la vió muy buena.

Ya desde entonces con amor inmenso
Un hijo mira en cada mexicano,

Blanda recibe el vagoroso incienso
Y oye sus votos con semblante humano.
Hace llover las nubes fecundantes
En los valles profundos y montañas,
Donde nacen cosechas abundantes,
Y las yerbas jugosas del ganado:
Hace pasar sus vientos voladores
Que depuran la atmósfera redonda,
Y serena en la mar salobre y honda
El furor de huracanes bramadores.
El pueblo todo pálido se aterra
Su triste muerte próxima mirando
Cuando tiembla en sus ejes la ancha tierra,
Pero los elementos se adormecen
A una sonrisa de tu rostro blando.

Tú mueves las entrañas diamantinas
Del avaro mortal, que codicioso
Al anciano infeliz ve como insecto
Arrastrarse en el suelo polvoroso;
Abre al mirarte su encogida mano,
Y auxilio presta á su angustiado hermano.
Haces hincar humilde la rodilla
Y en el polvo tambien poner los labios
A los profundos y orgullosos sabios,
Como á la gente cándida y sencilla.
Tú le haces conocer al poderoso,
A quien deslumbra su esplendente gloria,
Que pronto acabará su tren fastoso
Y que olvidado quedará en la historia.
¡Cuántas veces la tímida doncella,
Casi al perder su virginal decoro,

Cerró los ojos al placer y al oro
Tan pura contemplándote y tan bella!
Siglos y siglos seguirán corriendo
Llevándose á los pueblos y monarcas,
Los grandes monumentos en sus olas,
Con las viejas pirámides de Menfis
Que allá en Egipto se han quedado solas:
Empero el tiempo no pondrá su mano
Ni en la Imágen graciosa de María
Ni en el amor del pueblo mexicano.

AL CORAZON DE MARÍA.

¡Que dulce es para el hombre tener madre,
Madre sensible á quien volver la cara;
Que nos enjugue el llanto de los ojos,
Y nos sirva de puerto en la borrasca!

El hombre en el desierto de la vida
En vez de flores, solo espinas halla,
Y aguas turbias y estériles pantanos
En vez de arroyos y de fuentes claras.

Por todas partes se oyen sus gemidos,
Por todas partes lágrimas derrama;
Suspiros y sollozos, en la tarde,
En la callada noche y la mañana.

El compasivo Dios de las naciones
Al ver congojas y amarguras tantas,
Nos dió por Madre á una Doncella hermosa
Mucho mas pura que la rosa blanca.

Le dió el Señor un corazon muy blando
Para que de este mundo se apiadara;
Corazon cual de tórtola inocente
Que vive quieta en solitaria palma.

Nunca te olvidarás, bella Judía,
De cuando á Dios la guardia pretoriana
Entre risadas coronó la frente,
Y en vez de cetro le prestó una caña.

Nunca se borrará de tu memoria
La insultante y sacrílega algazara
Que levantaba el bárbaro romano
Mientras tu Dios en una cruz temblaba.

Nunca te olvidarás, linda Criatura,
De cuando sobre el Gólgota llorabas,
Ni de cuando la sangre del Ungido
Cayó en tu rostro y en tus manos blancas.

Nunca te olvidarás de cuando el Santo,
Desfallecido y oprimida el alma,
En tí fijando lánguidos los ojos,
Espiró al fin entre mortales ansias.

En tu angustiado corazon entonces
La sangre hirviendo se agolpó agitada,
Y en tu inmenso dolor te estremecias,
Y entrambas manos al Señor alzabas.

Por eso tu dolor es conocido
Del mar de China, á la distante España;
Desde los Andes hasta el lago Ontario,
Del turbio Nilo hasta la Rusia helada.

Pasajero que vas por el camino
Y la ves de dolor descoyuntada,
Dí si en la tierra ó en los anchos mares
Hay desgracia que iguale á su desgracia.

Vírgen sensible que has llorado tanto
En el triste Belen desamparada,
Y bajo el techo del antiguo Templo,
Y bajo el techo de tu pobre casa,

Y en el desierto del ardiente Egipto,
En arenales bárbaros sin agua,
Donde besando al Niño que dormia,
Tu pobre corazon se consolaba:

Tú que has llorado tanto de Solima
En las pobladas y ruidosas plazas,
En sus grandes palacios y en sus calles,
Y en su triste colina ensangrentada:

Tú que conoces las congojas mias
Y las congojas de mi dulce patria,
Recuerda tu dolor y tu amargura,
Y danos compasiva una mirada.

Es verdad que los crímenes rebosan
Y de sufrirnos estarás cansada,
Como el grande Jehová llegó á cansarse
De tolerar á la nacion judaica.

Pero recuerda la espantosa historia
De Eva y Adan, y la fatal manzana,
Y que el mortal es débil como el lirio
Que un niño tierno de su tallo arranca.

Enojado el Señor con los delitos
Muchos y grandes de la raza humana,
Vertió en nosotros su indignada copa,
Copa de ajenjos y de hiel amarga.

Y desde entonces en civil discordia
Los rencores en México se inflaman;
Llanto y mas llanto brota de los ojos,
Sangre y mas sangre las llanuras baña.

Y luego viene un bárbaro estranjero
Y nuestras palmas y laureles aja,
Y dicta leyes con acero en mano,
Al estallar sus bombas y granadas.

Y para colmo, el Angel de la muerte
Tendiendo al aire sus inmensas alas,
Voló como un espectro desde el Bravo,
De Veracruz á las ardientes playas.

Y acá, y allá desolacion y muerte
Desparramando va por donde pasa:
¡Doncella de Salen! baja del cielo
Y la ancha espada de su mano arranca.

Mira que en las ciudades y los campos,
En la pajiza choza y el alcázar
Ya desfallece de dolor la gente
Y ya tus hijos de llorar se cansan.

Está en los ojos el pesar pintado,
Están de susto pálidas las caras,
Y de terror se erizan los cabellos,
Y de terror el corazon se pasma.

En tus manos está que Dios se aplaque
Con solo darle una mirada blanda,
Y si le ruegas que su espada suelte
En el instante soltará la espada.

Yo conozco al Señor ha muchos años,
Y sé tambien lo que á los hombres ama,
Y sé lo que tus súplicas lo mueven,
Y sé lo que los llantos lo desarman.

Ruégale al Inocente del Calvario,
Víctima de dolores y desgracias,
Que por esas desgracias y dolores
Nos restituya la perdida calma.

Te lo suplico por su augusto nombre,
Y por la tibia leche que le dabas,
Por el sudor de su abatida frente,
Y por su sangre que cayó á tus plantas.

TRIUNFO DEL CRISTIANISMO.

Era Diciembre, y el punzante hielo
Las alturas del Líbano cubria,
Y niebla tan espesa como fría
Ocultaba la cumbre del Carmelo.

Entre pálidas palmas lentamente
Corre triste el Jordan, y en sus orillas
Deshojadas las cañas amarillas
A lo largo se ven de la corriente.

Algun pájaro acuático nadando
Va por el lago azul de Tiberiades,
Y no suena en las vastas soledades
De los arroyos el murmullo blando.

Las yerbas y las flores sin aroma
Con blanquísima escarcha están cubiertas,
Y en las orillas del Cedron desiertas
Solo se oye el gemir de la paloma.

En tanto allá en Belen en duro lecho
Está el niño Jehová recien nacido,
Como el ave inocente en pobre nido
En el rigor de temporal deshecho.

Su blanda Madre cógelo en los brazos,
Y al cogerlo y mirarlo se embelesa,
Retíralo y acércalo y lo besa,
Y lo mira otra vez y le da abrazos.

Y lo acaricia llena de congoja,
Y le pasa la mano por la frente,
Y le presenta el pecho blandamente,
Pecho que el Niño con su llanto moja.

De improviso la Madre da un lamento
Y su blanco semblante se colora,
Y se estremece inconsolable y llora,
Y es que piensa en el Gólgota sangriento.

Su Esposo, sin color en las mejillas,
Adivina la causa de su llanto,
Y se cubre la cara con el manto,
Y se arroja á sus plantas de rodillas.

¿Quién le dijera á Roma omnipotente
Y al César en el alto Palatino,
Que domaria al pueblo de Quirino
Un pobre Niño del vencido Oriente?

¿Quién pudiera pensar que se verian
Postrados á sus piés en cautiverio
Los agitados Dioses del imperio
Que las naciones incensado habian?

Nació Jesus en humildad estrema
Lejos de cortesanas esperanzas:
No le cercaron áulicos ni lanzas,
Ni se ciñó magnífica diadema.

Y fugitivo aun siendo pequeñuelo,
Perseguido del rey buscó un asilo
En las ardientes márgenes del Nilo
Lejos, muy lejos de su patrio suelo.

Despues el rico, el pobre, el fariseo
Escucharon su voz en Palestina,
Y destiló su boca una doctrina
Que el Pórtico ignoraba, y el Liceo.

No el aplauso buscó, buscó el retiro,
Y la sonrisa no se vió en sus labios,
Y lamentó á sus solas mil agravios,
Y cada paso le costó un suspiro.

En triste noche y olivar desierto
Iba á ocultar sus llantos y congojas,
Y al ruido de los vientos y las hojas
De sangre alguna vez quedó cubierto.

Entregó un fementido á ese Inocente
Que murió entre los públicos furores
A fuerza de desdenes y dolores
En medio de las olas de la gente.

Pero antes levantó Gabriel su vuelo
Al ver en el espacio el sol brillante,
Y lleno de tristeza y palpitante
Echóle encima su enlutado velo.

Tu augusto Padre en premio ¡oh gran Profeta!
Te dió el alto poder de que domines
Desde el hombre á los blancos serafines,
Desde la flor al pálido cometa.

Y puso en tu derecha el sol ardiente
Y en tu izquierda el lucero matutino,
El cielo azul bajo tu pié divino,
Y el Iris colocó sobre tu frente.

Cual relámpago vivo, así relumbra
Tu fé desde el Jordan hasta la China,
Del Africa al helado Berecina,
Y al mundo de Colon tambien alumbra.

Junto al Nilo dictó sus justas leyes
Tébas, ciudad de muros poderosos;
Mas cayeron sus muros y colosos,
Las tumbas y palacios de sus reyes.

En esa soledad, en esas ruinas
Pasó la vida el triste solitario,
Pensando en las congojas del Calvario
A la vista de arenas y de espinas.

O bien junto á la roca silenciosa,
O bien junto á la orilla del torrente
Bendice humilde al Dios Omnipotente,
Criador de la dorada mariposa.

De noche desde bárbara palmera,
Absorto en religiosos pensamientos,
Oye tranquilo rebramar los vientos,
La hiena audaz y la feroz pantera.

La jóven mártir viendo los laureles
Que le iba á dar sacrílego el romano,
Tentaba alegre con la blanca mano
Sus apretados y ásperos cordeles.

Contenta, oh Niño, por tu fé moria
Despedazada en garras de las fieras
A la pálida luz de las hogueras
Entre el polvo del circo y gritería.

De Alarico el bridon con freno de oro
Vuela hasta el Tíber á tu voz tremenda,
Y tu Angel lo conduce por la rienda
Hasta ponerlo en el soberbio foro.

Y la Roma pagana que algun día
Se empapó con la sangre de los fieles,
Pisada fué por bárbaros corceles
Que se empaparon con su sangre impía.

Mas la potente fé despues os doma,
Pueblos del aquilon, grandes naciones;
Mil veces vuestras férvidas legiones
La espada envainan á la voz de Roma.

Antes que en Siria nuestra fé sucumba,
Los cruzados dejando sus hogares
Pasan desiertos y rugientes mares,
Para besar del Salvador la tumba.

Tan bravos y cumplidos caballeros
Firmes batallan en distante clima,
En Gaza, en Tiberiades y en Solima,
Y mueren como intrépidos guerreros.

Las vírgenes del claustro solitario,
Puras como las flores de los ríos,
Desdeñan los diamantes y atavíos
Postradas entre el humo del santuario.

Y en medio de la corte voluptuosa
Huyen de los placeres delincuentes,
Y ofrecen al Señor las inocentes
Sus almas puras de color de rosa.

Admira ver al grave misionero
Buscar los continentes mas lejanos,
Cruzar llanuras, montes y pantanos
Despues de recorrer el ponto fiero.

En el silencio de la selva oscura,
O al terrible bramar de los torrentes,
Tranquilo enseña á las feroces gentes
La alta moral de la doctrina pura.

Y aquel feroz é indómito salvaje
Que la sangre bebió de su enemigo,
Despues al viajador sirve de abrigo
Y detesta la sangre y el pillaje.

El César Cárlos que triunfó en Pavía,
A cuya voz enmudeció la tierra,
Cetro y corona y palmas de la guerra
Puso á los piés del Hijo de María.

Bonaparte, el caudillo mas valiente,
Mayor coloso que los altos Andes,
El rey mas grande entre los reyes grandes,
Ante el Niño Adonai bajó la frente.

Sin oro, sin nobleza y sin renombre
El triste Pescador de Galilea,
Tu gloria ensalza en la infeliz Judea
Y en la Roma gentil. Hijo del hombre.

Delante de Neron fundó un imperio
Mas alto que el del alto Capitolio,
Y ocupan los pontífices el solio
Que Augusto César ocupó y Tiberio.

Acoge diligente el Vaticano
Artes y ciencias de la docta Grecia,
Constantinopla en vano las desprecia,
Tambien Mahometo las persigue en vano.

Y la eterna ciudad tiene el destino
De ser puerto seguro en la tormenta,
Y liberta á la Europa de la afrenta
De que se estinga el esplendor latino.

Así tu voz ¡oh Niño de Judea!
Cambia la faz del orgulloso mundo:
Reyes y pueblos con amor profundo
Vierten su llanto que á tus piés gotea.

Vences glorioso á la sagaz serpiente:
Su alta cabeza está bajo tus plantas,
Y la raza infeliz de Adam levantas
Y el trasudor enjugas de su frente.

Muy mas allá del centellante Arturo
Estás reinando en trono de diamantes,
Y en tu honor los arcángeles radiantes
Queman postrados el incienso puro.

SAN AGUSTIN.

SONETO.

El mar azul haciendo manso ruido,
Apenas se agitaba á medio dia,
Y la brisa templada que corria
Halagaba blandísima el oido.

Un niño en la ribera divertido
"Voy á vaciar el mar," simple decia,
Y con una conchita que tenia
Agua sacaba con pueril descuido.

¡Vano afan! le repuso con dulzura
Aurelio que se hallaba frente á frente;
¿Cómo agotar el mar, pobre criatura?

Y ¿cómo, contestó, podrá tu mente
Comprender del Señor la esencia oscura?
Y siguió desaguando el inocente.

LA PIEDAD DIVINA.

Imitacion del Italiano.

SONETO.

Yo el árbol soy que bajo hermoso cielo
Plantó, Señor, tu mano con ternura:
Lo regaste despues con agua pura,
Y lo libraste del calor y el hielo.

A pesar de amor tanto y tanto anhelo
Su corteza fué siempre seca y dura,
No se vistió su copa de verdura
Ni ha dado fruto en tan fecundo suelo.

Al verlo así, tu rostro centellea,
Y teniéndolo un rato en tierra fijo,
"Cortadlo, dices, y quemado sea."

Su pecho entonces descubriendo tu Hijo,
"Por esta sangre que de aquí gotea,
Aguarda un año," suplicante dijo.

HIMNO

PARA UNA ESCUELA DE NIÑOS POBRES.

En trono de diamante,
Allá sobre los cielos,
Tras de brillantes velos
Está un sublime Sér.

Se cubren con sus alas
Ante él los serafines,
Tambien los querubines
Que están bajo sus piés.

¿Y quién pensar podria
Que Dios desde esa altura
Mirara con ternura
A los hijos de Adan?

Nosotros somos polvo,
Mas Dios del polvo cuida;
Su polvo Dios no olvida
Ni olvidará jamas.

El tiñe adelfa y junco
De púrpura brillante,
Y vé con rostro amante
La yerbecilla vil.

Sustento de él reciben
Azules mariposas,
Crisálidas hermosas
E insectos mil y mil.

El mira bondadoso
A la inmensa ballena,
Y en la mojada arena
La concha y caracol.

Sustenta á los leopardos
Y al camello paciente,
Al cisne de la fuente
Y al solitario alcion.

Si Dios tiene cuidado
De flores y animales,
¿Qué hará con los mortales
Que sus delicias son?

Los ama con ternura,
Y mas al inocente;
Pero aun al delincuente
Le tiene compasion.

Dios cuida á los monarcas
Que llevan en las frentes
Coronas relucientes,
O glorioso laurel.

Cuida al triste leñero
Que suda en la montaña,
Y cuida en la cabaña
Al sembrador tambien.

Imite vuestro pecho
Tan paternal cariño,
Os lo suplica un niño,
Un niño hijo de Dios.

Volved, Señor, los ojos,
Pero ojos muy humanos,
A todos mis hermanos
Tan pobres como yo.

CONFIANZA EN DIOS.

SONETO.

Yo tengo un Padre allá en el alto cielo
Que á los hijos de Adam ve con ternura,
Y, si les da su copa de amargura,
Les da tambien su celestial consuelo.

Tengo un Hermano que en el triste suelo
Por el hombre vertió su sangre pura,
Y aquel Consolador que en gran ventura
Cambia las tibias lágrimas y el duelo.

Hoy que me hace llorar naturaleza,
Y me cerca de sombras y de horrores,
Me vuelvo á tu benévola grandeza.

Y si á tí no dirijo mis clamores,
¿A quién he de ocurrir en mi tristeza?
¿A quién he de ocurrir en mis dolores?

POESIAS DESCRIPTIVAS

LA LUNA.

¡Con qué tristeza sube de los mares
Esa luna magnífica y radiosa!
Baña las olas con sus luces bellas,
Esta peña, esta playa silenciosa,
Y mi triste semblante: las estrellas
A distancias enormes la acompañan
Semejantes á pálidas centellas.
Todo en este lugar convida y mueve
A suscitar recuerdos en el alma:
La soledad, la noche, el aire leve,
La silenciosa luna, el mar en calma,
Y aquella triste y solitaria palma.
¡Oh reina taciturna de la noche,
Consuelo del viajero y del amante!
Al ver mis ojos esa luz serena,
La mente se arrebata delirante,
Y recorre, afligida de su pena,
Vastos desiertos, montes y bajíos,
Mares inmensos, lagos solitarios,
Selvas calladas y soberbios ríos.
Tú viste la catástrofe tremenda
Del mundo primitivo, cuyos mares
Estruendosos, saliendo de sus lechos,
Sepultados dejaron grandes bosques

De palmas antiquísimas y helechos,
Y de árboles sin número, que el sabio
Absorto mira, enmudecido el labio.
Allá tambien en un olvido triste
Descansan hoy enormes mastodontes,
Lagartos y elefantes colosales,
Que arrebatados de las olas viste
Soterrados quedar confusamente
En medio de montones de animales.
Siglos despues estáticas te vieron
Heliópolis, Palmira y Ecbatana,
Y la famosa Tébas de cien puertas,
Ultimo esfuerzo de soberbia humana.
¡Cuántas veces bañó tu luz tranquila
Sus palacios y templos y colosos,
Sus altas torres y anchurosos muros,
Sus ciudadelas y profundos fosos!
Mas hoy qué diferentes aparecen
En medio de las vastas soledades
A tu luz celestial esas ciudades,
Que hechura de gigantes me parecen!
¿Dónde estuvieron sus ruidosas plazas?
¿En dónde están sus reyes y su gente,
Y tanta vanidad y tanta gloria?
Todo pasó cual rápida corriente,
Y apenas queda su fugaz memoria.
En las noches brillantes y serenas
La víbora se enreda en sus colunas,
O ciñe las estatuas eternales
Cuando te ve salir de las lagunas
O de los erizados espinales.
El insecto contempla tu belleza

Entre los cardos y verbena ruda
Que nace en la arruinada fortaleza,
Y el pájaro nocturno en su tristeza
Desde el roto obelisco te saluda.
Enterrados de Egipto en las arenas
Miras los templos de Memnon y Osiris,
Los enormes esfinges destrozados,
Los inmensos y tristes propileos,
Las tumbas de monarcas ignorados
A pesar de sus grandes mausoleos.
¡Miserables pirámides fastosas,
Menos soberbias que los vanos reyes,
Cuyo polvo empañó sus anchas losas!

Ese disco tristísimo que incierto
Entre las nubes lánguido se asoma,
Ayer iluminó con rayo muerto
El lago solitario de Sodoma.
Brilló tambien en el glorioso suelo
Donde el Atrida se acampó y Aquíles,
En donde estuvo la estruendosa Troya,
Ora morada de ganados viles.
Ni alumbras ya de esa ciudad, siquiera
Los escombros del muro y la trinchera.
Hoy con rayos tranquilos iluminas
Risueños campos, dulces soledades,
Lindos arroyos, fértiles colinas,
Nuevos pueblos y espléndidas ciudades:
Esta México rica y afamada,
Esa Paris gloriosa con su ciencia,
Y esa soberbia Lóndres tan hinchada
Con sus grandes escuadras y opulencia.

¡Magníficas ciudades que algun dia
El tiempo ha de asolar á tu presencia!
Sus pórticos, palacios, coliseos,
Gimnasios y academias orgullosas,
Sus grandes bibliotecas y museos,
Todo arruinado entre aguas cenagosas
Servirá de morada en que se oculten
Verdinegros lagartos y raposas:
Y las simples palomas con asombro
Hácia otro rumbo torcerán el vuelo
Al ver amontonado tanto escombro.

Allá en el fondo de ese mar que veo,
Brilló tambien tu luz encantadora,
Antes que el Ponto en grande bamboleo
Se volcara en la Atlántida potente.
¡Ay infeliz de su angustiada gente!
Quizás ¡oh patria! ha de llegar el dia
Que estallen estruendosos tus volcanes,
Y que agiten tu atmósfera sombría
Relámpagos, y truenos, y huracanes.
Verás ¡oh luna! que la ardiente lava
Arrasa entonces en su curso undoso
Los árboles, cosechas y ganados,
Las ciudades y pueblos abrasados,
Las cúpulas, los arcos y colunas,
Los sabios y el ejército valiente.
¡Ay infeliz de su angustiada gente!
¡Cuántas naciones á su vez pasando
Envueltas en las olas de la vida,
En su viaje fatal te iban mirando!
Tambien tú melancólica las viste

Incensar á sus sátrapas y reyes,
O bien hollando autoridad y leyes,
Correr á hundirse en el sepulcro triste.
A tu vista pasaban como nubes
Mil pueblos y monarcas opulentos:
Pasó Nemrod, Sesóstris y Darío,
Alejandro y los Césares violentos;
Y tú entretanto sin cesar rodando,
De los mares te alzabas bella y pura,
Y á los mares bajabas, relumbrando,
O ignorada, tristísima y oscura.
Tú seguirás en lánguida carrera
Circulando serena en el vacío,
Al paso que otros reyes y otras gentes,
A leyes invariables obedientes,
Irán cayendo sobre el polvo frío,
Como las hojas pálidas del bosque
Al rebramar el huracan sombrío.
Ilumina mi lúgubre semblante,
¡Oh luna! y ten piedad de mi flaqueza,
Si acaba así la espléndida grandeza,
¿Qué será de esta caña vacilante?

EL COMETA DE 1841.

BRILLAR te miro en el distante cielo
Con triste luz, ¡oh pálido cometa!
Tu cauda trasparente como un velo
Deja ver los luceros relumbrantes,
Muy mas allá del último planeta.

Cuando te acercas á la masa hirviente
Del sol inmenso, su calor activo
Penetra abrasador tu vasta mole
Y quedas convertido en fuego vivo.
Sigues rodando, y tus flotantes llamas
Resuenan espantosas en su giro,
Y lo que tocas al pasar inflamas
En la bóveda inmensa de zafiro.

¿De dónde vienes, astro de terrores?
¿Y adónde vas? El alma delirante
Corre y vuela sin fin en el espacio,
Y cuando imbécil alcanzarte espera,
Párase fatigada y anhelante
Sin poderte seguir en tu carrera.

Pero ¿cómo el espíritu podria
Volar como el arcángel que te lleva?
¿Habrá mortal tan necio que se atreva
A darte alcance en la region vacía?

Al traves de mil zonas vas volando,
Más veloz que el relámpago en las nubes,
Y ora bajas á incógnitas regiones,
Ora soberbio y esplendente subes
Mas allá del anillo de Saturno
Y cerca de los piés de los querubes.

En el desierto del profundo cielo
Sin ser visto del hombre, vas perdido
A infinita distancia de la tierra
E infinita del sol, y convertido
En triste masa de infecundo hielo;
Hasta que raudamente arrebatado
Por la inmensa atraccion del sol inmenso,
Desciendes otra vez precipitado
Al traves de las órbitas grandiosas
Que describen errantes los planetas.
Entonces torna tu esplendor glorioso,
Y tu calor, y cauda y cabellera,
Y magnífico sigues tu carrera
Junto á Marte y á Júpiter hermoso.

Pero si por la ley de los destinos
En el disco solar te precipitas,
¡Adios de orgullo y de brillante gloria!
Fundido en los inmensos torbellinos
De las llamas del sol, allí ignorado
Queda tu nombre y tu fugaz historia.

Mas si en tu giro, lo que Dios no quiera,
Tu gran mole y la tierra se encontraran,
A golpe tan tremendo hechos pedazos
Entrambos globos con horror volaran.
El vasto mar, al choque repentino

Sobre los continentes se echaria,
Y en tan funesto y congojoso dia,
Las aguas en ruidoso remolino
Agitadas cubrieran la alta cima
Del inconmensurable Chimborazo,
E inundaran las cumbres de Himalaya,
Y bramaran las olas por encima.
Cambiando su eje la pesada tierra
Y cambiadas las zonas eternales,
Se disolvieran las enormes nieves
De entrambos polos; hielos colosales
Cubririan las playas mexicanas,
Y de Siria los vastos arenales.

¿En dónde está el varon sereno y fuerte,
Que en conflicto tan rudo y estruendoso
Pudiera ver tranquilo y en reposo
Catástrofe tan vasta? Ni la muerte
Fuera tan formidable en este dia,
Como ver acercarse con violencia
Y estrellarse despues mole tan grande
Contra la inmensa tierra. ¿Quién podria,
En medio de congoja tan profunda,
Impertérrito ver las convulsiones
De la naturaleza moribunda?

Pálidos todos de mortal espanto,
Temblando y erizados los cabellos,
Despavoridos y en el rostro el llanto,
Apenas ¡ay! pudieran en la fuga
Buscar la salvacion. ¡Empresa vana!
Que al solo golpe en ruinas quedaria
Envuelto el mundo con la raza humana.

MÉXICO.

Esplendido es tu cielo, patria mia,
De un purísimo azul, como el zafiro:
Allá tu ardiente sol hace su giro,
Y el blanco globo de la luna fria.

¡Qué grato es ver en la celeste altura
De noche las estrellas á millares,
Canopo brillantísimo y Antares,
El magnífico Orion y Cinosura,

La Osa mayor, y Arturo relumbrante,
El apacible Júpiter y Tauro,
La bella Cruz del Sur, y allí Centauro,
Y tú el primero, ¡oh Sirio centellante!

¡Qué soberbios y grandes son tus montes!
¡Cómo se elevan hasta el alto cielo!
¡Cuán fértil, cuán espléndido es tu suelo!
¡Qué magníficos son tus horizontes!

Tus inmensas cadenas de montañas
Hendidas por hondísimos barrancos,
Coronadas están de hielos blancos,
Y en la falda dan humo las cabañas.

Mil espantosos cráteres se miran
En la cima de montes y collados,
Unos quedaron quietos y apagados,
Otros sus llamas con furor respiran.

Terrible es ver desde una escelsa cumbre
Allá abajo las negras tempestades,
Y brillar en las vastas soledades
De grandiosos relámpagos la lumbre.

El Popocatepetl y el Orizaba
El suelo oprimen con su mole inmensa,
Y están envueltas entre nube densa
Sus cúspides de hielos y de lava.

Allí los ciervos de ramosas frentes
El bosque cruzan á ligeros saltos,
Y entre los pinos y peñascos altos
Se derrumban las aguas á torrentes.

Tus volcanes de inmensa pesadumbre
Asombran con sus peñas corpulentas;
Braman entre sus bosques las tormentas
Y un cráter es su procelosa cumbre.

Globos de fuego arrojan de sus bocas,
Columnas de humo, y grandes llamaradas,
Ardiente azufre, arenas inflamadas,
Negro betun y calcinadas rocas.

Entonces se conmueve el fundamento
De los montes azules, y en contorno
A cien leguas se estiende de aquel horno
El rudo y formidable movimiento.

El magnífico Dios de las naciones
Al repartir al mundo su tesoro
"Tenga México, dijo, plata y oro,"
Y en tí vertió sus opulentos dones.

De tristes cerros la nubosa cima
Y en sus abismos la fecunda tierra
Ricos metales sin medida encierra,
Que el hombre vil mas que el honor estima.

La Africa rica á quien el sol abruma,
La Europa y Asia henchidas de grandezas,
No tienen las espléndidas riquezas
Que la patria que fué de Moctezuma.

A México el Criador en sus bondades
Le ha dado un aire diáfano y sereno,
Aguas hermosas, fértil el terreno,
Verdes campiñas, ínclitas ciudades.

Mas ¡ay! que las ciudades que algun dia
Fueron su escudo y su brillante gloria,
Solo nos han dejado su memoria
En sus escombros y ceniza fria.

¡Qué grato es ver los altos cocoteros
Ceder al peso de sus frutos ricos,
Y flotar sus flexibles abanicos,
Al soplo de los céfiros ligeros!

Hermoso es ver en la estacion florida
Altos naranjos exhalando aromas;
Allí descansan tímidas palomas,
Y la sencilla tórtola se anida.

Crecen los espinosos limonares
Bajo los tamarindos bullidores,
Y en torno brotan delicadas flores,
Y en torno silban anchos platanares.

Allá en Oajaca embelesado admiro
En la campiña fértil y lozana,
Verdes nopales de esplendente grana,
Hermosa cual la púrpura de Tiro.

En las selvas revuelan los zorzales,
Merlas, tucanes de plumajes gayos,
Encarnados y verdes papagayos,
Tordos azules, rojos cardenales.

Colíbris mil de bullicioso vuelo
De azules plumas, verdes y doradas,
Del viajero arrebatan las miradas,
Como el arco magnífico del cielo.

En México plantó naturaleza
Bosques inmensos de árboles salvajes
Bajo cuyos densísimos follajes
Se propaga intrincada la maleza.

Allí el tigre feroz de ojos altivos
Embiste al toro montaraz y al ciervo,
Y la sangre les bebe aquel protervo,
Les bebe á caños aun estando vivos.

Allí la boa gigantesca oprime
En sus inmensos círculos el tronco
Del ancho cedro, y su silbido bronco
Se oye á lo lejos con terror sublime.

Y esa serpiente en su furor provoca
Al mismo tigre que al desierto espanta,
Y lo liga y lo estrecha y lo quebranta,
Y le hace echar la sangre por la boca.

Así en el mundo en merecido pago,
El orgulloso al orgulloso doma:
Así en un tiempo la altanera Roma
Quebrantó la soberbia de Cartago.

En el desierto grave y silencioso
Entre sus melancólicas palmeras
Se deslizan las víboras ligeras,
O estánse quietas en falaz reposo.

Terrible es ver aquel su atrevimiento,
Aquellos ojos como fuego puro,
Aquel mirar tan fijo y tan seguro,
Que infunden el terror y el desaliento.

Terribles son sus agitados cuellos,
Y aquella lengua rápida y vibrante,
Y aquel cuerpo tan ágil y undulante,
Y aquel silbar que eriza los cabellos.

Allí revuelan los halcones vagos,
Y las gloriosas águilas se lanzan,
Y en su raudo volar la nube alcanzan,
O leves tocan los risueños lagos.

Juega aquí la zarceta, y entretanto
El ánsar con estrépito se baña,
Mientras el tordo en la flexible caña
Entona triste su sencillo canto.

Mil pájaros acuáticos azotan
Con sus alas la espléndida laguna,
Y á la luz apacible de la luna
Nadan tranquilos, ó en el agua flotan.

La triste garza estólida se pára
Junto á la blanca flor de la ninfea,
Y posada en un pié no se menea,
Cual si fuera de mármol de Carrara.

Los soberbios nenúfares ofrecen
Flores de oro y azul, bellas y ricas:
Las espadañas con sus verdes picas
Al fresco viento lánguidas se mecen.

En las selvas, abrigo de las fieras,
Con las lluvias de férvidos estíos,
Se ven crecer los bramadores ríos
Que anegan y fecundan sus riberas.

Undoso corre el bárbaro Mescala,
El selvoso del Norte, el Alvarado,
El soberbio de Lerma tan nombrado,
Que las olas enturbia de Chapala.

Arranca el agua en su veloz corriente
Palmas y sauces, álamos y pinos,
Y envueltos en ruidosos remolinos
Lanza sus troncos en la mar hirviente.

Así la vida pásase, y ligera
En su curso á los hombres arrebata:
Van encantados con la orilla grata
Y entran por fin al mar que los espera.

En las grandes sabánas á millares
Vuelan libres sus bárbaros caballos,
O quietos se apacientan con los tallos
De blandas yerbas, sin temor de azares.

Al oir del salvaje el alarido,
Al retumbar el trueno en los desiertos,
Aquellos brutos ágiles é inciertos
Corren haciendo un espantoso ruido.

Suelta la crin al viento vagaroso
Noble la frente, y levantado el cuello,
Grande su pecho, ardiente su resuello,
Saltan la rambla, el valladar y el foso.

Mas ya escucho bramar tus huracanes
Que cabañas sin cuento echan abajo,
Y que arrancan los árboles de cuajo,
Como si fueran tiernos arrayanes.

Nubes de polvo y de menuda arena
Girando se levantan hasta el cielo,
Y á lo lejos se estiende oscuro velo,
Y el ancho bosque con el viento suena.

Se alzan las olas, y los mares rugen,
Y en las playas se azotan formidables;
Mientras los gruesos y tirantes cables
De los navíos con espanto crugen.

Pero cansada de volar mi mente,
Cedo al peso de tanta maravilla,
Y aquí en el polvo sin vigor se humilla,
Y se anonada de rubor mi frente.

Más fácil fuera de tus bosques grandes
Contar las hojas que arrebata el viento,
Enfrenar de la mar el movimiento,
O levantar la masa de los Andes;

Que pintar tus arroyos y tus flores,
Tus verdes campos y apacibles grutas,
Y tus perfumes y sabrosas frutas,
Y tus aves de espléndidos colores;

Y tus colinas y praderas gratas,
Tus soledades, lagos y bajíos,
Tus grandes montes y soberbios ríos,
Tus abismos é hirvientes cataratas.

Mas ¡ay! que á tal grandeza y tanta gloria
Se mezcla involuntario el desconsuelo
De que nos sobreviva acá en el suelo
Un vil ciprés, indigno de memoria.

Es mi voto postrero, patria mia,
Pedirle al cielo qué dichosa seas;
Pedirle al cielo que otra vez te veas
Como en un tiempo cuando Dios queria.

El te devuelva tu riqueza y galas,
Y te enjugue tus lágrimas hermosas,
Y te corone de laurel y rosas,
Y te cubra benigno con sus alas.

Trigo abundoso brote en tus llanuras,
Broten las yerbas en tus verdes prados,
El llano y monte cubran los ganados,
Y al márgen pasten de las aguas puras.

A tu seno retorne la alegría,
Se unan tus hijos con amante lazo,
Suelte las armas tu cansado brazo,
Como en un tiempo cuando Dios queria.

De la prosperidad, en fin, la copa
Benigno el cielo sobre tí derrame,
Mientras el mar enfurecido brame
Entre tus playas y la altiva Europa.

MÉXICO EN 1847

¡Quien me diera las alas de paloma
Para cruzar los montes y los ríos,
Los mares nebulosos y bravíos,
Y llegar hasta el lago de Sodoma!

Quiero sentarme al pié de una coluna
De la famosa y trágica Palmira,
Y allí entre escombros que el viajero admira
Quiero llorar al rayo de la luna.

Quiero pisar las playas del Mar Rojo
Y la arena del bárbaro desierto,
Y andar vagando con destino incierto,
Y allá ocultar mi llanto y mi sonrojo.

Yo ví en las manos de la patria mía
Verdes laureles, palmas triunfadoras,
Y brillante con glorias seductoras
Yo la ví rebosar en alegría.

Yo ví á las grandes é ínclitas naciones
En un tiempo feliz llamarla amiga;
Y ella, depuesta el asta y la loriga,
A la sombra dormir de sus pendones.

Mas la discordia incendia con su tea
Desde el palacio hasta la humilde choza;
Bárbara guerra todo lo destroza,
Todo se abrasa y en contorno humea.

Armados con sacrílegas espadas
Sin piedad se degüellan los hermanos,
Y alzan al cielo pálidas las manos,
Manos en sangre fraternal bañadas.

¿Cuál es el campo que la guerra impía
Una vez y otra vez no ha ensangrentado?
¿Y cuál de las montañas no ha temblado
Al trueno de pesada artillería?

¿Qué ciudades, qué pueblos ó desiertos
No han visto los mas bárbaros estragos?
¿Dónde están los arroyos y los lagos
Que no tiñó la sangre de los muertos?

En medio á tanto mal, el incensario
Llenó de humo los templos ofendidos;
Y cánticos, y lloros, y gemidos
Sonaron en el lúgubre Santuario.

En vano todo: el indignado cielo
A México en su angustia desampara,
Y el terrible Jehová vuelve la cara
A los pueblos sencillos de otro suelo.

En tanto se levanta pavorosa
Allá en el Aquilon negra tormenta,
Y en la abatida México revienta,
Y rayos mil y mil lanza estruendosa.

Yo ví del Norte carros polvorosos
Y ví grandes caballos y cañones,
Y ví los formidables batallones
Tomar trincheras y saltar los fosos.

En las calles de México desiertas
Ví correr los soldados extranjeros,
Vi relumbrar sus fúlgidos aceros,
Y ví las gentes pálidas y yertas.

Y ví tambien verter la sangre roja,
Y oí silbar las balas y granadas,
Y ví temblar las gentes humilladas,
Y ví tambien su llanto y su congoja.

Llorad, hijas de México, dolientes
En las tristes orillas de los ríos,
Y bajo de los árboles sombríos
Al estruendo gemid de los torrentes.

Todo en la vida á llanto nos provoca;
Gemid, pues, en los campos y ciudades,
Cual gime en las profundas soledades
El ave solitaria de la roca.

Quitad del cuello el oro y los diamantes
Y de luto tristísimo vestíos;
¿Por qué ostentar ni galas ni atavíos
En tiempos congojosos y humillantes?

Es hora de llorar, huya la risa
De vuestros labios rojos é inocentes;
Estampad en el polvo vuestras frentes,
En ese polvo que el Normando pisa.

Yo tambien lloraré tantos pesares,
Y al enojado cielo haré plegarias,
En medio de las noches solitarias
En las remotas playas de los mares.

Esas mismas naciones que algun dia
Con rosas coronaron tu cabeza,
Hoy te burlan ¡oh patria! con vileza,
Y todas te escarnecen á porfia.

"¿Cómo es, dicen soberbias, que humillada
Sin trono está la reina de Occidente?
¿Quién la diadema le arrancó á su frente?
¿En dónde está su formidable espada?

"Sus hijos sin pudor y afeminados
Se espantan del cañon al estallido,
Y de las balas al fugaz silbido
Huyen sus capitanes y soldados.

"¿En dónde está su orgullo y su ardimiento?
¿Sus laureles en dónde y sus hazañas?
Son como viles y quebradas cañas
Que abate el soplo de un ligero viento."

Otros burlan tambien nuestros errores,
Abran su historia y cállense sus labios:
No volvamos agravios por agravios:
Que nos dejen llorar nuestros dolores.

Feliz ¡ay! muy feliz el mexicano
Que al golpe de mortífera metralla
Ha espirado en el campo de batalla,
Antes de ver el ceño del tirano.

Mejor me fuera en tierras muy remotas
Vivir entre escorpiones y serpientes,
Que mirar humilladas nuestras frentes
A fuerza de reveses y derrotas.

Mas, pise yo la patagonia playa,
O ya escuche del Niágara el estruendo,
Ya los helados Alpes esté viendo
O contemple el magnífico Himalaya:

Allá en la soledad ¡oh patria mia!
Siempre estarás presente en mi memoria.
¿Cómo olvidar tu congojosa historia?
¿Cómo olvidar tu llanto y agonía?

Antes del sauce nacerá la rosa,
Y crecerán las palmas en los mares,
Que me llegue á olvidar de mis hogares,
Que te pueda olvidar, México hermosa.

¡Roma, patria de Curios y Catones!
Compadezco tu suerte lamentable:
Leyes te dieron con sangriento sable
Del Norte los terribles batallones.

Los viles é insolentes pretorianos
Desgarraron tus leyes con la espada,
La toga veneranda fué pisada
Mil veces por brutales veteranos.

¡Patria infeliz! sin Curios ni Catones,
Ha sido tu destino lamentable:
Leyes te dieron con sangriento sable
Del Norte los terribles batallones.

Tú tambien has sufrido mil tiranos
Que pisaron las leyes y la toga,
Y que apretaron con sangrienta soga
Tu cuello tierno y tus cansadas manos.

Mas baste ya. Quiero alas de paloma
Para cruzar los montes y los ríos,
Los mares nebulosos y bravíos,
Y llegar hasta el lago de Sodoma.

Quiero pisar las playas del Mar Rojo
Y la arena del bárbaro desierto,
Y andar vagando con destino incierto,
Y allá ocultar mi llanto y mi sonrojo.

EL POPOCATEPETL

ODA

Cuando á subir algun mortal se atreve
A la cumbre nevada y solitaria
Del Popocatepetl, el alma apenas
Basta á gozar sublimidad tan vária.
Se huellan faldas plácidas y amenas,
Se entra en sus bosques tristes y sombrosos,
Todos formados de silvestres pinos,
De abetos resinosos y de encinos.
En tan callada soledad los ojos
Ven arboledas y peñascos duros,
Heno blanquizco y ásperos abrojos.
Y óyese en tanto, con terror secreto,
De secas hojas uniforme ruido
Cuando en el suelo tristemente caen,
Y de los troncos áspero crugido.

En los confines de esta inmensa faja
Tan selvosa y magnífica, se mira
Solo la zarza y amarillo musgo,

Y algun pájaro triste, que en la calma
Entona solitario, ó bien suspira,
Lánguido canto que entristece al alma.

¿Cómo bárbaro el pié puede adelante
Atrevido pasar? ¿cómo no tiembla
Al tocar de los hielos solitarios
Las masas eternales de diamante?
Allí en la soledad mas espantosa
Intrépido el viajero se adelanta
Sin hallar en su marcha perezosa
Ni una ave, ni un insecto, ni una planta.
Míranse allí peñascos destrozados
Llenos de ampollas, negros y fundidos,
Y montones de arena y de ceniza.
Embargados en tanto los sentidos
Entre ruinas tan vastas y tremendas,
Se ocupa el alma en pensamientos graves,
Y el pié vacila en pavorosas sendas.
En el desierto horrible de la Arabia
No reina tal silencio, pues que apenas
Lo interrumpen los pasos del viajero
Y algun retumbo que, de cuando en cuando,
Suena á lo lejos, como el Ponto fiero.
Entre pavor y admiracion sublime
Se llega sin saberlo á las orillas
De un abismo espantoso.... él es, el cráter:
Aquí tiemblan las débiles rodillas,
Se erizan los cabellos, y el osado
A su pesar exangüe retrocede,
O en vértigo mortal queda postrado.
Mas ya pasada la impresion primera

Apenas bastan los absortos ojos
A contemplar escena tan grandiosa.
¡Qué abismo tan inmenso! ¡qué espantosa
Profundidad preséntase á la vista!
Leve el humo de azufre se levanta
Del insondable cráter, cuyo seno
Retumba á ratos con el hondo trueno,
Y tiembla la montaña majestosa,
Con árboles y hielos y peñascos.

Si hoy los sentidos de terror se pasman
¿Qué habrá sido en un tiempo, cuando airado
Hirió el Señor al orgulloso monte,
Y en fuego inmenso lo dejó abrasado?
Entonces fué cuando el volcan hirviendo,
Se conmovieron sus eternas basas,
Bramó su seno en formidable estruendo,
Volaron los peñascos por el aire,
Y arenas y betun y azufre y brasas,
Y temblando las costas de ambos mares,
De ambos mares las aguas se agitaron.
Desde la inmensa boca de aquel horno
Se lanzaron hirviendo los torrentes
De lavas derretidas y candentes,
Que todo lo arrasaron en contorno.
En tan tremenda y congojosa noche
Que la ruina del mundo presagiaba,
Temblaron los vasallos y los reyes
Sobre una tierra que tambien temblaba.

Al fin el tiempo y las copiosas lluvias
Casi llegaron á apagar su lumbre,
Y hoy desde su alta y prodigiosa cumbre

Ven los ojos pasmados y perplejos,
Dentro de los lejanos horizontes,
Grandes llanuras, azulados montes,
Lagos, caminos, pueblos á lo lejos.
Detras de los celajes de occidente,
Teñidos de oro y púrpura lumbrosa,
Cual gigante se ve precipitarse
Del sol inmenso el disco reluciente
Mas allá de los cerros, y gloriosa
Levantarse la luna en el oriente.

Salve, inmenso coloso, coronado
De grandes nubes y de enormes hielos:
Por delante de tí ¡cómo han pasado
Siglos y siglos mas, en cuyo polvo
Iban envueltos pueblos y monarcas
Sin poderse parar en su carrera
Un solo instante, alguna vez siquiera!
En tanto, inmóbil en tu enorme basa,
Los dejabas pasar firme y sereno;
Hoy pasamos nosotros, y adelante
Pasarán otros pueblos, que en el seno
Se hundirán del sepulcro devorante,
Y tú te quedarás quieto y seguro
Como ese sol magnífico y brillante.
Si no es que el brazo del Señor tremendo
Lance un cometa aterrador y triste,
Que á tí volando desde el hondo espacio,
Choque en tu masa con horrible estruendo,
Y te arranque de un golpe de tu tierra,
Y te arroje en el mar, donde ignorado,
Quedarás para siempre sepultado.

AL RIO DE COSAMALOAPAN

(Hoy ocupa parte de la poblacion, y casa donde nació
el Señor Don Manuel Carpio)

SONETO

ARREBATADO y caudaloso rio
Que riegas de mi pueblo las praderas,
¡Quién pudiera llorar en tus riberas
De la redonda luna al rayo frio!

De noche en mi agitado desvarío
Me parece estar viendo tus palmeras,
Tus naranjos en flor y enredaderas,
Y tus lirios cubiertos de rocío.

¡Quién le diera tan solo una mirada
A la dulce y modesta casa mia,
Donde nací, como ave en la enramada!

Pero tus olas ruedan en el dia
Sobre las ruinas ¡ay! de esa morada,
Donde feliz en mi niñez vivia.

Á LA CATARATA DEL NIÁGARA

SONETO

El ancho río avánzase rugiente
Entre selvas que cubren la llanura;
Vastas regiones llenas de frescura
Va regando su espléndida corriente.

Pero sus grandes aguas de repente
Se precipitan de una inmensa altura,
Y se quebrantan en la roca dura,
Y se transforman en espuma hirviente.

Al estruendoso golpe, espesa nube
Allá se agita en el profundo seno,
Y vagarosa del abismo sube.

Tiembla y retiembla el bárbaro terreno,
Y ante Dios arrodíllase el querube,
Cuando oye cerca el incansable trueno.

EL CHÓLERA-MORBO

SONETO

El Angel de la muerte, en negro dia,
Del Gánges turbio en la ribera impura,
El vuelo alzó, llevando en la cintura
Terrible espada, que al volar crugia.

Desenvainó el acero y lo blandia,
Y desolaba la cabaña oscura,
Llenaba á los monarcas de amargura,
Y el triste Oriente atónito gemia.

El Angel, agitado su semblante,
El Asia cruza, y vuela al Occidente,
Corre la Europa, y pásase adelante;

Asuela el africano continente,
La América recorre centellante,
Y como rayo, vuélvese al Oriente.

EL TIBER

SONETO

TIBER sagrado, memorable río,
Testigo fiel de la romana gloria,
Tu márgen contempló la ilustre historia
De altas virtudes y de heróico brío.

Mas Roma con su inmenso poderío,
Con tanta y tan magnífica victoria,
Vió marchita su espléndida memoria
Cual flor del campo que secó el estío.

Dictadores y Césares tiranos
Han teñido tus aguas y verjeles
Con la sangre de inermes ciudadanos.

Te enturbiaron del Norte los corceles,
Hollaron con desden á tus romanos
Y pisaron sus ínclitos laureles.

Á LA ANTIGUA ROMA

Ciudad de los héroes, ilustre en combates,
Terrible á los pueblos, terrible á los reyes,
Con armas gloriosas, con ínclitas leyes
Domaste naciones del Rhin al Eufrates.

Al Africa altiva cadenas le diste,
Cartago entre ruinas atónita humea:
Ni el Ebro, ni el Nilo, tampoco Idumea,
Tampoco la Grecia, tu yugo resiste.

De escuadras latinas las húmedas lonas
Llevaron tus armas á tierras distantes;
Mil cetros quebraron allá tus infantes,
Allá tus caballos pisaron coronas.

Cargada de tantos gloriosos laureles,
De inmensos despojos del mundo sujeto,
Sirviéronte reyes con grande respeto,
Sirviéronte pueblos sumisos y fieles.

Las perlas de Oriente, su seda y diamantes,
El oro del Asia, la púrpura Tiria,
Los blandos perfumes y alfombras de Asiria
Son premio á tus bravas legiones triunfantes.

Mas ¡ay! que entre tanto se empañan tus glorias,
Al lujo te entregas y á dulces placeres:
Domínante esclavos y viles mujeres,
Y ¡adios de trofeos y adios de victorias!

Las damas romanas, la flor del imperio,
Se gozan alegres y bailan y ríen:
Al verse señoras del mundo, se engríen,
Y todo es molicie, festin y adulterio,

Y juegos circenses, tambien bacanales,
Y trajes soberbios y perlas y flores,
Y luchas sangrientas de mil gladiadores
Que vierten sin odio la sangre á raudales.

Con bellas estatuas Corinto y Atenas
Poblaron tus calles y baños y foros;
Y cien obeliscos que valen tesoros
Alzaste en tus plazas ornadas de almenas.

Alcázares vastos se elevan al cielo,
Columnas soberbias de pórfidos raros,
Y pórticos grandes de mármol de Paros;
Jardines floridos adornan el suelo.

Alzaste palacios de duro granito,
Magníficas termas y tumbas reales,
Mil templos de dioses, mil arcos triunfales
Y el gran Coliseo, delicia de Tito.

Mas ¡ay! ¿qué ha quedado de tanta grandeza?
Escombros inmensos, paredes ruinosas,
Y allá entre las grietas de espléndidas losas
Hoy crece empolvada la estéril maleza.

Neron orgulloso, tu *casa dorada*
Que llanto y tesoros costárale al mundo,
Preséntase yerma: silencio profundo
Ocupa los sitios do estuvo labrada.

Allí do brillaban sus ricos salones
Se arrastra en el polvo culebra traidora,
Y allí entre las ramas de yerba inodora
Tranquilos anidan los pardos halcones.

El foro romano do en tiempo glorioso
Tronaban las voces de Tulios y Gracos,
En donde los cetros tornábanse opacos
Delante del brillo del cónsul fastoso:

El foro romano do á grandes y reyes
Miraba humillados el pueblo latino,
Cambió con los años su ilustre destino,
Y es hoy una plaza mercado de bueyes.

¡Feliz Capitolio de inmenso renombre!
Cayeron tus templos de hermosa grandeza,
Perdiste palacios, jardines, riqueza,
Perdístelo todo, quitáronte el nombre.

Mejor te estuviera, ciudad delincuente,
Despues de la rota sangrienta de Canas,
Que, allí sepultadas las armas romanas,
Sujeta á Cartago quedara tu gente.

Tus Césares, Roma, te oprimen tiranos,
La púrpura manchan, deshonran el solio,
Deshonran infames el gran Capitolio,
Y tiemblan y lloran tus viles romanos.

Cubriéronse un tiempo y en luchas gloriosas
Con polvo sangriento tus ínclitas huestes;
Mas hoy en el Circo se cubren sus vestes
Con polvo empapado de esencia de rosas.

Feroz Domiciano desprecia y mancilla
Al cónsul ilustre y al grave senado:
Al rico, al valiente y á todo el Estado:
Delante del César el mundo se humilla.

El déspota tiene las cárceles llenas
De mil ciudadanos, de nobles patricios,
Que son arrastrados á horrendos suplicios
Y corre su sangre, rasgadas las venas.

A ver los tormentos asiste el tirano:
Los ayes y gritos el bárbaro cuenta,
Y agrávase en tanto la pena sangrienta
Al ver y ser visto de aquel Domiciano.

Mil veces en la ancha sacrílega arena
Discordes bramaron las bestias feroces;
Entonces los fieles, alzando sus voces,
Con llanto mojaban su dura cadena.

Embisten los tigres al dócil cristiano,
De sangre inocente se sacian las fieras;
Y entonces la risa de viles rameras,
Y entonces la grita del pueblo romano.

El cielo indignado de crímenes tantos,
De tantas locuras, de tantos horrores,
Te pone en las manos de indignos señores,
¡Oh Roma! y te empapa de sangre y de llantos.

Los pueblos del Norte cual águilas vuelan,
Al sur de la Europa se lanzan veloces;
Incendian y roban y matan atroces,
Y todo lo inundan, y todo lo asuelan.

En torno á tus muros sus armas ostenta
Odoacro terrible buscando laureles:
Sus grandes soldados, sus grandes corceles
Bebieron del Tíber el agua sangrienta.

Hundióse el imperio con ruido tremendo
Que oyeron el Nilo y el Ganges remoto:
El trono Cesáreo desplómase roto,
Y callan las gentes al súbito estruendo.

Los manes de Sila, de César y Octavio
Al ver el suceso mas grave y temido,
"Fué Roma" gritaron con triste gemido,
Y luego enmudece por siempre su labio.

UN SUEÑO

SONETO

Soñé en la calma de la noche oscura
Que navegaba con mi hermano amante
En aquel río inmenso y resonante
Que dá á Cosamaloapan su hermosura.

"Mira el pueblo, me dijo con presura,
En que naciste;" y viéndolo delante,
Sentí descomponerse mi semblante
Y palpitó mi pecho de ternura.

Siguió la barca, y una casa vimos;
Mi hermano entonces con acento blando
Me dijo: "esa es la casa en que nacimos."

Al mirar un lugar tan venerando,
De las manos á un tiempo nos cogimos,
Dí un gran gemido y disperté llorando.

EL ÁRABE EN EL DESIERTO

SONETO

MARCHA el Beduino en el desierto ardiente
Entre arenales y peñascos pardos,
Abrasado del sol, con pasos tardos,
Secos los labios y húmeda la frente.

Volviendo acá y allá la faz doliente
Acá y allá ve huellas de leopardos,
Y á grandes trechos los punzantes cardos
En vez de un terebinto ó de una fuente.

En vano busca en tales ansiedades
Un sendero, una nube, alguna calma
En medio de tan vastas soledades.

Inconsolable y abatida el alma,
No se acuerda del oro y las beldades,
Solo piensa en la sombra de una palma.

PALMIRA

SONETO

En medio de arenales solitarios
Yace callada la infeliz Palmira,
Y grave y silencioso el sabio mira
Las ruinas de palacios y santuarios.

El humo de los lentos incensarios
Bajo los altos arcos ya no gira,
Y triste el viento lánguido suspira
En los grandes escombros funerarios.

Huellan las cabras á los rotos lares
Y las tumbas de príncipes valientes
Y los restos de pórticos y altares;

Y encima de los dioses impotentes
Los árabes asientan sus aduares,
Y no lo saben esas pobres gentes.

ESPAÑA

SONETO

En un aciago y congojoso dia,
De Francia los soberbios veteranos
Inundaron los campos castellanos,
Como las olas de una mar sombría.

Los Iberos, gloriosos todavía
Con sus triunfos de moros y romanos,
La espàda empuñan con robustas manos,
Matan y mueren como allá en Pavía.

Del Estrecho á los rudos Pirineos
Todo es sangre, todo humo y alarido,
Y retiemblan los tronos europeos.

Huye el galo por fin, y enfurecido
El bravo Soult, sin palmas ni trofeos,
Desde el alto Pirene dá un gemido.

LA LLORONA

SONETO

Pálido de terror contar oía
Cuando era niño yo, niño inocente,
Que dió la muerte un hombre delincuente
En mi pueblo á su esposa Rosalía.

Y desde entonces en la noche umbría
Oye temblando la asustada gente
Tristes quegidos de mujer doliente,
Quegidos como daba en su agonía.

Por algun rato en su lamento cesa,
Mas luego se desata en largo llanto,
Y sola por las calles atraviesa.

A todos llena de mortal espanto,
Y junto al río en la tiniebla espesa
Se va llorando, envuelta con su manto.

LAS AVES VIAJERAS

SONETO

Grato es ver las amables golondrinas
Trasportadas por Dios sobre los mares,
Venir á nuestros rústicos hogares,
Y anidar en los techos y en las ruinas.

Dios lleva las acuáticas gallinas
A las claras lagunas á millares,
Y las pardas palomas de collares
Que gimen tristemente en las encinas.

Y lleva sobre lagos y montañas
Los tordos en su céfiro sereno,
A vivir y cantar entre las cañas.

Cede á las aves campo y bosque ameno,
Las torna de las tierras mas estrañas,
Y las mantiene, como que es tan bueno.

LAS AGUAS

SONETO

Manso el arroyo corre trasparente
En medio de sus fértiles riberas,
Y en su agua las palomas placenteras
Se bañan con la tórtola inocente.

Entre riscos derrúmbase el torrente
Bajando de las altas cordilleras,
Y en su orilla magníficas palmeras
Se mecen al bramar de la corriente.

Cuando los huracanes se alborotan,
Los mares verdinegros y bravíos
Las corvas playas con furor azotan:

Los abismos descúbrense sombríos
Y espumas blancas de las olas brotan.
¡Grande es el Dios del mar y de los ríos!

A ROMA

TRADUCCION.

Amplio manto cubre el mundo,
No se oye voz en el suelo,
A la luna cubre un velo,
Inmóbil el viento está:
De la cruz duerme á la sombra
La vastísima ciudad.

Esa cruz es el gran pomo
De aquella sangrienta espada
Que el aire surcó inflamada
Cual relámpago fugaz.
Mas hoy la espada enmohecida
Bajo de la tierra está.

Aun hay memorias de Roma
Y de su antigua grandeza;
Todos bajan la cabeza,
Y como antes hoy la ven:
Mas la pena está en el rostro,
Y en el alma está el desden.

Salve ¡oh Roma! de portentos
Sepultura venerable,
Los Bárbaros con el sable
Opacaron tu esplendor;
Mas te queda tu desgracia,
Mas te queda tu dolor.

En estas horas de duelo
Todo pecho entristecido,
Lejos de echarte en olvido,
Compadece tu penar.
Paz desea á tus cenizas
Con un blando suspirar.

Ya las sombras de tus héroes
No vuelven á su morada;
Apoyadas en su espada
Ora meditando están;
Ni las losas de sus tumbas
Se atreven á levantar.

Mas la fresca aura nocturna,
Mensajera del reposo,
Y el céfiro silencioso
Que inclina al suelo la flor,
Dan mas fuerza á la plegaria
Que sube del corazon.

Salve, Roma, Dios un dia
Destrozará tu cadena;
¿De sufrir tan dura pena
Digna acaso no te ves?

¡Desgraciada! tu infortunio
Igual á tu crímen és.

¿No recuerdas á qué esceso
Llegó tu orgullo profundo?
¡Qué! ¿no recuerdas que el mundo
Muchas veces por tí fué
Recomprado, revendido,
Repisado por tu pié?

Tu pueblo de grandes héroes,
¿No recuerdas que ha llevado
Otros pueblos al arado,
Y cual bueyes los unció?
¿Y viendo sangre en el circo
Ni una lágrima lloró?

Mas confia, que en la tierra
Se mudan todas las cosas:
Bajo tus ruinas grandiosas
Yace ¡oh Roma! tu esplendor;
Mas te queda tu desgracia,
Mas te queda tu dolor.

POESIAS HISTÓRICAS

FEDRA

SONETO

POSTRADA de mortal melancolía
La hermosa Fedra, y harta de amargura,
Mirando despreciada su ternura,
A su amable nodriza le decia:

"Salgámonos al campo, amiga mia,
Correr quisiera por la selva oscura,
Y quisiera llorar en su espesura,
Y allí ocultar mi llanto y agonía.

"Quítame esta guirnalda impertinente,
Que me pesan sus flores y sus hojas,
Y quítame este velo de la frente.

"Tal vez de mi delirio te sonrojas;
Mas soy tan infeliz como inocente:
Apiádate, ¡oh virtud! de mis congojas."

AQUILES

(Cuadro tomado de Homero)

SONETO

A la vista de Troya junto al foso
El corpulento Aquiles aparece
Sin lanza ni escudero, y enmudece
Todo el campo delante del coloso.

En la frente del héroe belicoso
Una dorada nube resplandece,
Y una llama tambien, que lo engrandece,
Y así camina al ancho contrafoso.

Mira los enemigos escuadrones,
Ve con desden á tantos veteranos,
Da tres gritos, y agita sus airones:

Tres veces de terror se alzan de manos
Y arrancan con sus carros los frisones,
Y tres, se desordenan los troyanos.

DESPEDIDA DE HECTOR*

SONETO

ALLA de Troya en el inmenso foro
Héctor ostenta su luciente cota,
Lanza y morrion y cándida garzota,
Y altos coturnos recamados de oro.

Su esposa se le acerca, y blando lloro
Amargamente de sus ojos brota,
Y bajo el velo que en el aire flota
Le lleva el hijo, de los dos tesoro.

Quiere cogerlo en brazos el troyano,
Y el niño desconócele y se espanta,
Grita y se esconde en el materno seno.

Héctor entonces con robusta mano
Se quita el casco, al niño se adelanta,
Lo besa y parte de congoja lleno.

*** Este soneto, y todos los históricos contenidos en la primera edicion, fueron dedicados por el Señor Carpio á su buen amigo el Señor Lic. D. Alejandro Arango y Escandon.**

MUERTE DE HECTOR

SONETO

Con Héctor fiero en singular batalla,
Aquiles junto á Troya, al fin pelea,
Su alto penacho formidable ondea,
Brilla su lanza y su crugiente malla.

Se mira desde el campo y la muralla,
Cómo el hierro de entrambos centellea,
Cómo la sangre de los dos chorrea,
Cómo Héctor muere y todo el mundo calla.

Los fuertes piés taládrale el guerrero,
Por la herida le pasa unos cordeles,
Le ata á su carro, y súbese ligero.

Con el látigo azota á sus corceles,
Da tres vueltas al muro el altanero,
Salta del carro, y parte á sus bajeles.

ANDRÓMACA DESTERRADA

SONETO

ANDROMACA, portento de hermosura,
Sin Héctor, y sin hijo, y sin hogares,
Llora sentada, orillas de los mares,
Y busca á Troya, y verla se figura.

Mas nada ve, y entonces con ternura
Dá al viento melancólicos cantares,
Y luego se retira á los palmares
A esconderse en su lóbrega espesura.

Y sus miradas otra vez derrama
Hácia su patria, y llénase de duelo,
Al recordar que la arrasó la llama.

Alza los ojos lánguidos al cielo,
Y ¡ay de mi Troya! la princesa esclama,
Y la cara se cubre con su velo.

LAS TROYANAS

SONETO

FUE tomada á traicion Troya inocente,
Murió el rey con la flor de sus troyanos,
Y con sangre mancháronse inhumanos
Los griegos, de los piés hasta la frente.

Entre el lloro y los gritos de la gente,
Al fin quemaron enemigas manos
Muros y templos y los dioses vanos,
Las torres y el alcázar eminente.

Mas la reina y sus fieles compañeras,
Esclavas de señores arrogantes,
Fueron á dar á tierras estranjeras:

Y orillas de los mares resonantes
Sentábanse á llorar las prisioneras,
Vueltos á Ilion los pálidos semblantes.

LA REINA DIDO

SONETO

En el silencio de la noche umbría,
En un templo secreto, á solas Dido,
Quemaba incienso á su infeliz marido,
Muerto á traicion en un aciago dia.

La reina en el altar agua vertia
Que en sangre se trocó, y oyó un gemido,
Y oyó una voz, que en tono dolorido
La llamaba terrible y le decia:

"Sígueme, esposa infiel, conmigo vente
A una tierra lejana y muy oscura:
Muy lejana del ruido de la gente."

Entonces Dido llena de pavura,
Sin sentido cayó sobre su frente,
Y en sangre se empapó su vestidura.

LA MUERTE DE DIDO

SONETO

Viendo Dido al troyano, que inconstante
Se ausenta, y la abandona á su desdoro,
Gime bañada con ardiente lloro,
Y cambia de color y de semblante.

Por el palacio vaga delirante
Al contemplar ajado su decoro,
Y rasga el velo recamado de oro,
El velo azul, regalo de su amante.

Se pinta en sus miradas el despecho,
Y asaltada de lóbregas ideas,
Grita dos veces, y retumba el techo.

Manda encender las funerales teas,
Y mortalmente se traspasa el pecho
¡Ay! con la espada de su ingrato Eneas.

TEMÍSTOCLES

SONETO

AYUDAME á vengarme de tu Grecia,
A Temístocles dijo un rey de Oriente;
Hollemos la soberbia de esa gente
Que tu valor y tu virtud desprecia.

Atenas de sus crímenes se precia,
Te ultrajó y desterró siendo inocente:
En ciudad tan ingrata y delincuente,
¿Qué tu sublime corazon aprecia?

Todo, señor, respóndele el guerrero:
Las tumbas de mis ínclitos mayores,
Las plazas, muros y cercanos valles;

Los trajes y habla, el patriotismo austero;
Del Estadio los fuertes luchadores,
Y hasta el polvo y las piedras de las calles.

LUCRECIA

SONETO

HERIDO el pecho, y la color perdida
Yace Lucrecia con la faz calmada,
Suelto el cabello y toda ensangrentada,
Tibio su cuerpo, pero ya sin vida.

En tanto, Bruto, el alma conmovida,
Echando á la infeliz una mirada,
Del blanco pecho le arrancó la espada
Y brotó nueva sangre de la herida.

"Por esta sangre juro, ¡oh Colatino!
Dijo blandiendo el hierro con la mano,
Juro que he de vengarte de Tarquino:

"Perseguiré la estirpe del profano,
Y jamas en el pueblo de Quirino
Permitiré que reine otro tirano."

ALEJANDRO

SONETO

Víctima de una fiebre devorante,
Alejandro una vez triste yacía
En una cama lúgubre y sombría,
Con mortal inquietud en el semblante.

"Teme, le escribe Parmenion amante,
Del médico Filipo la falsía;
Con el oro compró su felonía
En su terror el persa vigilante."

Entra Filipo en tanto, y con terneza
Apenas á acercarse al rey se atreve;
Le dá una copa, y baja la cabeza:

El héroe Macedon no se conmueve,
Dá al médico la carta, y con firmeza
Coge la copa, y el remedio bebe.

P. CORNELIO SCIPION

SONETO

La soberbia Cartago en Trebia y Canas
Desbarata al ejército latino,
Y Anibal sobre el monte Palatino
Pone á sus piés las águilas romanas.

Mas Scipion á las huestes africanas
Derrota en Zama con valor divino,
Y la grandeza de Cartago vino
A convertirse en esperanzas vanas.

Roma al héroe despues odia y acosa,
Y él, ajado y sin lauros en las sienes,
Por siempre se destierra con su esposa;

Y manda al recordar tantos desdenes,
Que graben de su túmulo en la losa:
"Ingrata Patria, ni mis huesos tienes."

MARCELO

SONETO

Despues de largo sitio fué tomada
La infeliz Siracusa por Marcelo,
Y los vencidos, entre llanto y duelo
Perecieron al filo de la espada.

Una tras otra inmensa llamarada
En remolinos se elevaba al cielo,
Y en escombros quedaron por el suelo
Torres y muro en la fatal jornada.

Desde la ciudadela oye doliente
El grande general de los romanos
Los ayes y alaridos de la gente.

Y al ver muertos á tantos sicilianos,
Y el incendio crecer, baja la frente,
Llora y se cubre el rostro con las manos.

MARIO

SONETO

DE su barbarie en merecido pago
Vaga en Africa Mario fugitivo,
Y amargas horas pasa pensativo,
Sentado en los escombros de Cartago.

Triste medita en el inmenso estrago
De la ciudad y de su pueblo altivo,
Parécele escuchar el fuego vivo
En remolinos por el aire vago.

"Un tiempo, esclama, hollaron tus corceles,
¡Oh Cartago! el soberbio Capitolio,
Y yo alcancé victorias ciento á ciento;

"Mas el tiempo secó nuestros laureles,
Y tú bajaste al polvo desde el solio,
Y yo soy hoja que se lleva el viento."

POMPEYO

SONETO

Doma Pompeyo con terrible espada
Del Orbe las naciones mas guerreras,
Y lleva triunfadoras sus banderas
De la zona de hielo á la abrasada.

Mas de Farsalia en la fatal jornada
Vencido, pasa á tierras estranjeras,
Y del remoto Nilo en las riberas
Víctima fué de pérfida estocada.

¡Ay! ¡qué diverso estás de lo que fuiste,
Ilustre capitan! yo me confundo
Viéndote muerto en una playa triste.

Todos te miran con desden profundo,
Y de tanta grandeza, nada existe:
¡Así pasa la gloria de este mundo!

MUERTE DE CÉSAR

SONETO

Señor del mundo, el dictador romano
Al senado preside omnipotente,
Corona de laurel ciñe su frente,
Toga triunfal adorna al soberano.

Los conjurados con puñal en mano
Pérfidos le acometen de repente,
Le dan mil puñaladas, y él valiente
Combate con esfuerzo sobrehumano.

Mas viendo á Bruto en tan indigna trama,
Y que se acerca con mortal fiereza
Y que la sangre paternal derrama,

En lágrimas bañado de terneza,
"Hijo, ¿qué tú tambien? César esclama,
Y cubre con la toga su cabeza.

VISION DE BRUTO

SONETO

Era la media noche, y noche oscura,
Y de Bruto el ejército dormia;
Mas este jóven en su tienda umbría
Velaba con la espada á la cintura.

Un leve ruido oyó, y una figura,
Una fantasma que al andar crugía,
Se le acerca en silencio, lenta y fría,
Arrastrando su blanca vestidura.

—"Dime, ¿quién eres tú?" gritó el guerrero:
"¿Eres hombre, ó el alma del tirano?
Al matador de un rey nada le pasma."

—"En los campos Filípicos te espero."
—"Allá estaré," le contestó el romano,
Y en humo se deshizo la fantasma.

MUERTE DE CLEOPATRA

SONETO

ENLUTADA Cleopatra encantadora,
Con negligencia suelto su cabello,
Y sin adorno el delicado cuello,
Va á la tumba de Antonio á quien adora.

Postrada la infeliz desde la aurora
Une á la triste losa el rostro bello;
Ya suspira y se agita su resuello,
Ya esparce flores y en silencio llora.

Al fin, resuelta y sin que al César tema,
Va al palacio, se adorna, y llorar quiere,
Y no puede llorar en la hora estrema.

Se aplica al brazo un áspid que la hiere,
En las sienes se fija la diadema,
Y sube al lecho, y sollozando muere.

MUERTE DE ANTONIO

SONETO

CREYENDO muerta á su Cleopatra hermosa,
El pecho Antonio hiérese inhumano,
Mas vuelto de su error, grita el romano:
"Conducidme á la torre de mi esposa."

La reina inconsolable no reposa,
Mira el cuerpo sangriento ya cercano;
Sogas descuelga con su tierna mano
Para alzar una carga tan preciosa.

La princesa infeliz llena de duelo
Con ambas manos de las cuerdas tira,
Sudando el rostro que dirige al cielo.

Coge á su esposo, en fin, llora y delira,
Rasga impaciente su purpúreo velo,
La herida venda, y Marco Antonio espira.

LA TUMBA DE AUGUSTO

SONETO

A la orilla del Tíber hubo un dia
Magnífico y glorioso monumento,
Estatuas de héroes y de dioses ciento
Por fuera ornaban esa tumba fria.

Una cúpula inmensa la cubria,
Todo era mármol desde el ancho asiento;
Y en contorno sonaban con el viento
Arboledas de verde lozanía.

En sus grandiosas bóvedas se encierra
Octavio, triunfador de las naciones,
Y Germánico, rayo de la guerra.

Tambien Marcelo, amor de las legiones,
Y Livia augusta, gloria de la tierra;
Mas hoy guardan carbon en los salones.

NERON

SONETO

El infame Neron en noche umbría
Trémulo vé detras de sombra vaga
A su madre Agripina con la daga
En el pecho clavada todavía.

Y al asesino la fantasma fría
Lenta se acerca y al andar lo amaga,
Y al acercarse mas, casi se apaga
La moribunda y pálida bujía.

Del rostro aparta el velo con la mano
El espectro que en sangre está teñido,
Y ojos horrendos fija en el tirano.

Y al dar la madre un lánguido gemido,
Del triste lecho arrójase el profano,
Empapado en sudor y sin sentido.

JULIANO

SONETO

SIN yelmo y sin coraza relumbrante,
Al frente del ejército romano,
Marcha lento el apóstata Juliano,
Descompuesto su intrépido semblante.

Mas los Persas preséntanse delante,
Y á paso firme embisten al tirano,
Y la escolta imperial lo cubre en vano:
Siéntese herido, y párase un instante.

Viendo el César brotar su sangre roja,
Sin alcanzar ni gloria ni trofeo,
De su loca soberbia se sonroja.

Ya casi estando ante su Juez el reo,
Su propia sangre contra el cielo arroja,
Gritando audaz: "Venciste, Galileo."

ATILA

SONETO

DELANTE de sus bárbaros Atila
Viene del Septentrion como un torrente,
Y en frisones magníficos su gente
Entre hielos altísimos desfila.

"A una leve señal de mi pupila,
Dice, humillan mis áulicos la frente,
O corre acá y allá sangre caliente,
Y el trono de los Césares vacila.

"Del mar Negro al Adriático mi acero,
Con solo que de lejos amenace,
Los brazos hiela del mejor guerrero.

La Italia entera ante mis plantas yace,
Y donde pisa mi caballo fiero,
Tiembla la tierra, y ni la yerba nace."

TOMA DE CARTAGO

POR GENSERICO

SONETO

GENSERICO á Cartago combatia
De sus terribles vándalos al frente:
¡Qué tropel de caballos y de gente!
¡Cuánto polvo, y matanza y gritería!

El espantoso estrépito se oía
Junto con el teatral aplauso ardiente
Que se daba á la cómica impudente,
Entre fuertes palmadas de alegría.

Crugen la armas junto al ancho foso,
Ya escala el muro el bárbaro soldado,
No hay espadas ni lanzas en reposo.

Y en tanto el gladiador ensangrentado
Muere, y le aplauden en el Circo hermoso
Las doncellas vestidas de brocado.

GENSERICO

SONETO

Cada año, al retornar la primavera,
Genserico en su escuadra al mar salia,
Lleno el pecho de bárbara alegría
Y flotando el plumaje en la cimera.

Va el rey á desolar playa estranjera,
A quemar las ciudades á porfía,
Arrasar campos con venganza fría,
Y degollar la gente prisionera.

"Señor, ¿adónde llevaré la armada?"
Le pregunta, postrándose hasta el suelo
El piloto, sin darle una mirada.

"Déjalo todo al viento que en su vuelo
Nos trasporte á la tierra desgraciada
Donde nos llame el enojado cielo."

DON RODRIGO

SONETO

Del Guadalete en la infeliz ribera
Ostentan los moriscos arrogantes
Lanzas, espadas, lunas y turbantes,
Sin estacada, foso ni trinchera.

Rodrigo en tanto, alzada la visera,
Y con arnés y casco centellantes,
Al frente de caballos y de infantes
Se avanza al enemigo que lo espera.

Combaten obstinados los guerreros,
Y vuelan en pedazos los broqueles,
Y las picas tambien y los aceros.

En sangre tintos árabes y fieles,
Muere el monarca, y lloran los Iberos
Su libertad perdida, y sus laureles.

EL CRUZADO

SONETO

Cubierto de magnífica armadura,
El cruzado Ronsad, jóven gallardo,
Va en un corcel mas ágil que leopardo
Y grande espada lleva en la cintura.

Camina de Sidon por la llanura,
Triste el semblante y con el paso tardo,
Negro plumaje y en la diestra un dardo,
¡Italia! repitiendo con ternura.

Allá estaba una hermosa veneciana
De su sencillo amor única prenda,
A quien amaba desde edad temprana.

Fijó los ojos en la mar tremenda,
Y lloró, y al llorar por su cristiana,
De la mano soltósele la rienda.

LA MUERTE

DE LA RAQUEL ESPAÑOLA

SONETO

Raquel, dama del rey, bella judía,
Yace dormida en púrpura de Oriente;
Guirnalda de jazmin orna su frente
Y el tierno cuello rica pedrería.

El tranquilo semblante le cubria
Un espléndido velo trasparente,
Y al respirar su pecho, blandamente
La seda de su túnica crugía.

Así indefensa, acércanse entre tanto
Los conjurados á la blanca hebrea,
Que al despertar, un grito dá de espanto.

Hiérenle el corazon, ella flaquea,
Y con los ojos húmedos de llanto,
Muere en su sangre que en la alfombra humea.

MAHOMET II

SONETO

Mahomet el grande con serena audacia
Toma á Constantinopla en negro dia,
Y al ver llantos y sangre se gloría,
Que al Sultan implacable nada sacia.

Abrasa el fuego en tan fatal desgracia
Torres y muros en la noche umbría,
Y refleja la luz Santa Sofía
Sobre el rugiente Bósforo de Tracia.

El griego Emperador como un soldado
Por su patria murió con gran decoro,
De su patria en las ruinas sepultado:

Y solo conociéronle en el foro
Por las águilas ricas del calzado,
A la usanza imperial bordadas de oro.

BOABDIL

SONETO

BOABDIL, monarca de la gente mora,
Sin honor y sin cetro y sin espada,
Sale de la magnífica Granada
A los primeros rayos de la aurora.

Sobre monte lejano que el sol dora
Detiene su caballo en la enramada,
Dá á la hermosa ciudad una mirada,
Y al ver sus torres y la Alhambra, llora.

Viendo su madre el femeníl quebranto,
Se le arde el rostro, el corazon se le arde,
Y al triste rey le dice de esta suerte:

"Bien puedes derramar copioso llanto
Como débil mujer, ya que cobarde
No supiste como hombre defenderte."

EL SALTO DE ALVARADO

SONETO

En los horrores de la noche oscura
El gran Cortés de México salia:
Era la noche tempestosa y fría,
Y aumentaban los vientos la pavura.

De un relámpago solo á la luz pura
Ven los indios la ibera infantería;
Trábase entonces militar porfía
Entre ambas huestes con igual bravura.

El bravo contra el bravo se abalanza,
Luchando muere el gefe y el soldado,
Crece el tumulto y crece la matanza.

En tal conflicto, el ágil Alvarado
Clava en el foso la nudosa lanza,
Hace un empuje, y salta al otro lado.

CORTÉS ENFERMO

SONETO

Sonó la media noche la campana,
Y triste el rostro y casi en agonía,
Cortés el grande, pálido yacía
En un lecho magnífico de grana.

En el delirio de su mente vana
Le presenta la ardiente fantasía,
Muertos, espadas, lanzas todavía
Empapadas en sangre mexicana.

Oye á lo lejos que el cañon retumba,
Y ve cruzar las palmas que ha cogido
En Tlaxcala, en el Templo y en Otumba.

Mas viendo al grande Emperador rendido
Y oyendo que su imperio se derrumba,
Se vuelve á la pared y dá un gemido.

LUTERO

SONETO

Arde entera Alemania en fuego vivo,
Suena el clarin marcial en la llanura,
Los templos quema la canalla impura,
Y vaga el sacerdote fugitivo.

Llega la guerra al Támesis altivo,
Y llora la doncella en su clausura;
Corre la sangre en la prision oscura,
Y no se halla la rama de un olivo.

Junto al Báltico el Sueco se alborota,
Grita insensato y cíñese el acero,
Y coge el casco y la robusta cota.

Triunfa Gustàvo en fin, y al golpe fiero
La túnica de Cristo queda rota.
¡Ay de tus glorias, infeliz Lutero!

DON JUAN DE AUSTRIA

SONETO

Selim el bravo con inmensa armada
Está sobre las aguas de Lepanto;
Tiembla la Italia, y tiembla el Padre Santo
Ante la Media Luna ensangrentada.

El turco clava su feroz mirada
Sobre la Europa lánguida de espanto,
Y el soberbio Sultan señala en tanto
A Roma con la punta de la espada.

Mas Don Juan acomete á los infieles
Que oprimen de aquel piélago la anchura,
Y se hunden ó se incendian sus bajeles.

Se tiñe el triste mar en sangre impura,
Los cristianos se cubren de laureles,
Y huye el Califa entre la niebla oscura.

MADAMA DE MAINTENON

SONETO

Es bella cual la reina de las flores
Y pura como el lirio de la fuente,
De tierno corazon y humilde frente,
Pobre, infeliz, pero ídolo de amores.

Cercada de magníficos señores,
Y de la corte en medio de la gente,
Su alma grande consérvase inocente,
Y se harta de dolores y dolores.

Mas recibe del rey en fausto dia
El anillo nupcial la encantadora,
Cubierta de oro, y seda, y pedrería.

Mira á sus piés la Francia que la adora;
Mas ella en su mortal melancolía,
Sola con Dios, inconsolable llora.

BONAPARTE

SONETO

Sentado Bonaparte en una altura
En la orilla del mar de Santa Elena,
Al triste rayo de la luna llena
Meditaba en su inmensa desventura.

Recordaba entre sí con amargura
Las turbulencias del sangriento Sena,
El Tabor, las Pirámides y Jena,
Y de César–Augusta la bravura.

"Ved, esclamó, las palmas de Marengo,
Los campos de Austerlitz de sangre rojos
Donde las rusas águilas contengo.

"De la Europa me siento en los despojos;
Mas de tanto triunfar, ¿qué premio tengo?
Las lágrimas que ruedan de mis ojos."

NAPOLEON EN EL MAR ROJO

El sol estaba oculto detras de las montañas
Que forman la cadena de Libia la arenosa;
Debajo de su tienda el árabe reposa,
Reposa el dromedario y el rápido corcel.
Se pierden en las sombras de pavorosa noche
De Tébas y de Ménfis las ruinas estupendas;
Profundo es el silencio que reina allá en las sendas
Que van para las Palmas y Fuentes de Moisés.

En tanto Bonaparte camina silencioso
En un caballo blanco, por tristes soledades
Vecinas al Mar Rojo, pensando en las edades
Antiguas que pasaron, y nunca volverán.
Repasa en la memoria batallas y conquistas
De altivos Faraones, de griegos Tolomeos,
De bárbaros Califas, y piensa en los trofeos
Que bravos los cruzados lograron alcanzar.

Absorto en pensamientos gloriosos y sublimes
Camina por la playa del mar adormecido,

Del mar que en otro tiempo con hórrido bramido
Caballo y caballero, y carros se tragó.
La noche se adelanta cubriendo de tinieblas
El bárbaro desierto y el piélago callado;
Apenas se distingue soldado de soldado,
Apenas se distingue camello de bridon.

Del mar en la ribera tan solo se escuchaban
De pájaros marinos los gritos lamentables,
Pisadas de caballos y estrépito de sables,
De tropas que seguian al ínclito adalid.
En esta negra noche, en medio á tal escena
Que pasa en el desierto, ¿quién ¡ay! pensado habria
Que Europa la orgullosa vencida en algun dia
Delante de aquel jóven rindiera la cerviz?

En tanto sopla el viento y crece la marea,
Levántanse las olas y braman y rebraman,
Y en playas solitarias se estrellan y derraman,
Y alcanzan al caballo del bravo general.
La noche es espantosa y pálpanse las sombras,
Incógnita es la tierra, perdido está el camino;
Y crece la tormenta, y crece el torbellino,
Ginetes y corceles no saben dónde están.

El férvido caballo del grande Bonaparte
En medio del peligro salir del agua emprende,
E indómito su pecho las anchas olas hiende,
Y abiertas las narices relucha con el mar.
En tanto el gefe altivo descansa en su fortuna,
Egipto está en su mente, Albion y toda Europa,
El trono de Capeto y la aguerrida tropa
Que lunas y turbantes impávida hollará.

Si alguna de las olas lo hubiera arrebatado
Al fondo peñascoso del piélago profundo,
¡Qué llantos y suspiros ahorráranse en el mundo!
¡Qué incendios y matanzas ahorráranse tambien!
Mas Dios que allá á sus solas miraba los imperios,
Y mil y mil designios altísimos tenia,
Sacó de entre las aguas al hombre que debia
A pueblos y monarcas poner bajo su pié.

Sacólo de las ondas á fin de que su espada
De Europa castigase los crímenes sin cuento,
Los crímenes de un siglo soberbio y turbulento
Que á todas las naciones de escándalo llenó.
A Francia lo condujo y á Italia floreciente,
A Iberia belicosa, á la ilustrada Prusia,
Al Austria formidable y á la potente Rusia;
Y luego á Santa Elena, y ¡adios de Emperador!

NAPOLEON

SONETO

Ceñido Bonaparte de laureles,
Altos los ojos y ademan fogcso,
A pesar de muralla y de ancho foso
A los reyes lanzó de sus doseles.

Desde sus campamentos y cuarteles,
En su orgullo ese altísimo Coloso,
Del Nilo al Volga perturbó el reposo
Al ruido de cureñas y corceles.

Mas en esa alma llena de bravura
El rayo de la fe brilló sereno,
Cual la estrella de Sirio en noche oscura.

Dulce esperanza alimentó en su seno,
Y ante Dios humillóse con ternura
Ese hijo del relámpago y del trueno.

NAPOLEON

SONETO

MIRAD al formidable Bonaparte
Que, en la espaciosa Francia no cabiendo,
Al Nilo y al Jordan vuela tremendo,
Y á la Meca amenaza su estandarte.

A su patria despues cual rayo parte,
Pasa los rudos Alpes sin estruendo,
Y en el Rhin y el Danubio combatiendo,
No le detiene muro ni baluarte.

En su presencia el Báltico se humilla,
Y entre los hielos su corcel galopa,
Y galopa en los campos de Castilla.

Mas sepultado ya bajo la copa
De un triste sauce en estranjera orilla,
Lo deja una mujer volver á Europa.

LA CASA DE NAPOLEON

SONETO

En mar remota y de borrascas llena
Un estéril peñasco se levanta,
Contra él ruidosa el agua se quebranta:
Esta es la isla infeliz de Santa Elena.

Allí el Caudillo de Marengo y Jena,
Que solo con vivir el Orbe espanta,
A fuerza de dolor con débil planta
Baja á la tumba al son de su cadena.

¡Qué triste es ver la casa misteriosa
Dó vivió Bonaparte, rey de reyes,
Muy lejos de su patria y de su esposa!

Allí estuvo sujeto á duras leyes,
Y el rincon de su muerte dolorosa
Es pesebre de vacas y de bueyes.

POESIAS MORALES

MIS DESEOS

SONETO

Morir no quiero en la gloriosa Atenas,
Patria de docta y de aguerrida gente,
Ni en la inmortal Esparta que valiente
Despedazó de Persia las cadenas.

Ni del Tibre en las márgenes amenas
En que reposa el polvo delincuente
De antiguos héroes que á la edad presente
Por fin dejaron su memoria apenas.

Yo quisiera morir en dulce calma
Allá en el Olivar donde el Ungido
Sangre sudó bajo la triste palma.

O morir y quedar en el olvido,
Donde el Hijo de Dios entregó el alma
Al exhalar el último gemido.

Á MI HERMANA

TRADUCCION.

SOLO vivia, sin esperanza;
Flores, perfumes, festin y danza
No me alegraban en mis dolores;
Tuve tristezas, pero no amores,
Hasta que pura te ví y lozana,
¡Oh dulce hermana! ¡oh dulce hermana!

Cuando primero te he conocido,
Oyeme todo lo que he sentido:
Ya haberte visto me parecia,
Mas hora y sitio desconocia;
Y dijo el pecho: no es sombra vana,
Esa es tu hermana, esa es tu hermana.

¿Mi hermana? ¡Oh nombre que he amado mucho!
En este dia por fin te escucho:
Nunca otro nombre pronuncie el labio,
De las que amaba; fuera un agravio:
Mi triste boca repita ufana:
Siempre mi hermana, siempre mi hermana.

De amor fraterno señas conserva
Del mayo nuevo la flor y yerba.
La aura que besa al sauz copado
Repite siempre tu nombre amado.
La golondrina muy de mañana,
Te canta, hermana, te canta, hermana.

Si oprimo el lomo del corcel mio,
Si surco la onda con mi navío,
En agua y tierra y á cada instante
Siempre te llama mi pecho amante,
Y mi cariño por tí se afana.
Ven acá, hermana, ven acá, hermana.

Si la fortuna me trata impía,
En tí pensando, hermana mia,
Mi alma se libra de sus enojos,
Y digo: negras pestañas y ojos
Y cabellera negra y galana
Tiene mi hermana, tiene mi hermana.

Cuando mi madre dejó la vida,
Fué para siempre tambien perdida
Toda esperanza dulce y constante
Que me alentara en adelante:
Mas en volvérmela tierna se afana
Aquella hermana, aquella hermana.

¡Ay! cuando el dia temido llegue
Que para siempre verte me niegue,
Antes que el labio se quede mudo,
Pueda como ántes darte un saludo,
Y al fin te diga mi voz lejana:
¡Adios, hermana! ¡adios, hermana!

EL VALLE DE LÁGRIMAS

SONETO

LAGRIMAS vierte el infeliz piloto
En la borrasca de la noche oscura,
Cuando brama del mar la vasta anchura
Azotada del áfrico y del noto.

El desterrado allá en lugar remoto
Llora á su patria con filial ternura,
Llora el simple pastor en su amargura
La muerta grey en anegado soto.

En su retiro gime el cenobita,
Y el jóven triste á quien amor inflama,
Y el sultan en el trono y la mezquita.

Todo hombre en su dolor llanto derrama;
Por eso el mundo en que el mortal habita
El Valle de las lágrimas se llama.

Á UNA SEÑORITA MEXICANA

QUE SALIA PARA SEVILLA

Vas á dejar tu patria y tus hogares,
Que son amables, cual la misma vida;
Y despues de tristísima partida,
Vas á cruzar los turbulentos mares.

Vas á pisar las playas estranjeras
De Bética feliz, tierra encantada;
Verás la Alhambra y Vega de Granada,
Y del Guadalquivir lindas riberas.

Mas en medio de tantas hermosuras
Como presenta su fecundo suelo,
Has de estrañar este esplendente cielo,
Los patrios campos, y sus aguas puras.

En el silencio de la noche fría,
Al mirar aquel cielo de zafiro,
Por nuestra dulce patria dá un suspiro,
¡Patria dichosa, cuando Dios queria!

Á MI BUEN AMIGO

El Señor Licenciado

DON ALEJANDRO ARANGO

Al partir para Europa con el fin de restablecer
su salud.

Palido y triste en la redonda popa
Vas á decir adios á nuestros lares,
Y por inmensos y revueltos mares
Vas á pasar á la soberbia Europa.

El cielo quiera que los vientos leves
Hinchen constantes la tendida lona;
Que no te dañe la abrasada zona,
Ni tampoco la zona de las nieves.

Sobre tu frágil nave nunca rujan
Las sonoras y negras tempestades,
Y del mar en las vastas soledades
Jamás tus cables con el cierzo crujan.

Tras las olas azules lentamente
Mires pasar las islas á lo lejos,
Y perderse los últimos reflejos
Del sol entre las nubes de Occidente.

Busca de noche al diamantino Arturo,
Busca á la Osa tambien, que va delante;
Mira á Centauro y á la Cruz radiante
Que al Sur relumbran en el cielo puro;

Que yo tambien contemplaré á mis solas
Esas grandes y espléndidas estrellas,
Y creeré que al fijar mi vista en ellas
Piensas en mí sobre las negras olas.

Así recordaré con mas viveza
Al fiel amigo que en mejores dias
Gozó á mi lado dulces alegrías
Lejos del mundo y su falaz grandeza.

Dí pronto adios á los ajenos lares,
No te detenga la soberbia Europa;
Déjala atrás de la redonda popa,
Y otra vez pasa los revueltos mares.

¡Ojalá traigas del antiguo mundo
La salud floreciente que perdiste!
No quiero verte ya pálido y triste
Como hoy te veo en tu pesar profundo.

Acá te aguardará tu amable padre,
Tu dulce hermana y tus amigos tiernos;
El cielo quiera que logremos vernos.
¡Ojalá vieras á tu buena madre!

POESIAS SOBRE ASUNTOS LITERARIOS

COMPOSICION

LEIDA

EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS DEL COLEGIO NACIONAL DE MINERIA, EN 1856

Amargo es para mí, no lisonjero
En pobre rima desplegar mis labios,
Ya que oyen con desden algunos sabios
El habla hermosa de David y Homero.

Mas la santa amistad comprometida
Me hará quemar perfumes en las aras
De aquellas ciencias que me son tan caras,
Y el consuelo mas dulce de mi vida.

Cuando el Criador con paternal anhelo
Hizo fecunda la impalpable nada,
Formó mil mundos, y su mano alzada
Encima echóle tenebroso velo.

Mas tambien quiso que la humana mente
Con generoso ardor lo levantara,
Y pasando los siglos alcanzara
A mirar mil verdades frente á frente.

Y he aquí que al ver desde los patrios lares
Fija en el polo la brillante estrella,
Los ojos puso el navegante en ella
Y echó su nave á los revueltos mares.

Mas entre la tormenta y los nublados
El astro en las tinieblas desparece,
Y la brújula entonces esclarece
La ruta de los piélagos salados.

Newton el grande con la mente misma
Con que halla la atraccion de los planetas,
Descompone la luz y dá á sus vetas
Los colores magníficos del prisma.

Y viene Franklin y con faz serena
Hace uno y otro formidable ensayo,
Y á la alta nube le arrebata el rayo
Y sus fuegos terribles encadena.

Y viene Fulton, y al inmenso empuje
Del caliente vapor, van los navíos
Por vastos mares y profundos ríos
Entre el furor del huracan que ruge.

Y tambien en el grande continente
Los carros vuelan á la par del viento,
Y pasma su incansable movimiento
Al rápido rodar de rueda hirviente.

Ni la profundidad al Genio arredra,
Y encuentra el oro y la preciada plata,
Y el mármol con que el héroe se retrata,
Y grandes bosques de carbon de piedra.

Y descubre los huesos colosales
Del elefante y grave mastodonte,
Del pez y del feroz rinoceronte,
Las conchas y las palmas tropicales.

Pero cedan los sabios eminentes
Al ingenio sublime que primero
Al rayo instituyó su mensajero
Al traves de montañas y torrentes.

Su vuelo es tan veloz, que de este mundo
Si un hilo de metal fuera á la luna,
Llegaran á su globo una por una
Las palabras ¡oh Dios! en un segundo.

Al Ser Omnipotente prez y gloria,
Que un rayo de su mente ha dado al hombre
Para que á todo el universo asombre
Esta mezcla de espíritu y escoria.

Generoso el mortal no se contenta
Con los ricos tesoros de su suelo;
Así es que se alza con ardiente anhelo,
Y oye bramar abajo la tormenta.

En medio al espectáculo nocturno
Que presentan los cielos en su altura,
Se pone á contemplar la luna pura,
Y los grandes anillos de Saturno.

Y vuela mas arriba complacido,
Y ve soles sin fin á todos lados,
Soles azules, verdes ó encarnados
Que van rodando en el inmenso fluido.

En las profundidades del espacio,
Acá y allá mil nubecillas giran
Que nuestros ojos con desprecio miran,
Cual manchas del espléndido palacio.

Mas Herskel, poderoso con sus lentes,
Las nubecillas resolvió en estrellas
Incontables, magníficas y bellas,
De ese alcázar adornos relucientes.

Y vió que el alto sol y que nosotros
En la region del Sur vamos volando,
Y la posteridad irá mirando
Otros luceros, y sistemas otros.

Peters el inmortal á medir llega
Con glorioso ardimiento alzando el vuelo,
La infinita distancia que hay del suelo
A la estrella magnífica de Wega.

Mas fatigada de volar mi mente
Baja á la tierra desde tanta altura,
Para ensalzar los lauros que asegura
La ciencia al sabio en su serena frente.

Alejandro, aquel rayo de la guerra
Que llevó sus falanjes al Eufrates,
Y hasta el Ganges, despues de cien combates,
A cuyos piés enmudeció la tierra,

Al sabio el oro prodigó y honores,
Siempre nególos á la turba necia;
Llevó las ciencias de la docta Grecia
Al Asia entre los bélicos horrores.

El bravo César que en la diestra lleva
La fuerte espada con que al orbe doma,
Con la otra mano, en la soberbia Roma
Artes y ciencias hasta el cielo eleva.

El sabio Juan de Médicis, sentado
Del Pescador en el augusto solio,
Disipa desde el alto Capitolio
De los bárbaros siglos el nublado.

Mas ¿para qué buscar lejana historia?
El Titan formidable de la Francia,
En medio de su fuerza y arrogancia
Quiso adornarse de una nueva gloria.

El que ganó victorias ciento á ciento,
El héroe grande de Austerlitz y Jena,
Y el que en Marengo de esplendor se llena,
En la pobre academia toma asiento.

¡Gefe de la nacion! tan altos hombres
Bien merecen laureles y laureles,
Porque, olvidando cetros y doseles,
Su nombre unieron á inmortales nombres.

Ya que el poder de vuestro brazo alcanza
De California á Yucatan lejano,
Estended á las ciencias vuestra mano,
Que así la gloria sólida se afianza.

México no será grande potencia,
Si vive en las tinieblas desarmada.
¡Ay de mi patria si le falta espada!
¡Ay de mi patria si le falta ciencia!

COMPOSICION

LEIDA

EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS DE LA ESCUELA NACIONAL DE AGRICULTURA

La noche del 10 de Noviembre de 1856

Cuando el alma en su vuelo retrocede
A las profundidades de los siglos,
Y ve la triste soledad del hombre
Y de aquellas edades el abismo,

Solo encuentra miserias y congojas,
Sudor inútil, peligroso asilo,
Montes selvosos, llanos solitarios,
Grandes torrentes y soberbios ríos.

Son alimento á la tediosa vida
Hojas acerbas, pomos desabridos,
Las raices inseguras de las yerbas
Y la ingrata bellota del encino.

Así pasaron infelices años
En estado salvaje y sin abrigo,
Hasta que poco á poco aparecieron
Genios ilustres de renombre dignos.

El uno planta y con vallado cerca
La hermosa vid de espléndidos racimos;
La poda y riega con las frescas aguas
Que allí conduce del raudal vecino.

Bajo la sombra de gentil manzano
O de la copa del naranjo lindo,
Gusta contento de las dulces uvas,
Cercado de su esposa y de sus hijos.

O ya esprimiendo el delicado jugo
Hace en vasijas el hirviente vino,
Que forma las delicias inocentes
De la familia y del sincero amigo.

Para romper el seno de la tierra
Otro inventa el arado campesino,
Ata las frentes de los tardos bueyes,
Y surcos abre en suelo endurecido.

En estos surcos deposita alegre
Los rubios granos del fecundo trigo,
Y mil semillas que afanado entrega
A las lluvias del cielo y al rocío.

Del campo brotan los ligeros tallos,
Y verde alfombra cubre los bajíos,
Y los sembrados con el viento ondean:
¡Dulce esperanza del trabajo asiduo!

El labrador recoge en anchas trojes
De su heredad los frutos mas opimos,
Y reina la abundancia en las cabañas,
En los pueblos cercanos y cortijos.

Por esos tiempos, y en ardientes zonas
Los mortales se dieron al cultivo
Ya del café, ya de las dulces cañas,
Mas dulces que la miel de los tomillos.

Siembran aquí el peral, allí el castaño,
Adelante el granado purpurino,
Acá el nogal de resonante copa,
Allá el frondoso y apacible olivo.

Han aprendido si sembrar conviene
En la estacion del Escorpion estivo,
Si en la que luce el triste Serpentario,
O en la que brilla el centellante Sirio.

Y doma del caballo la soberbia,
Y doma al toro montaraz y altivo;
Cerca en el campo su feliz ganado,
Sobria riqueza del pastor sencillo.

Deseca los estériles pantanos;
Y donde antes brotaban los espinos,
Despues se miran las doradas mieses,
Las camelias, las rosas y jacintos.

De esta suerte el mortal antes salvaje,
Por fin en dulce sociedad unido
Fué perdiendo su intrépida fiereza
Y adquirió corazon blando y benigno.

¡Cuánto distan los bárbaros lipanes
Allá en sus bosques y tajados riscos,
Cuánto distan del hombre que cultiva
Sus bellos campos y su huerto umbrío!

Si abundan los sembrados y cosechas,
El pecho está pacífico y tranquilo,
Y puede el alma remontar el vuelo,
Y encontrar de las ciencias el camino.

Y hallar verdades de valor inmenso,
Rasgos sublimes del Autor Divino,
Y gozar de placeres inocentes
Como los gustos de inocente niño.

Dulce es vivir en tierras cultivadas
Orillas del arroyo cristalino,
Y á la sombra de verdes arboledas
Ver sus ganados en seguro aprisco:

Ver cómo vienen las errantes nubes
Que han de regar el campo entristecido,
Y cómo en grandes lluvias se desatan
Que templan los ardores del estío:

Ver cómo juegan las inquietas cabras,
Escuchar de las vacas el mugido,
Y el sencillo balar de las ovejas
Cuando asoma el lucero vespertino.

¡Espectáculo tierno y apacible
Que no se goza en medio del gentío
De la ciudad grandiosa y turbulenta,
Centro fatal de espléndido bullicio!

Todo en el campo á contemplar convida
Las grandes obras del Criador Divino,
Que las formó de la impalpable nada
En prez y gloria del Eterno Ungido.

En el campo se goza de la luna
Que rueda lentamente en el vacío;
De esas grandes y altísimas estrellas,
Mundos brillantes, mundos infinitos.

Allí se goza de ese sol inmenso
Cuyo fuego hace inmensos remolinos,
Que vivifica pálidos planetas
Y los arrastra en su incansable giro.

Jóvenes tiernos que con tanto anhelo
El sendero espinoso habeis seguido
De la ciencia profunda, estad seguros
Que así se alcanza un inmortal destino.

No grandes fortalezas, no palacios
De blanco mármol y arteson morisco,
Ni el cetro y la corona de los reyes
Hacen á un pueblo mas feliz y rico.

Será opulento el laborioso imperio
En donde viva el labrador sencillo,
En medio de sus fértiles campiñas
A las orillas del raudal florido.

Será opulento si en los verdes campos,
O bajo de los árboles sombríos,
Numerosos rebaños se apacientan
Al murmullo del aire fugitivo.

Jóvenes, proseguid vuestras tareas
En el quieto silencio del retiro,
Y tejed á la patria una guirnalda
Que no ajarán el tiempo ni el olvido.

Señor, ya que podeis, prestad apoyo
A este colegio, débil arbolillo
De tiernas hojas y de tronco tierno,
Que lleva poco tiempo de nacido.

Y pues el cielo bondadoso y justo,
Hasta aquí lo ha mirado compasivo,
No permitais se seque ni marchite:
Regad constante tan feliz plantío.

POESIAS FÚNEBRES

VERSOS PARA LA PIRA

En las exequias del Illmo. Señor
Obispo de la Puebla

DON FRANCISCO PABLO VAZQUEZ

OCTAVAS

I

Como paloma en bárbaro desierto,
Al ocultarse el sol en Occidente,
Triste y privada de su esposo muerto
A solas gime á orillas del torrente;
Así esta Iglesia, en lágrimas deshecho
El bello rostro, y pálida la frente,
Gime la muerte del Pastor querido
Cuyas virtudes no echará en olvido.

II

El monstruo del Error, monstruo sangriento
Abortado en las márgenes del Sena,
Pretendió emponzoñar con el aliento
La grey cristiana de virtudes llena;
Mas el santo Pastor con ardimiento
A la fiera persigue y encadena,
Y despreciando su mortal pujanza
Al grande abismo con desden la lanza.

III

La ciencia coronó su docta frente
Con verdes hojas de laurel lozano,
Y en las vigilias se ilustró su mente
Al resplandor del alto Vaticano:
Los velos del Señor Omnipotente
Humilde alzó con temblorosa mano,
Y su estilo debió grave y divino
Al gran Bossuet y al Orador latino.

IV

En medio del terror y la pavura
El buen Obispo se acercaba al Ara,
Y nunca permitió que boca impura
En la sangre de Cristo se empapara:
Entre sus manos inflexible y dura
Contra los vicios fué de Aron la vara,
Y procuró que diese el incensario
Olor de suavidad en el Santuario.

CUARTETOS

I

La Roma de hoy, por su virtud severa,
Puso gustosa el báculo en su mano,
Y allá en los tiempos del Caton Romano,
Censor del pueblo rey nombrado fuera.

II

Sin envidia, temor ni vanagloria,
Firme luchó contra los vicios su alma,
Y subió al cielo á recibir la palma,
Palma debida á su inmortal victoria.

III

La grave mitra con su peso oprime
Su fatigada y abatida frente,
Y el buen Pastor en su dolor vehemente
Postrado ante Jehová suspira y gime.

IV

De la patria lloró la desventura
Por la guerra civil; pero en su pecho,
De la invasion al temporal deshecho,
Rebosaron las aguas de amargura.

AL ILLMO. SEÑOR BECERRA

OBISPO DE PUEBLA

SONETOS

I

El manso arroyo corre trasparente
Entre apacibles árboles y flores,
Y no enturbian los vientos voladores
La limpia nitidez de su corriente.

Así tu corazon siempre inocente
No se turba del mundo á los favores,
Y entre las turbulencias y dolores
Caminas firme y con serena frente.

Aunque la negra tempestad pudiera
Con grandes rayos abrasar el suelo,
Y aunque el mar de su abismo se saliera,

Tu alma cristiana en tan inmenso duelo
A Dios unida, sosegada viera
Hecho pedazos desplomarse el cielo.

II

PURISIMA es la delicada rosa
Mojada con las gotas de rocío,
Que á las orillas del florido río
Blanda se mece al aura deliciosa.

Pura es tambien la luna esplendorosa
Llena rodando en medio del vacío,
En clara noche del enero frío,
Mientras dormido el piélago reposa;

Pero tu alma, ¡oh Pastor! es muy mas pura:
Desde que eras muy niño todavía,
Dios te libró de la molicie impura.

Del mundo en la terrible travesía
Te llevó de la mano con ternura
En negra noche, y turbulento día.

CUARTETO PRIMERO

En tus sienes se mira refulgente
La mitra que tu ciencia merecia,
La augusta mitra que brilló algun dia
De Palafox en la gloriosa frente.

CUARTETO SEGUNDO

Antes podrá brillar el alto Urano
En el polo boreal con Cinosura,
Que el oro, ó el poder, ó la hermosura
Puedan doblar el báculo en tu mano.

SONETO

PARA COLOCARSE EN LA PIRA, EL DIA DE LAS HONRAS DEL P. NAJERA

En el triste recinto del Santuario
Donde no llega el mundanal estruendo,
Y adonde sin cesar están viniendo
Los recuerdos terribles del Calvario,

Este buen sacerdote solitario
Se prosternaba ante el Señor tremendo,
Y, por el pueblo criminal pidiendo,
Perfumaba el altar con su incensario.

Y despues retirado en celda oscura
Los volúmenes santos revolvia,
Y allí encontraba celestial dulzura.

Con sus grandes verdades se nutria
Y alzaba el vuelo á la mansion segura
En que esperaba descansar un dia.

PARA UN PANTEON



OCTAVAS

I

De Adan por el delito sin segundo,
El hombre con sudor la tierra moja,
Se harta de angustia en el ingrato mundo,
Y errante vaga como inútil hoja:
Llora y suspira en su pesar profundo,
Y muere entre el dolor y la congoja,
Y baja hasta la tumba que lo espera.
¡Ay del mortal si un Salvador no hubiera!

II

Del miserable el polvo aquí reposa
Con el polvo soberbio del magnate,
Con el polvo del sabio y de la hermosa,
Y del guerrero bravo en el combate.
La reina del espanto desdeñosa
A todos los iguala y los abate,
Y para mas desprecio, en su santuario
Deja brotar el cardo solitario.

Á MI HERMANA

SONETO

Como la blanca garza, ¡quién pudiera
Hácia el Oriente dirigir el vuelo,
Y buscar á lo lejos otro suelo
Donde á solas estar mientras viviera!

Y del torrente Arnon en la ribera
Me sentara á llorar bajo otro cielo,
A ver si hallaba á mi dolor consuelo
En una tierra para mí estranjera.

Y al arrullar la tórtola doliente,
Tu muerte lamentara enternecido
Sin atreverme á levantar la frente.

Y te gritara en lánguido gemido:
¡Oh dulce hermana para siempre ausente!
Nunca tu hermano te echará en olvido.

A LA MEMORIA

DE

DON LUIS MARTINEZ DE CASTRO

Muerto en la batalla de Churubusco.

No quiero ramas de ciprés sombrío,
Quiero coronas de jazmin y rosa,
Para esparcirlas en la dura losa
Que está cubriendo aquel sepulcro frío.

En la tumba feliz yace en reposo
¡Oh dulce amigo! tu ceniza leve,
Y mi labio á tocarla no se atreve.
¿Cómo tocar un polvo tan glorioso?

Quien el peligro al deshonor prefiere,
Quien con el trueno del cañon se inflama,
El que su sangre sin temor derrama,
El que resuelto por su patria muere,

No á triste luto y lánguido lamento
Es acreedor, ni á dolorosos llantos;
Mil perfumes merece y bellos cantos,
Laureles y laureles ciento y ciento.

A la afligida patria en holocausto
Tu vida consagraste con ternura:
¿Cómo podrán los ayes de amargura
Turbar suceso tan heróico y fausto?

Tu noble pecho se mantuvo quieto
En medio del furor de la batalla,
Y al silbo de las balas y metralla
Pisabas el terrible parapeto.

Ruidoso deshonor hoy nos abruma;
¡Ay! si hubieran seguídose tus huellas,
Jamas el pabellon de las estrellas
Flotara en la ciudad de Moctezuma.

En sangre tinto, y de sudor bañado,
Entre el humo y estruendo del combate,
Tu corazon heróico no se abate,
Nada abate al intrépido soldado.

Moriste en fin, pero en el cielo te hallas
Coronado de espléndidos luceros,
Y con valientes é ínclitos guerreros
Ves cara á cara al Dios de las batallas.

Pide al grande Jehová que compasivo
Nos dé desde su trono una mirada,
Dile que envaine su terrible espada
Y nos dé un ramo de apacible olivo.

Que se abracen al fin los mexicanos,
Que cese de las madres el gemido,
Y cese de las armas el crugido.
¡Dios inmortal, perdona á mis hermanos!

POESIAS EROTICAS Y VARIAS

EL TURCO

ODA

Del Bósforo vagaba en la ribera
De noche un turco de su bien distante,
Pálido de mortal melancolía;
Mal compuesto llevaba su turbante,
Y con voz angustiada así decia:

Aquí en la playa de los tristes mares,
Al resplandor de la callada luna,
Renacen en el alma mil pesares
Al recordar que la querida mía
Ausentóse llorando de mi lado,
Llorando inconsolable en su agonía.

Infeliz, agitado, sin consuelo,
Yo mismo me desgarro la honda herida
Que abrió en mi pecho el enojado cielo.

De borrasca en borrasca arrebatado,
En medio de la angustia mas tremenda,
De la vida fatal corrí la senda,
Sin encontrar en mi dolor terrible
Algun amigo á quien volver la cara,
Que por piedad mis ojos enjugara.
¡Ay! ¡infeliz del que nació sensible!

Ora tal vez la hermosa en blando lloro
Mojará su blanquísima mejilla,
Y suelto al aire su cabello de oro,
Sobre la arena hincada la rodilla,
Acaso volverá sus ojos tiernos
Y entrambas manos á esta triste orilla.
O, qué sé yo, si al resplandor divino
De esa luna tranquila y apacible,
Asida al brazo de un rival amado,
Palpitará su corazon sensible,
Como otras veces palpitó á mi lado.

Desde la hora fatal de su partida
Devorado de bárbara tristeza,
Busco la soledad mas escondida,
Visito á solas la musgosa fuente,
O recorro tal vez la playa ardiente
Que al lado frecuenté de mi querida.
¡Con qué placer pasábamos las horas
Oyendo de las aguas el estruendo,
Y el triste grito del alcion marino
Que revolaba sobre el mar tremendo!
Su blanca mano aquí coger solia
El nido de la acuática paloma.

O lazos á la tórtola tendia
Entre el junco flexible y amarillo.
¡Cuánto aprecié sus inocentes juegos!
¡Cuánto envidié su corazon sencillo!

¿Cómo se fueron tan hermosos dias?
¿Cómo en la playa me he quedado solo
Sin quien alivie las desgracias mias?
Mujer incomparable, ¿qué se hicieron
De aquella vida la quietud y encanto?
¿Cómo de un golpe para siempre huyeron,
Y me dejaron soledad y llanto?
Miro marchita de una vez mi gloria
Como la flor que deshojó el arado;
Yo era feliz, mas solo la memoria
Ora conservo de mi bien pasado.

Todo á tu lado era á mis ojos dulce:
Esa luna magnífica y radiosa,
Esos astros de luz, ese hondo cielo,
Ese ponto feroz que no reposa,
Esos grandes peñascos, ese suelo
Con sus aves, sus árboles y flores;
Todo me acompañaba en mi alegría;
Hoy todo me acompaña en mis dolores.
Tanto, sin tí, me agobian los pesares,
Que á veces en la noche me importuna
Ver levantarse la redonda luna
Allá detras de los hirvientes mares.
¿Qué me interesa en el distante cielo
El centellante Orion y Cinosura,
Si tan lejos estoy de tu hermosura,

Unico bien que sin cesar anhelo?
¿Qué me importa sin tí la blanca nube
Volando incierta por el aire leve?
¿Qué los grandes y verdes platanares
Que fresco el viento vágaroso mueve,
Si nos separan los inmensos mares?
¿De qué me sirven los jacintos rojos,
El lirio azul y el loto de la fuente,
Si no los han de ver aquellos ojos,
Si no han de coronar aquella frente?
Ora tal vez en la ribera opuesta
Fijas la vista en esa luna triste,
Y sollozas al ver su luz funesta
Que allá nos alumbró cuando partiste.
Yo tambien la contemplo aquí á mis solas,
Y recuerdo tu llanto y agonía,
Y recuerdo que al golpe de las olas
Temblaba tu alma y á la par la mia.
Me acuerdo que tus ojos soberanos
Se clavaron dos veces en el suelo,
Dos veces se clavaron en el cielo,
Y alzaste juntas esas blancas manos.

Nunca jamás me olvidaré en mis dias
De cuando hablamos por la vez postrera:
¿Me olvidarás por otra? me decias:
¿No llorarás por mí cuando me muera?
En tanto se agitaba tu semblante,
Y cambiaba de formas y colores,
Trémulo enmudeció tu labio bello,
Las lágrimas rodaron de tus ojos,
Y en tu alba frente se erizó el cabello.

Inocente mujer, pura y amable,
La mas amable de tu sexo grato,
¿Cómo á mi corazon le fuera dable
Olvidarte por otra? ¿Cómo ingrato
Podré borrar de la memoria mia
Tanta ternura, gracias y recato?
Agitado me encuentran los luceros,
Y del ardiente sol la llama viva;
Siempre te busca el alma pensativa,
Y si descubro en mi fatal martirio
De tu pié delicado alguna huella,
Agitado de trémulo delirio
Mi llanto moja tu pisada bella.
Por piedad una lágrima te pido,
(Tengo hincada en el suelo una rodilla)
Una lágrima sola de ternura
En recompensa de mi fe sencilla;
Mientras que yó, sumido en mi tristeza,
Repaso á solas mi tremenda historia,
Y al repasarla traigo á la memoria
Tu dulce rostro y su fatal belleza.
Alzando á ratos mi semblante adusto
Pídole al cielo que dichosa seas,
Pídole al cielo que otra vez me veas
En la mansion espléndida del justo.

Del turco en tanto ya la voz desmaya;
Y al ver que el mar no cuida de su pena,
Váse á lo largo de la triste playa
Arrastrando el alfanje por la arena.

LA LIBERTAD

(Traduccion de Metastasio.)

Gracias á tantas perfidias
Al fin ya respiro, Nice:
Al fin, de aqueste infelice
El cielo tuvo piedad.
Suelta el alma de prisiones
De mí me conozco dueño,
Y al presente ya no sueño,
No sueño en la libertad.

Se apagó la antigua llama
Y estoy del todo tranquilo,
Que en mí no encuentra un asilo
Do ocultarse mi pasion:
Ya no mudo de colores
Oyendo acaso nombrarte,
Y cuando llego á mirarte
No palpita el corazon.

Cuando me quedo dormido,
En el sueño no te veo,
Y mi primer devaneo
Ya no eres al despertar.
Si me hallo de tí distante,
De verte no tengo gana,
Y á tu lado no me afana
Ni el contento ni el pesar.

Al hablar de tu belleza
No me siento enternecido,
Y al recordarme ofendido
Ya no me puedo enojar.
Nunca me verás confuso
Cuando te miro delante:
Puedo con tu mismo amante
De tí sosegado hablar.

Si me miras altanera
O me hablas con rostro humano,
Es tu menosprecio vano,
Vano tambien tu favor.
Que en mí su antiguo dominio
Perdieron tus labios rojos,
Y ya no saben tus ojos
El sendero de mi amor.

Lo que me alegra ó enfada
Si me hallo contento ó triste,
Ni es un favor que me hiciste,
Ni tuya la culpa es:

Porque sin tí me complace
La selva, el monte y el prado;
Si el sitio no es de mi agrado,
Me repugna aunque allí estés.

Oyeme si soy sincero:
Aunque me pareces bella
No me pareces aquella
A quien ninguna igualó.
No te ofenda mi franqueza:
Diré que en tu bello aspecto
Ora encuentro algun defecto
Que lindo me pareció.

Al quebrantar tus cadenas
(Lo confieso sonrojado)
Sentí el pecho destrozado
Y pensé que iba á morir.
Mas por salir de tormentos,
Por no mirarse oprimido,
Por recobrar lo perdido,
Todo se puede sufrir.

Si el pajarillo se encuentra
Preso en la liga, forceja,
Y allí su plumaje deja,
Pero se suelta á volar:
Pasados algunos dias
La pluma se le renueva,
Y ya cauto con la prueba
No le vuelven á engañar.

Sé que mi primera llama
Viva en mí la estás creyendo,
Porque lo estoy repitiendo,
Y porque callar no sé.
Me hace hablar aquel instinto
Que á todo mortal sugiere
El hablar, cuando refiere
Los riesgos que ya no ve.

Despues de combates rudos
Cuenta el guerrero sus males,
Y presenta las señales
De heridas que recibió:
Así el esclavo contento
Enseña, libre de penas,
Aquellas duras cadenas
Que alguna vez arrastró.

Hablo, es verdad, pero hablando
Distraerme solo procuro;
Hablo, pero no me apuro
Por satisfacerte á tí:
Hablo, pero no pregunto
Si mis palabras abonas,
Ni si tranquila razonas
Cuando platicas de mí.

Una ingrata yo abandono,
Y tú un corazon sincero;
De los dos, no sé, primero
Quien se habrá de consolar.

Sé que un amante tan firme
No hallará Nice traidora,
Pero que otra engañadora
Es muy fácil encontrar.

PALINODIA

(Traduccion de Metastasio)

Apláquense tus enojos,
Perdóname, amada Nice,
Que el error de un infelice
Es muy digno de piedad.
Mi alma se jactó algun dia
De no ser tu prisionera;
Pero fué la vez postrera
Que canté mi libertad.

Cierto es que el ardor antiguo
Quise ocultar á tus ojos:
Disimulé mis enojos
Para encubrir mi pasion;
Pero, mude ó nó colores,
Si escucho tu nombre amante,
Todos ven en mi semblante
Cómo está mi corazon.

Por eso siempre te veo,
No en el sueño solamente,
Que donde no estás presente
Te halla mi imaginacion:
Por tí, si estoy á tu lado,
Y por tí, si estoy distante,
Ando como delirante,
De placer ó de afliccion.

Cuando de tí no platico,
El fastidio me importuna,
No me acuerdo de ninguna,
Todo me llega á enfadar:
Estoy tan acostumbrado
A nombrarte á cada instante,
Que hasta con tu mismo amante
Suelo de tí platicar.

Ya me mires altanera,
Ya me hables en tono humano;
Todo mi poder es vano,
Me hagas desprecio ó favor.
Obedecerte gustoso
Ese es todo mi destino,
Porque á dirigir no atino
Mis movimientos de amor.

Si algun placer te disgusta,
Aquese placer me enfada,
Y solo aquello me agrada
Que he recibido de tí.

Contigo me gusta todo,
La selva, el monte y el prado;
Ningun sitio es de mi agrado
Cuando tú no estás allí.

Voy á hablarte francamente:
No solo te juzgo bella,
No solo te juzgo aquella,
Que el mundo no tiene igual;
Sino que á veces injusto,
Viendo cualquiera semblante,
Lo tengo por repugnante,
A escepcion de tu beldad.

No romperé tus cadenas,
Porque sonrojado, en vano
Romperlas quiso mi mano,
Y pensé que iba á morir.
¡Ay! por salir de amarguras
Me aflige mayor tormento:
¡Ay! si de nuevo lo intento
Ya no lo podré sufrir.

El pajarillo que se halla
Preso tal vez en la liga,
Mueve el ala con fatiga
Buscando su libertad:
Mas sus alas agitando,
Los obstáculos renueva,
De escaparse haciendo prueba
Se aprisiona mas y mas.

Que se apague no deseo
La llama antigua y amable,
Y cuanto mas de esto se hable,
Menos lo puedo querer.
Sé bien que un locuaz instinto
A ello inclina á los amantes;
Pero en fin, si hablan como antes,
La llama se está en su sér.

El guerrero en los peligros
Las batallas vitupera,
Pero á la marcial bandera
Siempre se torna veloz:
Así vuelve muy contento
Esclavo libre de penas,
Por costumbre á las cadenas
Que detestaba feroz.

Hablo, pero hablando, siempre
De tí platicar procuro;
Por nuevo amor no me apuro,
Ni yo sé cambiar de amor:
Hablo; mas despues demando
Compasion por lo que digo;
Hablo, pero siempre sigo
Pendiente de tu favor.

Un corazon tan constante,
Un delincuente sincero,
Con tu cariño primero,
Vuelve, vuelve á consolar.

En este amante rendido,
Al menos, Nice la hermosa,
Sé bien que una alma engañosa
No ha de poder encontrar.

Si en hacer la paz convienes,
Si me vuelves tu favor,
Cuanto canté de desdenes
He de cantarte de amor.

LA MARIPOSA

Inocente mariposa
Que andas vagando sencilla,
Del Atoyac á la orilla
Las tardes puras de Abril;
Los cazadores te asustan
Y dejas la flor mas bella,
Pero retornas á ella
Y chupas luego otras mil.

Bates las alas azules
Por la ribera arenosa,
En donde la agua espumosa
Se quebranta con furor:
En tanto tú, sosegada,
Te diviertes á tus solas
Con ver las movibles olas,
Movibles como el amor.

En vano un inquieto niño
Te acecha allá entre las ramas,
Pues burlas todas sus tramas
Solo con querer volar.
No conseguirá el travieso
Despojarte de tus galas,
No te arrancará las alas
Ni aun te las podrá empañar.

Pura eres como la luna,
Y airosa como la palma
Que vive en la dulce calma
Del desierto en que nació.
Al alba el agua y las flores
Encantan tus bellos ojos,
Y por la tarde, los rojos
Celajes que el sol tiñó.

Lleno el corazon de luto
Envidio tus dulces dias,
Tus sencillas alegrías
Y tu inocente candor,
Mientras yo paso los años
En negra melancolía,
Lejos de la patria mía,
Mi dulce y único amor.

LAS

CUATRO ESTACIONES DEL AÑO

PRIMAVERA

La linda Primavera
Derrama ya sus flores
En los risueños prados
Y en los oscuros montes.
De rosas y jacintos
Los húmedos botones
Pomposamente se abren
Al céfiro que corre.
La amable golondrina,
Pasado el mar salobre,
Bajo el ruinoso techo
Sus huevecillos pone.
Orillas de los mares
Anidan los alciones,
Y los cuervos marinos
Vuelven á sus islotes.

Se esparcen en los campos
Becerros juguetones,
Y relinchan los potros
Y en la llanura corren.
La culebra escamosa
De brillantes colores
Enróscase en la yerba,
O súbese en el roble.
La acuática ninfea
Abre sus blancas flores,
Y en torno se zabullen
Zarcetas y anzarones.

ESTIO

Llegó, amigo, el Estío,
Ardiente y polvoroso:
En montes y llanuras
Marchito se vé todo.
Del sol al rayo vivo
Se hiende el duro tronco
Del cedro corpulento
Y del abeto hermoso.
La alondra no gorjea
En los ardientes olmos,
Y apenas la cigarra
Entona canto ronco.
La inocente cigüeña
Vuela al encino hojoso,

Y con el pico abierto
Va despues al arroyo.
Se bañan las palomas,
Y lento busca el tordo
El agua cristalina
O el carrizal umbroso.
Las flores de los campos
Doblan el cuello hermoso,
Y el viento las deshoja
Con su abrasado soplo.
En la callada siesta
Suda el pesado toro,
Buscando alguna sombra
En el monte selvoso.
Los céspedes se hienden,
Y llénanse de abrojos,
Y todo se deseca
Con el ardiente polvo.
Deja, mi amigo, deja
El campo caloroso,
Mientras que llega el bello
Y placentero Otoño.

OTOÑO

Han llegado los dias
De las hermosas lluvias,
Estacion de los granos,
Estacion de las frutas.
Agolpadas las nubes,
El relámpago alumbra,

El rayo se despeña
Y los truenos retumban.
Empápanse los montes
Y las secas llanuras,
Hinchados los torrentes,
Sus riberas inundan.
Se anima la pradera,
Las yerbas repululan,
Y el árbol desmayado
Se cubre de verdura.
La liebre espantadiza
Retoza en la espesura;
Mas, en oyendo pasos,
Se mete en una gruta.
Revuelan las perdices
Y las ruidosas grullas,
Y los negros zorzales
Los sembrados anublan.
Las espigas ondean
Al viento que susurra,
Y sus inciertas sombras
A cada soplo mudan.
Los árboles ya ceden
Al peso de las frutas:
Despréndense los cocos
Y manzanas maduras.
De vástagos flexibles
Cuelgan racimos de uvas
Entre el follaje verde
Que casi-las oculta.

INVIERNO

Ya la cima de Ajusco
Está blanca de nieve,
Y sus árboles altos
Sin hojas aparecen.
Los plácidos arroyos
Detienen su corriente:
Secáronse las flores
De sus orillas verdes.
El toro entristecido
Lentamente se mueve;
Ni juega en la llanura,
Ni le alegra la fuente.
La cabra entorpecida
A subir no se atreve
Del peñasco musgoso
A la árida pendiente.
De tronco en tronco seco
La tórtola inocente
Vuela buscando sitio
Para su nido leve.
No atropellan los vientos
A los viejos cipreses,
Ni levantan las olas
De los mares hirvientes.
Naturaleza toda
Helada, se adormece,
Y mueren los insectos,
Y los árboles mueren.

LA DESPEDIDA

Ya me voy, pues me lleva el destino
Como la hoja que el viento arrebata.
¡Ay de mí! tú no sabes, ingrata,
Lo que sufre mi fiel corazon.
Estos ojos llorar no sabian,
Que el llorar parecíame locura;
Mas hoy lloro con triste amargura
A mis solas mi ardiente pasion.

Ya no espero consuelo en mi vida.
¿Qué podrá consolar mis dolores?
¿Qué me importan riquezas y honores?
¿Qué me importa este mundo sin tí?
Bajaré silencioso á la tumba
A buscar el perdido sosiego.
De rodillas, ingrata, te ruego
Que, á lo menos, te acuerdes de mí.

Ya me voy á una tierra distante,
A un lugar donde nadie me espera,
Donde no sentirán que me muera,
Donde nadie por mí llorará.

Cada cual seguirá en sus festines,
En sus bailes, y risas y amores;
Ceñiránse la frente de flores,
Y de mí ni siquiera hablarán.

EL CRUZADO

Un cruzado en Palestina,
Afligido el corazon,
A buen galope camina,
Y viendo que el sol declina
Dice á su blanco bridon:

Corre, caballo fogoso,
Por ese angosto sendero,
Vuela cual viento ligero,
Que yo te daré reposo
Cuando llegue adonde quiero.

Allá detras de esa loma
Viviendo está una doncella,
Sensible, inocente y bella,
Bella como la paloma,
Tan inocente como ella.

Voy á ver á esa querida
Que llora lánguida y triste:
¡Qué diferente la viste
Otra vez llena de vida!
Y hora quizá ya no existe.

Tal vez, pálido el semblante
Y cerrados sus ojuelos,
Se acabaron sus desvelos,
Y su alma pura y triunfante
Se alzó volando á los cielos.

Detras de aquella colina
Yo te quitaré ese freno,
Y descansando sereno,
Allí el agua cristalina
Beberás de arroyo ameno.

Mientras, todo mi placer
Quizá me robó la suerte,
Y nunca volveré á ver
A la sensible mujer
Que hora lucha con la muerte.

Corre, mi fiel compañero,
Dá al viento tus crines blancas,
Desprecia el despeñadero,
Salta leve las barrancas,
Que de congoja me muero.

A nado pasa este río,
Quiebra sus húmedas cañas,
Destroza las espadañas,

Que me aguarda el dueño mio
Mas acá de esas montañas.

Ya su casa allá blanquea
Entre los árboles verdes,
Ya se ve la chimenea:
Pero tú el aliento pierdes,
Y ya tu sudor gotea.

Anímate generoso,
Que ella pasaba su mano
Sobre tu pecho espacioso,
Y tú entretanto fogoso
Relinchabas muy ufano.

Por último, hemos llegado,
Se acabaron tus fatigas;
Come las verdes espigas,
Bebe el agua del ganado,
Y goza sombras amigas;

Que yo, quién sabe entretanto
Si encontraré á mi querida
Muerta, y por siempre perdida;
Y en tan inmenso quebranto
¿Qué me queda ya en la vida?

Al decir esto, se apea,
Y afloja al corcel la cincha,
Le quita el freno que humea,
El noble animal relincha
Y el suelo escarba y golpea.

Entra en la casa el cruzado,
Y al ver lutos se salió:
A su caballo cinchó,
Púsole el freno, y callado
A su campo se volvió.

LA AUSENCIA

En la playa de Aboukir,
De las olas frente á frente,
A su nazarena ausente
Un turco empezó á decir:

Pues se halla tranquilo el mar,
La noche pura y serena,
Y brilla la luna llena,
Quiero á solas meditar.
Bajo de estas palmas bellas
Recordaré mis pesares
En presencia de los mares
Y á la luz de las estrellas.

En tiempo mas venturoso
La ví por la vez primera
En esta misma ribera,
Junto á ese tronco musgoso:

Tal vez se estará acordando
Hora mismo de aquel dia
En que prometió ser mia,
Pensativa y suspirando.

Tal vez tus bellos reflejos
¡Oh luna! estará mirando,
Y quizás está llorando
Viéndose de mí tan lejos:
Yo tambien aquí á mis solas
Copioso llanto derramo,
Pues la mujer que mas amo
Está detras de esas olas.

Temo como desgraciado
Que no ha de llegar el dia
De ver á la hermosa mia
Otra vez aquí á mi lado:
El sol ha dado cien giros
Desde que espero á la ingrata,
Y no llega: así me trata
A pesar de mis suspiros.

Tal vez otro afortunado
Ocasiona esta demora.
¡Infeliz de la traidora!
¡Dichoso su enamorado!
Mejor hubiera querido
Quedar á tus plantas muerto,
En medio de este desierto,
Que verme de tí ofendido.

Mas perfidia tan horrenda
En tu corazon no cabe,
Que esa alma pura no sabe
Dejar del honor la senda.
Tal vez en sepulcro helado
Estarás callada y sola,
Como la blanca amapola
Cortada por el arado.

Deja esa tierra lejana
Donde el crímen tanto brilla,
Y ven á esta hermosa orilla
Donde no hay oro ni grana;
Pero hallarás lindas flores,
Palmas, naranjos y ríos,
Bosques grandes y sombríos,
Morada de los amores.

Verás cómo se derraman
En las playas arenosas
Olas grandes y estruendosas,
Que se van, vienen y braman:
Cuando soberbias se enojen,
Inocente y sin testigo
Cogerás conchas conmigo,
Aunque el blanco pié te mojen.

Subiremos si gustares
A un peñasco, y tus ojuelos
Mirarán los anchos cielos,
Mirarán los hondos mares:

Verás la luna y luceros,
Brillar en la noche fría,
Y escucharás la armonía
De fuentes y cocoteros.

Hallarás dulce reposo
De las aguas al murmullo,
De la tórtola al arrullo
Bajo el plátano ruidoso.
En el cárdeno Occidente
El sol ponerse veremos,
Y al insecto escucharemos
Que susurra tristemente.

Contigo iré á las colinas,
Contigo á los mansos ríos,
A los bosques siempre umbríos,
Y á las fuentes cristalinas.
Ven, y estos puros placeres
Gozarás aquí á mi lado,
Haciéndome afortunado
Con decirme que me quieres.

LA MUERTE DE DORILA

Todo respira alegría
En esta inmensa llanura,
Aquí reina la frescura
Y el mas tranquilo placer.
Solo en tanto el alma mia
Devora negra tristeza;
Dorila, sin tu belleza,
¿Qué me puede entretener?

El agua fresca humedece
A la rosa encantadora,
A la adelfa vividora
Y á la azucena de Abril:
El céfiro alegre mece
De la flor el verde tallo,
Solo yo contento no hallo
Sin mi Dorila gentil.

¡Ay! la bella, la preciosa,
La que tanto me quería,
Descansa en la tumba fría
Donde nunca la veré.
Pálida quedó la hermosa,
Marchitos sus labios rojos,
Y turbios sus lindos ojos
Que con mis manos cerré.

Cuando la callada luna
Disipa el nublado denso,
Y brilla en el mar inmenso
Con dulce tranquilidad,
Sentarme suelo en alguna
De estas playas solitarias,
Y dirijo mis plegarias
A su sensible bondad.

Vagar en la noche suelo
Por esta ruidosa orilla,
Cuando allá en el cielo brilla
Sirio y el fulgente Orion:
Entonces algun consuelo
Encuentro á tantos pesares,
En las olas de los mares,
Y en su viva agitacion.

Mientras su grandeza admiro,
Digo infeliz á mis solas:
¡Dichosas aquellas olas!
No saben lo que es amar;

Y luego un triste suspiro
Sale del fondo del alma,
Y adios de la dulce calma
Que empezaba á disfrutar.

Iba conmigo á la orilla
Del sereno y manso río,
Y mojados del rocío
Descansábamos allí.
Una calandria amarilla
Una vez cogió en la fuente,
Y díjome dulcemente:
"Así te he cogido á tí."

A su lado con anhelo
Miraba luna y estrellas,
El bosque y sus palmas bellas,
El cielo, la tierra, el mar;
Pero el mar, la tierra y cielo
Sin mi Dorila querida,
Sin el dueño de mi vida,
Solo agravan mi pesar.

Antes llorar no sabia,
Y cuando mas, suspiraba;
Mas luego el dolor pasaba,
Y me consolaba yo;
Pero hoy de noche y de dia
Recuerdo y lloro á mi hermosa,
A mi deshojada rosa
Que la muerte marchitó.

Cuando compasivo y blando
Cierra mis ojos el sueño,
Las memorias de mi dueño
Ocupan mi corazon.
Con ella me estoy hablando;
Pero luego que despierto,
Recuerdo, infeliz, que ha muerto,
Y que todo es ilusion.

Ya no veré aquellos ojos
Ni su dorado cabello,
Ni su blanquísimo cuello,
Ni aquel su talle gentil.
No veré sus labios rojos,
Ni su modesta hermosura,
Ni alguna lágrima pura,
Ni mil encantos y mil.

En la noche sola y fría,
Orillas del mar salado,
La luna miro callado
Alzarse triste del mar.
Y la ardiente fantasía
Piensa que su alma querida
De mi amor compadecida
Me sale un rato á mirar.

Recordando mi ventura
Paso ratos placenteros
Teniendo por verdaderos
Los sueños de mi pasion:

Alguna lágrima pura
Suele rodárseme en tanto,
Y luego un copioso llanto
Me saca de mi ilusion.

Los troncos que te sombreaban
Abrazo todos los dias.
¡Ay! hermosa, llorarías
Viendo lo que paso yo.
Las rocas que te agradaban
Beso en mi bárbara pena,
Y beso la ardiente arena
Que mi Dorila pisó.

Guardar silencio he podido
En la tormenta mas fiera,
¡Ojalá que olvidar fuera
Tan fácil como callar!
Pero ¡yo echarte en olvido!
Quedará seco primero
Ese mar inmenso y fiero,
Que yo te pueda olvidar.

EPIGRAMAS

I

Me he pronunciado diez veces
Contra el poder nacional,
Y apenas soy general!

II

Segun dice Gumesindo,
En el mundo, la mujer
Es el animal mas lindo.

III

De cabeza se arrojó
Desde el techo Don Enrique,
Y la losa en que cayó
Rompióse como alfeñique,
Pero la cabeza, nó.

IV

¡Oh qué canto el italiano,
Tan grato, tan celestial!
¡Como que no es natural!

V

Método de nuestros dias
Luego que algun mal se asoma:
Agua de malvas, ó goma;
Sanguijuelas y sangrías,
Y que el enfermo no coma.

VI

El animal á mi ver
Mas sagaz y mas ingrato
Es primero la mujer,
Y despues se sigue el gato.

VII

¡Todo lo sabe Don Luis!
¡Como que estuvo en Paris!

VIII

Ayer murió Labastida.
¡Lo mejor que hizo en su vida!

IX

El militar Don Pascual
Ha hecho mediana carrera;
Empezó por general.

X

Diez y ocho revoluciones
Solo he formado hasta el dia,
¡Y me llaman todavía
Revoltoso los bribones!

XI

Este drama sí está bueno:
Hay en él monjas, soldados,
Locos, ánimas, ahorcados,
Bebedores de veneno
Y unos cuantos degollados.

XII

Son en idioma aleman
Tan largos verbos y nombres,
Que para cada palabra
Se necesitan dos hombres.

XIII

Cierto juicio sumarísimo
Que seguí contra Castaños,
Como el juez era activísimo,
Apenas duró diez años.

XIV

Degollaron á un paisano,
Y al suelo cayó sin vida,
Y declaró el cirujano
Que no murió de la herida.

XV

La música de los yankees
No me gusta, dice Inés,
Porque nada les entiendo.
¡Como tocan en inglés!

XVI

Bajo de esta losa fría
Un oficinista yace.
¡La primera cosa que hace!

XVII

Mordió á Juan una culebra
Y en el momento murió,
Pero no Juan, al contrario,
La culebra reventó.

XVIII

Focion arengando un dia,
El pueblo le palmoteó:
"¿Dije alguna tontería?"
Asustado preguntó.

XIX

Los gobiernos han tenido
Mil y mil anomalías.—
—Te engañas, querrás decir
Mil y mil animalías.

XX

¡Grande estadista es Ginés!
¡Estuvo en Lóndres un mes!

ADVERTENCIA

El lector que haya visto la edicion de las Poesías del Sr. D. Manuel Carpio, hecha en 1849 bajo la direccion del Sr. D. José Joaquin Pesado, y la compare con la presente, hallará esta última considerable y ricamente aumentada.

Aparte de que el autor, con posterioridad á aquella época, resolvió publicar en la segunda edicion de sus obras poéticas algunas de las que trabajó en su juventud, y á las cuales no quiso que se diera cabida en la primera por hallar en ellas defectos é incorrecciones que mas tarde hizo desaparecer, en sus horas de descanso escribió nuevos versos que en nada desdicen de los mejores que ya conocia el público. "El Diluvio," la "Destruccion de Nínive," diversas composiciones sagradas y no pocos sonetos históricos y morales que han aumentado en mas de una mitad el volúmen de la primera edicion, no obstante ser mucho mas compacta la actual, suministran buena prueba de lo dicho.

Para proceder á esta publicacion se ha contado con todos los manuscritos del Sr. Carpio, franqueados por sus hijos al apreciable profesor de medicina D. Luis Hidalgo Carpio, sobrino del autor, y á quien la literatura mexicana debe la aparicion de este libro, de que podrá con justicia enorgullecerse. El Sr. Hidalgo Carpio tuvo á bien honrarme, con-

fiando á mi insuficiencia el órden de colocacion de las poesías, la práctica de las correcciones ó supresiones que el autor habia dejado anotadas, y la revision de las pruebas. Respecto de lo primero, ilustráronme bondadosamente los Sres. D. José Joaquin Pesado y D. José Sebastian Segura. El Sr. D. José Bernardo Couto se ha servido cooperar espontánea y muy activamente al buen éxito de la obra, escribiendo la biografía que aparece al frente de ella, y que indudablemente es digna del Sr. Carpio y del biógrafo. Trabajaba ya, cumpliendo el ofrecimiento que habia hecho á la familia, cuando la Sociedad de Geografía y Estadística, de la cual era miembro el Sr. Carpio, aunque sus otros quehaceres no le permitieron nunca tomar parte en las labores de tan distinguido cuerpo, lo excitó de oficio para el desempeño de esta obra. Ella, pues, se debe en cierto modo á la excitativa de la Sociedad, que por todos los medios que están á su alcance promueve la ilustracion pública.

J. M. Roa Bárcena.

México, Noviembre 8 de 1860.

En el prólogo escrito por el Sr. D. José Joaquin Pesado para la primera edicion de las poesías del Sr. Carpio, se dijo:

"Es digno de notarse que el impulso dado en México á la literatura, en los pocos años que han mediado desde que se consumó la independencia hasta la fecha, haya sido en proporcion mucho mayor que el que recibió en todo el tiempo de la dominacion española. Ya el célebre Heredia habia notado este fenómeno, que se esplica muy bien con solo advertir que la época mas importante, y tambien la mas larga, del gobierno colonial, coincidió con la de la de-

cadencia de las letras y el buen gusto de la madre patria. En la misma España hay un gran vacío en esta parte, desde su siglo de oro hasta el reinado de Cárlos III, en que empezó el renacimiento de las letras.

Como quiera que sea, México ha ofrecido en estos últimos años un movimiento literario con no pocos ensayos felices, llenos de esperanzas para lo futuro; esperanzas que acaso se malograrán, ya por el descuido y superficialidad en que desgraciadamente van cayendo los estudios, ya por los riesgos que con las invasiones que nos amenazan, es de temer corran tambien nuestra naciente literatura y hasta nuestro idioma. Los acentos de la musa mexicana, ó son el anuncio de una nueva era para su gloria, ó los cantos fúnebres de su muerte. Nuestra poesía será mucho ó será nada, conforme á los caprichos de nuestra política. Entre estos dos estremos, su suerte no tiene medio.

Si está escrito que México, tal como es hoy, deje de existir, y que en él se pierda hasta la hermosa lengua castellana, no por eso se desanimen los mexicanos dotados con el sagrado fuego de la poesía: las obras suyas que merezcan el honor de la inmortalidad, serán trasladadas á la antigua España, y conservadas allí con la ternura y el cuidado que merecen á una madre los últimos despojos de un hijo desgraciado. ¡Tristes y dolorosos presentimientos!

Entre los autores que mas se han distinguido en la presente época, uno de ellos es el Señor Don Manuel Carpio, autor de estas poesías: muchas de ellas se han publicado anónimas en los periódicos literarios de esta capital, se han reproducido despues en los Estados, y son leidas y aplaudidas por toda clase de personas. Se deseaba una impresion completa de todas, y yo, queriendo hacer este servicio á mi patria, he vencido la modestia del autor, obligándolo á prestar su consentimiento para esta edicion que sale á luz bajo su nombre. El, ocupado en diversos asuntos, ya públicos, y ya de su profesion, me ha dejado que corra esclusiva-

mente con ella. El público, pues, me es deudor de este bello presente, por el que espero merecer su gratitud.

En estas obras hay un mérito que parece mayor á proporcion que mas se examinan. La eleccion de asuntos no puede ser mas digna; y el autor, conociendo sus fuerzas, las ha dedicado á los temas nobles y sublimes de la Religion y de la Filosofía, sin desdeñar á veces los del amor, tocando éste con sensibilidad y con decencia. Así es, que pueden ponerse sin riesgo en manos de toda clase de personas. La locucion corresponde siempre á los asuntos, porque siendo unas veces florida, otras grandiosa, otras tierna, y á veces sublime, es siempre clara, limpia y elegante, sin tropiezos que la embaracen, ni oscuridades que la desluzcan. No hay en todas estas composiciones una sola que no sea clara y perceptible por sí misma, sin necesidad de que el lector se fatigue en hallar las concordancias de la oracion ó el sentido de la frase. El Señor Carpio, familiarizado con los autores de mas fama, latinos, españoles, franceses é italianos, cuyas lenguas conoce, y dotado de una buena lógica, sabe presentar sus pensamientos y sus discursos con verdad, claridad y órden. Enriquecido ademas con multitud de conocimientos, deja ver en sus obras un gran fondo de saber y de instruccion en filosofía, en astronomía, en historia natural, en geografía antigua y moderna, en viajes, en historia civil, en antigüedades, en Sagrada Escritura, etc. Cuando toca directamente ó por incidencia cualquiera de estas materias, procede con seguridad y con firmeza, sin exageracion ni pretensiones, como quien las sabe á fondo y está bien instruido en ellas.

La estrechez de un prólogo no permite entrar en un análisis de todas y cada una de estas piezas; sin embargo, no será fuera de propósito hacer notar, aunque muy de paso, una que otra de las muchas bellezas en que abundan.

Si se trata de descripciones, ¿dónde se encontrarán otras mas acabadas que la del valle de Sodoma, la del palacio y

trono de Faraon, la del festin de Baltasar, la del Monte de los Olivos, la de la toma de Jerusalen por los romanos, y la magnífica de México? He aquí por muestra una parte de la primera:

Erase un valle plácido y ameno
Poblado de frondosos tamarindos,
De palmeras ruidosas y flotantes,
Y naranjos altísimos y lindos
Con blancas flores y hojas resonantes.
Aguas limpias á par de bullidoras
Le regaban, formándole lagunas
Do jugaban las aves nadadoras
Entre las juncias y dorados lotos
Y las mojadas cañas silbadoras.
En las verdes y fértiles orillas
De los puros arroyos, descollaban
Al lado de retamas amarillas,
Entreabiertos los húmedos botones
De rojos lirios y de frescas rosas,
Encanto de las bellas mariposas.
Allí el hojoso plátano sonaba
Al tocarlo las alas bulliciosas
Del céfiro campestre que pasaba.

Todo respira aquí gracia y frescura. Véase esta otra de un ejército á punto de acometer una ciudad:

El intrépido ejército de Ciro
Está sobre las armas impaciente
Por tomar la ciudad; la infantería
Se conmueve y agita sordamente,
Cual negra tempestad que allá á lo lejos
Brama y rebrama en la montaña umbría:
Ya se aprestan de Persia los ginetes;
Sus fuertes armaduras centellean,
Y encima de los cóncavos almetes
Altos plumajes con el aire ondean.
Ya se escucha el crugir de los broqueles,
De la trompeta el bélico sonido,
Y el bufar de los férvidos corceles,
Y la grita de jóvenes bizarros,
Y del sonante látigo el chasquido,
Y el rodar de las ruedas de los carros....

Nótese cómo describe el curso de un cometa:

Cuando te acercas á la masa hirviente
Del sol inmenso, su calor activo
Penetra abrasador tu vasta mole,
Y quedas convertido en fuego vivo.
Sigues rodando, y tus flotantes llamas
Resuenan espantosas en su giro,
Y lo que tocas al pasar inflamas
En la bóveda inmensa de zafiro.

¿Quiere el poeta describir el Monte Sinaí al dar Dios en él la ley á su pueblo? Lo hace de esta manera:

El abrasado Sínai parecia
Altísima pirámide de lumbre:
Negros celajes vagan por su cumbre
Como las olas de la mar sombría.
Asustada retírase la gente
Del monte oscuro que terrible humea:
Solo Moisés, mientras la llama ondea,
Con el Señor conversa frente á frente.

¡Cómo contrastan estas animadas descripciones con las que siguen, en que se propuso el poeta describir escenas y producir efectos contrarios!

En el *Camino del Gólgota*, comienza así:

Melancólico el sol con roja lumbre
Entibiaba las aguas del Mar muerto,
Estaba ardiente el polvo del desierto,
Y se abrasaba del Tabor la cumbre.
Flotan en Siria lánguidas las palmas,
Y en Jericó desmáyanse las rosas:
Las horas pasan lentas y tediosas,
Y están inquietas en Salen las almas....

En la bella composicion de *La Vírgen al pié de la Cruz*, dice:

Lanzaba el sol su fuego á medio dia
Sobre las tristes rocas del Calvario,
El campo estaba ardiente y solitario,
Y hoja ninguna en su árbol se movia.

Busca el leopardo en medio de arenales
Las tibias aguas del Jordan revuelto,
Busca las sombras el venado esbelto
Entre los deshojados carrizales.
Con el vapor de la caliente arena
El cuello tuerce el espinoso cardo,
Y entre las grietas del peñasco pardo
Se marchita la flor de la verbena.

Martinez de la Rosa observa con razon, que el que haya leido alguna vez la oda elegiaca de Rioja á las Ruinas de Itálica, se acordará del *amarillo jaramago*, siempre que vea algunas ruinas. Así tambien, el que habiendo leido estos versos camine por lugares áridos, en la fuerza del sol, no dejará de recordar *ese cardo que tuerce su cuello espinoso con el vapor de la caliente arena*.

En las pinturas sobresale todavía mas: no hay una de ellas que no pueda un pintor trasladar á un lienzo con la mayor propiedad.

He aquí á Faraon en su trono, lleno de majestad:

Sentado el monarca glorioso de Egipto
En trono de nácar y de oro luciente,
Augusta diadema le ciñe la frente,
Y adórnale el pecho radiante joyel;
Y lleva una zona bordada de estrellas;
Su túnica es blanca de seda sonante;
Y el manto soberbio de grana brillante,
En ondas le baja cubriéndole el pié.

Véase ahora al ángel esterminador:

Un ángel en tanto voló como un rayo,
De Siene hasta el Delta, temblando de enojo;
Con la ala derecha tocaba el Mar Rojo,
La izquierda tocaba al Libio arenal.
Volaba cubierto de espesa tiniebla;
Llevaba en la mano su acero sangriento;
Sus negros cabellos vagaban al viento;
Sus ojos brillaban con luz funeral.

Seria necesario estenderse mucho para notar todas las bellezas de estas poesías, así en la locucion como en las

otras prendas que las adornan y en las partes que las constituyen. Los sonetos son una verdadera galería de cuadros, que se miran y se vuelven á mirar siempre con nuevo gusto.

A mas de la fuerza descriptiva, hay en algunos una dulzura de diccion y una armonía en el verso, que verdaderamente enajenan:

En el Eden pasaban dulces horas
Eva y Adan en cándida alegría
Entre las flores de arboleda umbría,
Al manso ruido de aguas bullidoras.
Los engañó con voces seductoras
Desde el manzano la culebra un dia.
¡Raza infeliz de Adan! hoy todavía,
Hoy el delito de mis padres lloras.

El Sr. Pesado terminó su prológo con una breve noticia del Sr. Carpio, que es inútil reproducir despues que el lector ha visto la biografía escrita por el Sr. Couto.

ÍNDICE

POESIAS SAGRADAS

POESIAS DESCRIPTIVAS

POESIAS HISTÓRICAS

POESIAS MORALES

POESIAS SOBRE ASUNTOS LITERARIOS

POESIAS FÚNEBRES

POESIAS ERÓTICAS Y VARIAS